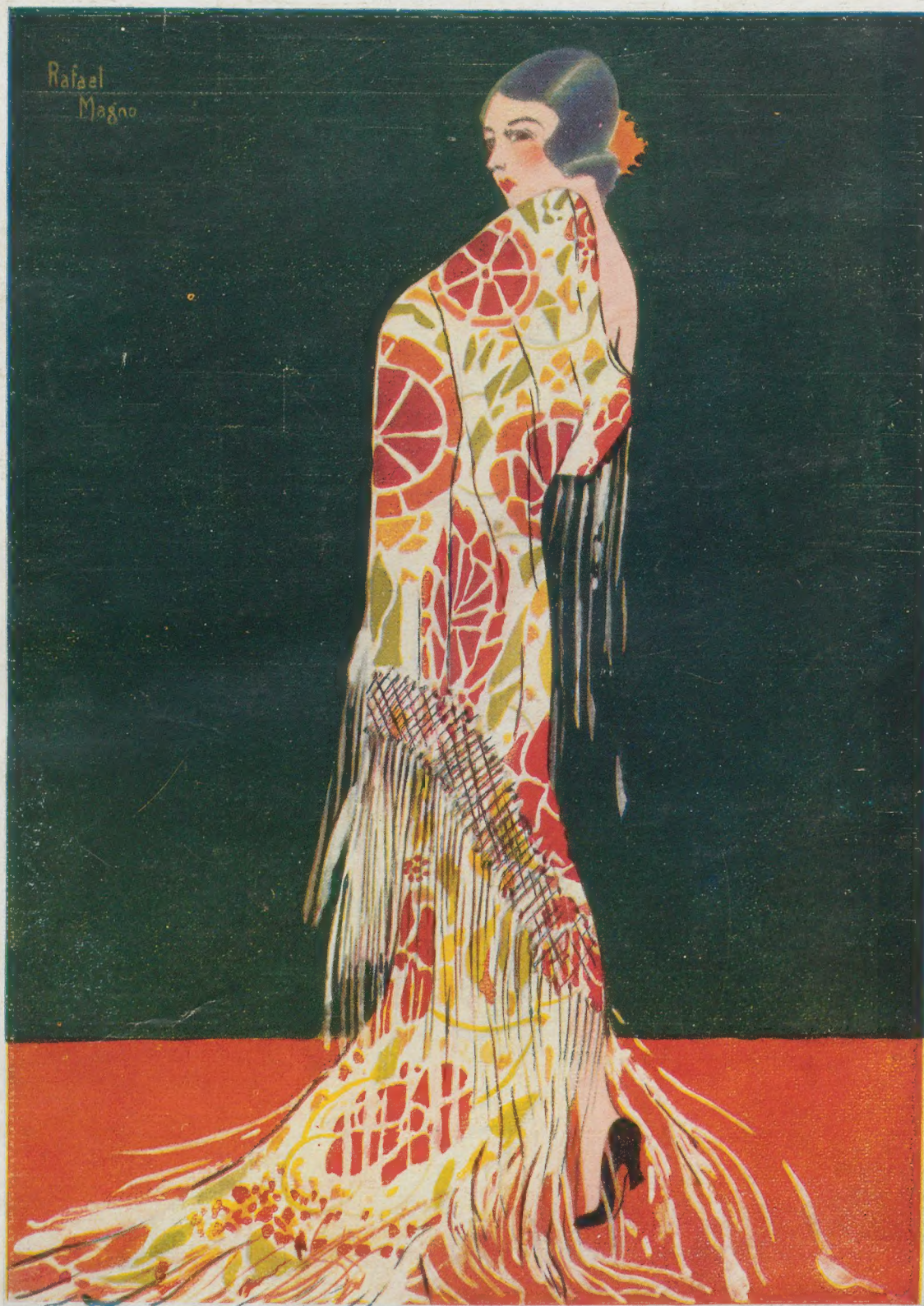


Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



"El mantón de Manila"

Por Rafael Magno

N.º 821

17.1.1928-



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, enero 17 de 1928

N.º 821

Bañistas, por Rojas



—¡Qué raro! Una negra en casilla blanca.
—Será jugadora de ajedrez.

—Para hacer la plancha, don José, haga lo que yo. Póngase en el agua, boca arriba, abiertos los brazos y deje el cuerpo muerto.
—Pero ahora hay mucha gente mirando y si me voy al fondo.
—Entonces hace usted la plancha doble.

—En realidad, yo ya no debía ir a Mar del Plata.
—¿Se puede saber por qué?
—Porque ya me estoy bañando bastante en sudor.

—Ni vistiéndome de bañista me dan comunicación. ¡No sé de qué me sirve estar diciendo ¡hola! ¡hola!

—Tu mamá debe haber sido asaltante.
—¿Por qué dices eso?
—Porque siempre que nos metemos en el agua grita desde la playa: “¡las manos arriba!”

Santiago Frenoux vivía en Montmartre y la señora Ardot, en un extremo de Vaugirard, es decir que todo París se interponía entre ellos.

Nunca se hubieran conocido, si un día, al salir de un gran almacén del centro, Luciana no hubiera dejado caer su pañuelo en el preciso momento en que Santiago, que salía de su oficina, pasaba por allí. Frenoux recogió la prenda y la entregó a su dueña.

Llovía a torrentes y ambos se refugiaron en un zaguán. Cambiaron algunas palabras y advirtieron complacidos, que tenían los mismos gustos y las mismas ideas sobre el tiempo y sobre la manera de protegerse contra el frío y calzarse contra la humedad.

De ahí pasaron a temas más íntimos y la prolongación de la tormenta permitió a Santiago averiguar que Luciana no tenía por su marido más que sentimientos amistosos y a Luciana saber que, por su parte, Santiago, tampoco era muy feliz en su hogar. Ninguno de los dos tenía hijos.

Sin ponerse de acuerdo, se encontraron al día siguiente y en el mismo zaguán... aunque no llovía. Durante cuatro días el cielo fué clemente, y el quinto, como caía granizo, entraron en un bazar. El noveno, en un café, y el décimo octavo en un pequeño hotel.

Lucía era regordeta, pequeña y morena; graciosa de cara y alegre de carácter. Santiago, empleado bancario, pasaba por ser un buen mozo. El amor entre ellos no fué un sentimiento ciego y excesivo de manifestaciones románticas y arrebatos fogosos, sino una agradable y pequeña costumbre que absorbió diariamente su destino entre las diez y siete y treinta y las diez y nueve, — a excepción de los domingos.

Y esa costumbre les pareció tan llena de encantos que, con frecuencia, lamentábanse en esta forma:

— ¡Qué pena que nos separen tantos obstáculos! ¡Seríamos tan felices juntos! ¡Tú y yo, Luciana, casados y viviendo en común!...

— ¡Oh! ¡Ese sería el ideal! — suspiraba Luciana.

Las dificultades de sus relaciones consistían, principalmente, en la elección de sitios donde encontrarse. En tres ocasiones Luciano había cambiado de empleo y otras tantas tuvieron que emigrar a un barrio nuevo.

El lugar de sus entrevistas, sin embargo, variaba poco: paradas de ómnibus, estaciones del subterráneo, iglesias, grandes establecimientos comerciales... Sus preferencias — de las que hacían poco uso por razones de economía — los llevaban hacia los cafés solitarios donde Luciano tomaba un vermouth y Luciana una granadina, mientras se referían uno a otro detalles de su vida.

Y así transcurrieron unos años. Luciana le anunció un día que había perdido a la madre. Durante un mes se mostró afligida. Santiago la consoló con mucho cariño y una gran ternura.

Cuando él, a su vez, perdió a su hermana, Luciana fué para él una amiga cordial y atenta.

Y transcurrieron otros años, en que la vida fué tejiendo entre ellos lazos cada vez más estrechos que los unían de diez y siete y treinta a diez y nueve. Fuera de ese tiempo no se veían, ni se conocían.

La ocasión perdida

Por Mauricio Leblanc

Entre tanto Santiago Frenoux fué ascendiendo en su carrera. Ya era gerente de sucursal.

Un día, uno de sus clientes, le dijo:

— Señor gerente. Ayer tuve el gusto de verlo con la señora Ardot, viuda de un antiguo amigo mío.

Santiago sonrió.

— Sí — contestó ella bastante confusa.

— Es raro — repuso Santiago en tono severo y mirándola fijamente — Ese señor, que es cliente mío, jura y perjura que tu marido ha muerto.

Santiago experimentó una sacudida. Luciana, lejos de protestar,

VERANO

Vuelve con las canículas eternas
El azul de la aurora a ser ventura.
Las noches mecen en su astral hondura
Un húmedo silencio de cisternas.

Domestica la tarde ovejas tiernas.
El arrullo se intima en la espesura.
La falda clara, gentilmente augura
Una pulgada más de lindas piernas...

En pródiga sazón de resolana,
El sol hace negrear la uva pagana.
Echa una rosa campesina al cesto

De la pastora, y con amor de artista,
En la barba del viejo pone un gesto
Sobrio y jovial de sátiro flautista.

Leopoldo LUGONES.

— No creo que se trate de la misma persona, porque la señora Ardot, que yo conozco, no es viuda.

El cliente ratificó:

— ¡Ya lo creo que es la misma, querido amigo! La señora Ardot que iba con usted, es la viuda de mi amigo. Fueron un matrimonio excelente al que yo estimaba mucho. ¡Cuánto lloró la pobre la muerte de su esposo!

Santiago cambió de conversación. Todo el día estuvo preocupado. A las diez y siete y treinta se reunió con Luciana Ardot en un café y la dijo:

— Ese señor que nos saludó ayer, era amigo de tu marido?

bajó la cabeza y enrojeció. Entonces él prosiguió, reprimiendo su indignación:

— ¿Cuándo murió?

— Hace siete años — murmuró ella.

— ¿Cómo? ¿Por la época en que murió tu madre?

— Mamá no ha muerto. Fué él.

— ¿De modo que era por él por quien tenías tanta pena? — exclamó él indignado, apretándola el brazo. — ¿Y era por él, por quien perdía yo el tiempo consolándote?

Luciana, cada vez más encarnada, no contestó. Santiago no comprendía el enigma de aquel silencio, y preguntó, siempre furioso:

LA VIDA

Cuando se dice que la vida es buena y cuando se dice que es mala, se afirma una cosa que no tiene sentido. Hay que decir que es buena y que es mala a la vez, porque es por ella, sólo por ella, que tenemos la idea del bien y del mal. La verdad es que la vida es deliciosa, horrible, encantadora, espantosa, dulce, amarga, que lo es todo. Pasa con ella como con el arlequín del buen florián: uno la ve roja, otro azul y ambos la ven como es, porque es roja, azul y de todos los colores. ¿Cómo ponernos todos de acuerdo y reconciliar a los filósofos que tanto se contradicen entre sí? Pero estamos hechos de tal modo que queremos forzar a los demás a sentir y pensar como nosotros y no permitimos a nuestro vecino estar alegre, cuando estamos tristes.

Anatole FRANCE

— ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me ocultaste esa muerte?... Que eras viuda...

— No sé... No sé... — repetía ella. Quería decirlo y cuando llegaba el momento... no me decidía.

Santiago permaneció un rato silencioso y meditativo y al fin murmuró.

— ¡Viuda! ¡Eras viuda! ¡Qué lástima! ¡Podíamos habernos casado!

Pero inmediatamente se arrepintió de haber dicho aquellas palabras. Luciana le miró asombrada.

— ¿Que podíamos habernos casado? — dijo. — ¿Estabas resuelto a divorciarte?

Santiago se hallaba en uno de esos momentos de sinceridad y en que los secretos más graves se manifiestan sin darles la menor importancia. Ella adivinó y preguntó resueltamente:

— ¿Tú, también, Santiago?... ¿Tú también eres viudo?

— Sí.

Ella lanzó un suspiro recordando. — ¿Desde la muerte de tu hermana, verdad? O mejor dicho. No era tu hermana la que murió, sino tu mujer. ¿Y era a ella a quien llorabas?

Santiago calló confesando así su acto inexplicable.

Ella no le hizo ningún reproche, pues se sentía demasiado culpable para poderse manifestar rencorosa. Mezcló algunas lágrimas a su refresco de granadina, mientras Santiago contemplaba con injustificado interés su vermouth.

En realidad, ni uno ni otro se explicaban lo ocurrido. Era un secreto de las regiones tenebrosas del ser. Las razones que les habían hecho proceder de ese modo eran tan fugitivas, infantiles e indefinidas, que no habían podido surgir a la superficie de sus conciencias.

Y nada tan turbador como advertir de pronto que, sin saberlo, esos motivos misteriosos han conducido a las determinaciones más graves.

Salieron del café tristes y melancólicos. Pero en la estación del subterráneo, adonde Santiago acompañaba todos los días a Luciana, se miraron y con impulso repentino se estrecharon las manos y se deshicieron en ilusiones.

— ¿Cuándo nos casamos? — preguntó Santiago, riendo y llorando a la vez.

Sintió ella tal emoción que él tuvo que sostenerla para que no cayese al suelo.

Durante ocho días hablaron del matrimonio con toda la exaltación de que eran capaces. Después, las alusiones a esa cuestión se hicieron cada vez más raras, y llegó el día en que no se dijeron ni palabra.

Se había terminado. La llama estaba extinguida.

Siguieron sufriendo el yugo de la costumbre, de la que tantos años habían sido esclavos, y siguieron acudiendo a esas entrevistas vespertinas a las que habían subordinado todas las horas del día — esperando en las paradas de los ómnibus, en las estaciones del subterráneo, en las esquinas, en cualquier rincón...

No habían sabido gozar su vida y su amor sin esos minutos tan lúgubres, sin embargo, en que se chapotea el barro, se tiritaba bajo la lluvia y se reniega de la persona a quien se espera.

EL FONDO DEL MAR

Por A. Hernández Catá

El capitán subió al puente por la escalerita guarnecida de cobre que desde junto a su litera iba al cuarto de derrota, simbolizando la vida del marino, que pasa desde el sueño al deber y al peligro, sin transición. Era hombre casi viejo, de ojos muy suaves en el rostro duro, habituado a servir de reflector a las voces de mando. Las tempestades no habían logrado peinar su pelambre crinosa, y aun cuando extremaba la cortesía desde que le confiaran aquel gran barco de pasaje, se advertía el esqueleto rudo de su genio, donde las palabras de reproche o de mando parecían escritas con leras mayúsculas, mientras las otras eran minúsculas, borrosas.

El oficial de cuarto y el agregado, luego de responder a sus "buenas noches", callaron para observar en el horizonte de sus pupilas si venía o no de mal talante, como si él solo constituyera fícil, igual a la mar, a las nubes, al viento.

—¿El médico subió por aquí?

—No, don Cristóbal.

—Parece que marchamos mejor.

—Cien revoluciones poco más o menos. Pero regulares. Deben haber encontrado una veta de carbón bueno... De todos modos, hasta muy de día no veremos Júpiter.

—De Hércules a Júpiter — dijo el agregado, saboreando una remembranza mitológica.

En la noche palpitaba el navío con repentinos sobresaltos y abría una herida fosfórica en las aguas, que se iban poco a poco cicatrizando tras el remolino de las hélices, bajo el calor ya tórrido. Inquieto, el capitán iba de uno a otro lado, con un contradictorio deseo de silencio y de confidencia visible casi en sus ademanes. Al fin entró en el cuarto de la bitácora, y lo vieron inclinado sobre las cartas, ajustando a la superficie del cartabón traslúcido y tomando distancias con un brazmante. Alejándose un poco del timonel, rígido y mudo, con algo de faquir en su quietud, galvanizada por la rosa de los vientos, presa en la caperuza de cobre, el oficial le advirtió al agregado, que hacía su primer viaje a bordo:

—No lo busque usted... Probablemente, o se irá o vendrá a hablarnos. Ningún mal tiempo le pone del humor que esto. Yo lo he observado dos veces. Debe ser una superstición. Lo de tirar un hombre al mar lo enferma. Ahora era capaz de pagar de su sobordo más carbón, con tal de poder dar sepultura en tierra a ese pobre hombre.

Los marinos le llaman siempre la mar, acaso para resarcirse de las largas abstinencias de amor o para resignarse a sufrir sus crueles arbitrariedades. El oficial sabía escrutar bien en la lejanía del paisaje y en la de los ojos del capitán, porque éste salió, se acercó a ellos y empezó a hablar, primero entrecortadamente, luego con ritmo seguro, ajustado casi a la regularidad del giróscopo:

—Doscientas cuarenta y siete millas hasta la entrada del Canal. El barco que pasó a sotavento debió ser uno de la Flota Blanca... ¡Si llega a morir siquiera mañana, descansa en tierra!... Lo fondaremos a las tres. No hay remedio... Se para una hélice para dar un cuarto de vuelta, y que no lo

vayan a tocar las aspas, y, en último caso, se paran las dos un momento, aunque eso no me gusta, porque siempre hay algún murciélago en el pasaje que se da cuenta. Y menos mal que ahora van en caja... Antes, hasta hace muy poco, una lona y unas cuantas parrillas de la caldera, y... abajo. Hacía mucho tiempo que esto no me ocurría... En cambio, cuando

nos a echar un hombre al agua. Pero después de lo que les voy a contar, a esas calaveras, a esos esqueletos se una una cara casi viva, una cara de angustia y un cuerpo esquelético, pero con piel y vestido, que me tiende los brazos, en vez de seguir el camino de los demás.

Un bulto enjuto acababa de surgir. Era el tercer oficial.



UVALINA "BIOL"

(MERMELADA COMP DE UVAS)

PARA ESTREÑIMIENTO
LOS NIÑOS LA COMEN CON EL PAN. LA TOMAN
COMO POSTRE



EXCELENTE REGULADOR INTESTINAL
DE ACCION SEGURA TOTALMENTE
INOCUA Y DE SABOR AGRADABLE.

PREPARADA POR EL

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes RIVADAVIA 1745 - Buenos Aires

la repatriación... Un viaje echamos trienta y uno... Ya no nos hacía impresión; bueno, a mí siempre. ¿Ustedes saben la causa de que me haga ese efecto estúpido? Yo casi nunca sueño... Una vez o dos cada año... Pero desde niño, de tiempo en tiempo, me viene un sueño raro: veo el fondo del mar, claro, y no veo tesoros ni veo barcos hundidos, ni peces... Veo sólo esqueletos, que, muy despacio, empiezan a ponerse en pie y a buscar el rumbo más corto hacia la playa, par ir a buscar una fosa de veras... Es, mejor dicho era, todas las veces lo mismo. Conozco las calaveras y son infinitas, como si tuvieran facciones... Así que antes de pisar un barco yo sabía que a todo me acostumbraría me-

—A la orden. ¿Me llamaba usted? — dijo, acercándose.

—Ah, ¿eres tú? — repuso el capitán. ¿Ya están listas las actas y toda la papelería del sobrecargado? Bien. A las tres. El primer oficial y el médico ya lo saben. Bueno... Supongo que ni las enfermeras ni ningún camarero se habrán ido de la lengua. Bien... Bien. Yo estaré levantado; no para bajar, ¡no!... Pero estaré aquí.

Cuando partió el tercer oficial quedóse un rato ensimismado, observando el cariz del tiempo con cirrus apolotonadas a estribor. La lona del puente, henchida, crujía, y el viento dejaba a ratos de gemir para tomar bronco tono de amenaza entre los cordajes. Hacia el cenit rebrillaba la flota viva de las cons-

telaciones. En uno de sus paseos, el agregado, harto joven para soportar el silencio, dijo al acercarse a él:

—La marejadilla nos corta rumbo.

El capitán no contestó. El oficial, que se había acercado también, dijo, mientras el serviola picaba la hora desde lo alto del mástil:

—Poco será. Mañana levantará el tiempo de seguro.

Entonces el capitán sacó de dentro de sí, en palabras lentas, la evocación que desde hacía rato le mantenía sombrío:

—¿Se acuerda usted de hace dos viajes en Tampico el baile aquél? ¿Sí? Pues también se acordará de que yo fui a sacar a una muchacha de ojos grandes que me desairó. Desde que entré en el salón me fijé en ella. Y no por su bonitura, que era extremada, no. Me fijé porque estaba segura de conocerla. Como sabe usted, soy un fisionomista enorme. Me ocurre recordar a pasajeros que han venido conmigo una sola vez; a gentes que han subido en cualquier escala a visitar el barco... Y la muchacha aquella se me resistía... Me acercaba a su sitio, le daba vueltas... o me iba a un rincón y cerraba los ojos para recoger el recuerdo... ¡Todo inútil! Y yo la conocía. Conocía hasta el menor repliegue de sus facciones: la frente, el pelo rizado, el hoyuelo de junto a la boca, los ojos, el cuello... El cuerpo no..., del cuerpo no me acordaba nada; pero mientras más me fijaba o me aislaba, nuevos pormenores del rostro puntualizaban mi recuerdo. A ratos parecía que la memoria iba a venir de lo hondo de mí. La sentía detrás de la frente, igual que se siente en la lengua un nombre olvidado... Y se alejaba, se ahogaba. Me atreví a acercarme de nuevo, y mi insistencia fué peor acogida... Ella, que había estado bailando con aquel otro agregado de vitrina al que llamábamos el bello oficial, un mentecato, me aseguró que acababa de torcerse un pie. Hubo risitas, y tuve que aguantarme. Estuve de mal humor y varios días, mellado por dentro... La recordará, Ezeurdi, que aquel viaje, a pesar de tener la corriente a favor como nunca, al salir del canal y de encontrar mares buenos hasta el mismo Finisterrre, hubo tronadas para todos. Creo que hasta a usted le reñí... En vano muchos días y muchas noches en las dos travesías siguientes espoleé el recuerdo. Era en la memoria una laguna, un muro.

Al fin hoy pudo ser... Pero no normalmente, sino después de ese sueño del fondo del mar de que les hablé antes... Me desperté con angustia, como siempre que veo la procesión submarina de los que piden salir del hondo ceno para buscar hoy a en tierra firme, y la visión de la primera vez que vi echar un hombre al mar se me apareció clara, igual que si fuera de ayer. ¡Y hace ya más de treinta años! Era en el CIUDAD DE CADIZ, un cascajo que ustedes no han conocido. Yo no tendría más bozo que tú ahora, muchacho... Y un barco era un mundo nuevo para mí. De la sentina a las crucetas lo recorría a diario. Husmeaba, hablaba con todos, y desde el palero más negro hasta el cura, que nos hacía ir a la misa a coscorrónes, lugares y gentes eran para mí ventanas por donde asomarse al mundo. Cada puerto era una fiesta. ¡Me diver-

tían hasta los ciclones!... Sólo nu-
blaba mi alegría el maldito sueño,
que de tarde en tarde, por fortu-
na, me hacía ver el fondo del Océa-
no en la forma macabra que les he
dicho... Oír decir que alguien estaba
enfermo a bordo y echarme a tem-
blar, todo era uno. La fiebre de
los elementos me impresionaba me-
nos que la de cualquier persona...
Por eso cuando vi embarcar aquel
hombre en Veracruz, se me encogió
el alma. Apenas si tenía vivos los
ojos y la boca... Y la boca no por
completo: cuando hablaba. En
torno de él había siempre un va-
cío; pero yo, obligado por el mis-
mo miedo, me acerqué a él, y le
pregunté por su salud, y su agrade-
cimiento fué tan grande, que esta-
ba siempre con su poco mirar pue-
sto en el puente, en busca mía. Al
segundo día recibí sus confiden-
cias: desde mozo estaba en Méxi-
co, y hasta hacía pocos años, des-
pués de una vida de trabajos, de
esperanzas, de decepciones, no ha-
bía logrado encadenar la fortuna.
¡La fortuna!... No... Ni el bienestar
siquiera. El cobre de América pare-
ce desde Europa oro; y eso era lo
que pudo reunir a costa de dolor
y sudor: un poco de cobre... Du-
rante los primeros años casi no tu-
vo tiempo ni de soñar: fué esa vi-
da dura del campo en que iguala-
dos en la labor, las bestias le lle-
van a los hombres la ventaja de la
resistencia. Cambió de profesión
muchas veces. Bajó a los pozos de
las minas; despachó pulque en el
campo a gentes para quien la san-
gre humana costaba menos que la
carne y el pan. Tuvo sus *chinas*
de paso, y se creyó tan lejos ya de
su patria, tan mexicano por com-
pleto, que olvidó la imagen tutelar
de su caserío para rezarle a la Vir-
gen morena de Guadalupe. Pero pa-
ra el soldado de la gleba, los mé-
ritos de paz, más afflictivos que los
de guerra, cuentan doble. A los
treinta años quedóse enjuto, cano-
so, y el sueño, hasta entonces en-
terizo, empezó a ser cortado por
una tos ardiente. Además se le des-
pertó la fantasía. La mujer con
quien vivía ya de asiento, una mes-
tiza enérgica, medio india, solda-
dera de paz que, según las otras
siguen a los reclutas a las batallas
con los chamacos y el ajuar a cues-
tas, lo seguía desde algunos años
antes de sus difíciles éxodos, solía
decirle, al sentirle dar vueltas du-
rante los insomnios:

—¿Quieres dormirte de veras, ga-
chupín?

La causa de sus desvelos era más
fuerte que la voluntad de la mujer;
era tan fuerte como la niña de pe-
lo rizado que dormía en la cuna.
La hija tardía le hacía pensar en
los padres; los rasgos aztecas, vi-
vos juntamente y en una armonía
de belleza extremada en la carita
de la chicuela, hacíanle pensar en
su raza, en su tierra; y algunos lu-
gares muertos en el recuerdo resu-
citaban para tomar facciones huma-
nas también y decirle: "¿No has
sembrado vida ahí? ¿No estás ya
arraigado para siempre en esa niña
que será mujer y tendrá hijos que
serán de esa patria? ¿Pues a ver
a la tuya una vez siquiera antes de
morir! Ven a verla de hombre, a
respirar su aire... Luego te vuel-
ves allá para siempre..." La ilu-
sión me trocó en obsesión. Despier-
to, como en lo más hondo del sue-
ño, tenía alucinaciones. Ternuras
dormidas se levantaban dentro de
él con el anhelo de abrazar prime-
ro tal rincón de su pueblo, tal pe-
dazo de costa rubio ante la verdu-
ra tumultuosa del mar, visto desde



—Acabo de ver a su marido en pleno idilio con una señora.
—¿Era su mujer de usted?
—¡Caray! ¡No!
—Entonces no era mi marido.

el buque; hubiera querido abrir los
brazos, alargarlos, ¡y abrazar ente-
ra la patria, de que sólo conocía,

como tantos, una parcela mínima,
y que gravitaba íntegra sobre su co-
razón! Trabajó hasta extenuarse

LA PRINCESA ENCANTADA

Por mis viejos jardines de Oriente
ha cruzado una ráfaga helada.
A la luna suspira una fuente
como alguna princesa encantada.

Todo un canto de amores salmodia,
y deshoja el rosal agostado
y despierta el dragón que custodia
el dintel del jardín encantado.

¡Oh, gallardo y gentil caballero
que llegaste, buscando un tesoro,
de un remoto país extranjero,
empuñando tu alfanje de oro!

No traspases los viejos umbrales.
Al que pasa el dragón le da muerte
con sus rojas pupilas fatales,
y en un triste ciprés le convierte.

Aun amigas te son las estrellas,
aun está tu esperanza florida...
¡No persigas ensueños, que aun bellas
realidades te guarda la Vida!

¡Sólo aquel que no teme a la Muerte
porque todo lo tiene perdido,
puede, viejo jardín, conocerte
y en tus frondas hallar el olvido!

Sólo aquel que ni sueña ni siente
es capaz de matar con su espada
al dragón que custodia la fuente
donde está la princesa encantada...

Sólo él puede enjugar ese llanto
que hace siglos resuena constante...
¡Pero teme, al romper el encanto,
que la bella princesa lo encante!

Francisco VILLAESPESA

por lograr un ahorro que no mer-
mase el presupuesto familiar. Su
ansia era tan fuerte, que formaba
en torno a su persona una atmós-
fera impenetrable. La enfermedad
misma pareció detenerse. Vivía en
esa tensión jubilosamente febril de
las vísperas. Y cuando, al cabo, se
vió en el buque y una faja de agua
empezó a ensancharse entre el mue-
lle y él — entonces fué cuando yo
lo vi por vez primera, — aquellas
galvanización cesó de súbito y la tí-
sis curvó su figura, ahondó sus
ojos y puso en todo él ese impal-
pable paño amarillo que es antici-
pación de mortaja. Apenas levamos,
hubiera querido volverse atrás. Sin
duda, España seguía siendo a proa
un imán misterioso; pero a popa
la hijita se agrandaba, se agranda-
ba y tendía las manecitas en ade-
más de auxilio. Y entre los dos, una
figura alta y pálida tendía, a mo-
do de barrera infranqueable, su gua-
daña. A cada rato me preguntaba:

—¿Por qué andamos tan poco?...
¿Cuándo veremos las Azores?

—Dentro de tres días. No sé si
veremos San Miguel.

Un barco se cruzó con nosotros,
camino de América, y hubo el re-
vuelo de siempre en el pasaje. Yo
leí en sus ojos el impulso de ga-
narlo a nado para renunciar a su
locura y atender al llamamiento de
las manecitas indefensas. Su hija
era, detrás ya, ¡ay!, una realidad
viva que lo necesitaba, y la patria
que había sido tantos años ante él
una ilusión difusa, aparecía aho-
ra, quizás, como una encrucijada de
decepciones que iba a concretarse
en su aldehuella habitada ya por
desconocidos. ¡Hubiese querido sal-
tar a aquel barco y volver a Mé-
xico! Y hubiera sido también un
salto inútil, porque sólo dos días
le quedaban de vida, y desde allí
hacia el Este y el Oeste del Atlán-
tico había mucho más aún en bar-
cos de mayor andar que aquel. Al
sentir que la sombra de la guada-
ña se inclinaba contra él inexorable-
mente, me llamó a su litera:

—Me voy a morir... Lo sé...
Ya no veré ninguna de las dos tie-
rras.

—¡Por Dios, no diga eso!... —
creo que le dije.

Pero como yo era muy joven y
no sabía aun mentir bien, compren-
dió que ni tenía que insistir y pro-
siguió descansando entre frase y
frase para que las palabras y los es-
tertores no se confundieran:

—Quiero pedirle un favor... Es-
te Hidalgo y este retrato se lo lle-
va usted a ella. No a la china; a
ella, a la chamaca, y le dice que
lo guarde para cuando sepa com-
prender lo que es un padre en me-
dio del mar... Un padre y un hijo...
España delante, ella allá... Y dí-
gale que tan sólo de ella me acuer-
do... Que si se puede desde el otro
lado de la vida, yo velaré por ella...
Que me perdone el haber cedido a
esta locura... Y eso que me alegro,
porque así no me ve morir... Dele
también... Dígale también...

Los estertores y las palabras que
ya al final se confundían dejaron
de mezclarse, y fueron un rato es-
tertores nada más y silencio des-
pués. No supe cuándo dejó de mi-
rarme. El oro de la moneda brilla-
ba junto al tono verdoso obscuro
y opaco del daguerreotipo. La mis-
ma curiosidad que me hizo acercar-
me a él me impidió separarme de
lo que de él quedaba. Lo vi envol-
ver en la arpillera y coserlo. Velé
toda la noche, a pesar de tocar-
me el cuarto de ocho a doce, para
verlo bajar a su gran sepultura. Me

parecía aquel el primer deber serio de mi vida. Ya saben ustedes lo que es la ceremonia. Emoción tremenda... Es como la primera misa ofi- do en el mar; por poca fe que se tenga, se encoge el alma. En torno a la plancha cuatro marineros estaban casi más rígidos que el cuerpo inerte dentro del burdo sudario. Pesaba el aire el silencio era como si todos nos viéramos en un espejo posible, como si aquel espacio corto de planchas de hierro como remaches incrustado en el mar fuese toda la vida y toda la muerte, como ustedes saben lo que es eso... Se le descubrió la cara por vez última, para que pudieran firmar los testigos. El cura rezó el responso despacio, destacando las palabras latinas que, sin entenderlas, pesaban en nuestras almas lo mismo que los hierros atados al bulto fúnebre con esos nudos nuestros hechos para luchar con la mar, y a un "¡arria!" ronco, triste, del primer oficial, lo deslizaron. Un segundo, en el extremo de la tabla, el cuerpo pareció resistir; luego cayó, y jamás he oído sonar el agua así... Era un ruido hermano del de las paletas de tierra sobre el ataúd... Aquella noche soñé por vez primera que entre los miles de esqueletos inconformes en el fondo del mar, había un rostro: el suyo. Al llegar a Bilbao me desembarcaron, y fui a la línea de Filipinas; pero confié el encargo al agregado que me sustituyó en el *Ciudad de Cádiz*. Dos años después me lo devolvió, diciéndome que le había sido imposible hallar a la viuda. Al volver yo a la línea realicé pesquisas, también inútiles. Años y años he llevado en mi camarote el paquetito... Y al día siguiente de salir de Veracruz a este viaje, cuando ya era inútil,

se me reveló de pronto, que la muchacha que no quiso bailar conmigo, la que me creyó un viejo ridículo atraído por su hermosura, era la misma que desde el verdioso retrato de hojalata sonreía entre los bucles negros! ¡Yo sentí su atracción y ella permaneció indiferente a la mía! ¡Si eso que llaman los tontos fuerza de la sangre existiese, debió presentir que yo tenía un mensaje para ella!... Sin saber por qué le he tomado una especie de odio y tengo impaciencia de llegar a Tampico otra vez para buscarla y cumplir, al cabo de tantos años, la súplica del que habiendo muerto del todo hasta para su hija, vive aún de tiempo en tiempo en mis sueños.

Se oyeron pasos, y un bulto se destacó en la toldilla. Era el mismo oficial de antes.

—Capitán: dice el médico que un pasajero de primera se ha enterado del entierro y pide permiso para asistir.

El capitán se enfureció. Todo, hasta los ojos, se hizo obscuro en su rostro, y refunfuñó:

—¿No mandé que no se enterara nadie? ¡Dígame que no!... ¡Si se habrá creído que es una fiesta!

Y de pronto, con súbita y amarga dulzura:

—Y sino dígame que bueno... Que baje y que lo pongan muy cerca, para que oiga bien el responso y el ruido del agua. ¡Así no se olvidará del viaje nunca más!

Las estrellas fulgían intensamente y punteaban la gran sombra del mar, cual si quisieran alumbrar el abismo donde iban a sumergirse poco tiempo después los restos de un hombre que gozó y sufrió sobre la tierra.



ESTAMOS EN PLENA TEMPORADA DE PLAYA Y TURISMO

Si Vd. gusta vestir bien no debe olvidar que nadie podrá proveerle trajes de franela o de brin "sobre medida" o "confeccionados" (listos para vestir), mejor terminados ni de calidad tan excepcional, como la que nosotros le ofrecemos.

Nuestros precios no admiten ninguna comparación: tenemos trajes en brin de hilo desde

\$ 22.50

CREDITOS

Los acordamos a pagar en 10 meses, sin anticipo, interés ni el más mínimo recargo.

A. CABEZAS
SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (B. AIRE)



Un día que visitaba yo un manicomio, el médico que me acompañaba me dijo:

Le voy a enseñar una celda donde una mujer de cuarenta años, aún bella, sentada en un sillón, se contempla obstinadamente el rostro en un espejito de mano.

Desde que nos vió, se levantó, corrió al fondo de la habitación a buscar un velo que había sobre una silla, se envolvió la cara con cuidado y volvió a sentarse, contestando con una inclinación de cabeza a nuestros saludos.

—¿Cómo estamos hoy? — le preguntó el doctor. La mujer lanzó un profundo suspiro y añadió:

—Oh, mal, muy mal. Las señales de la viruela se agrandan más cada día.

—No veo nada — replicó el doctor. — Le aseguro que se equivoca.

Acercóse entonces la loca para murmurar casi al oído del médico:

—No, estoy cierta. He contado diez agujeros en la mejilla derecha, cuatro en la izquierda y en la frente. ¡Es horrible, horrible! ¡Ya no me podrá ver nadie, ni mi hijo! ¡Estoy perdida y desfigurada para siempre!

—Ahora escúcheme la historia de esta desgraciada.

Es viuda. Fué muy bella; muy coqueta, muy amada. Era una de

LA LOCA

Por Guy de Maupassant

esas mujeres para quienes el deseo de agrandar constituye la aspiración de su vida. Tenía un hijo, el

cual cayó un día en cama, con viruela.

Apenas lo supo la madre, empe-

El pecado de pedir un rey

La política de los hebreos fué ante todo teocrática. La monarquía se consideró como un mal y como una caída.

"Ruega, — dice el pueblo a Samuel, — ruega al Señor tu Dios por tus siervos, a fin de que no muramos, pues hemos añadido este pecado de pedir un rey a todos los demás".

"He aquí, dice al Señor, cuál será el derecho del rey que os gobernará: Tomará a vuestros hijos para conducir sus carros. Hará de vuestras hijas perfumadoras, cocineras y panaderas. Tomará lo mejor de vuestros campos. Tomará vuestros servidores y vuestras criadas... y el diezmo de vuestros ganados. Gritaréis entonces contra vuestro rey, a quien vosotros habéis elegido, y el Señor no os escuchará".

A. FOUILLEE.

zó para aquella mujer, consagrada exclusivamente al cuidado de su hermosura, una batalla espantosa.

Desde muy lejos preguntaba a la mujer que se encargaba de su hijo, por la salud de éste. La mujer contestó una vez: muy mal; quiere ver a usted.

—¡Oh! no; eso no, respondió ella y salió corriendo.

Tomó todo género de precauciones. Fué a casa de un farmacéutico y se surtió de toda clase de desinfectantes. Un día, por fin, el médico le dijo:

—Aunque sea por la ventana. A las dos de la tarde abra la puerta de cristales.

Consintió en ello la madre; la cual se abrigó la cabeza tomó un bote de sales dió tres pasos a la ventana y ocultando la cara entre las manos exclamó:

—No; no me he de atrever jamás; me muero de miedo.

El moribundo esperó largo rato con los ojos vueltos hacia la ventana para ver por última vez el rostro sagrado de su madre; pero esperó en vano; llegó la noche y entonces, volviéndose hacia la pared, perdió para siempre el uso de la palabra.

Cuando amaneció, había muerto. Al día siguiente su madre estaba loca.

La venganza del perro

Por Luis Pirandello

Sin saber cómo ni por qué, Jaco Naca se vió propietario de todo el cerro al mediodía de la ciudad, desde el cual se gozaba de la campiña abierta con amena variedad de collados, de valles y de llanuras y en último término el mar, que se perdía en lontananza, tras tanta verdura, cerrando, azulado, la línea del horizonte.

Un señor forastero, con una piedad de madera que crujía a cada paso, se le había presentado tres años antes, sudoroso, en una hacienda del valle de Santa Ana, infestado de paludismo, donde en calidad de mozo se hallaba él, amarillo por efecto de la fiebre, con escalofríos en los huesos y zumbido de la quinina en los oídos, y le había anunciado que de minuciosas indagaciones practicadas en los archivos, habían llegado a saber que, todo aquel altozano, tenido hasta entonces como libre, le pertenecía a él, y que si le quería vender una parcela, para ciertos proyectos, aun no bien determinados, se le pagaría a precio de tasación pericial.

No eran más que rocas, con alguna que otra mata de hierba tal, que ni siquiera las ovejas, al pasar, se dignaban morderla.

Entristecido por el lento veneno de la enfermedad que le había lesionado el hígado y consumido las carnes, Jaco Naca no había sentido ni maravilla ni placer por aquella fortuna, y había cedido, al cojo forastero, gran parte de aquellas rocas, por un puñado de pesos. Pero luego, en menos de un año, vió alzarse allá arriba dos preciosas quintas, a cual más bonita, con terrazas de mármol y miradores cubiertos de cristales multicolores como jamás se habían visto por aquellos sitios (¡un verdadero lujo!) Cada una tenía un hermoso jardín, cillo florido, adornado con kioscos y lindos estanques en la parte que miraba a la ciudad, y con huerto y emparrado a la parte que daba a los campos y al mar. Cuando oyó cómo alababan todos con admiración y con envidia la perspicacia de aquel señalado por Dios, venido quien sabe de dónde y que en pocos años, seguramente, con el alquiler de los doce cuartitos amueblados en tan ameno sitio se reintegraría de los gastos y constituiría una hermosa renta. La sombría pereza de animal enfermo con la que tanto tiempo había soportado miserias y desdichas, habíase trocado de improviso en una actitud rabiosa, y entre furias violentas y lágrimas de desesperación, pataleando, mordiendo las manos, mesándose los cabellos, clamaba justicia y venganza contra aquel ladrón embaucador.

Es cosa averiguada, desgraciadamente, que por evitar un mal, muchas veces se corre el peligro de caer en otro peor. El cojo forastero, por no sufrir más la molestia de aquellas descompuestas recriminaciones, mal aconsejado, se decidió a ofrecer, indirectamente, a Jaco Naca, un aumento sobre el precio de la venta; poco, desde luego, pero Jaco sospechó que un aumento ofrecido así, a escondidas, re-

velaba que el otro no estaba muy seguro de su derecho y quería apaciguarlo. Los abogados para algo sirven: el asunto estaba en los tribunales. Y en tanto que aquellos pocos dineros de la venta se iban en papel sellado, entre aplazamientos y apelaciones, él se había dedicado, con rabioso tesón, a cultivar el resto de su propiedad, en el fondo del vallecito, bajo aquellas rocas, donde las lluvias, corriendo en copiosos caudales sobre el fragoso y

to trabajando la tierra, devorado por el rencor, con ojos truculentos, en la terrosa y amarillenta faz, el perro, por miedo, no chistaba.

Tendido en el suelo con el hocico alargado entre las dos patas delanteras, todo lo más que hacía era levantar la mirada y exhalar un quejido ligero, abriendo las quijadas desmesuradamente, en espera de algún mendrugo de pan, que el dueño de vez en cuando le arrojaba, como una piedra, divirtiéndose también alguna vez, viéndole enfurecerse si el mendrugo no caía adonde alcanzaba la cadena. Pero de noche, apenas quedaba solo, allá abajo y luego durante la noche entera, no hacía más que ladrar, gruñir y aullar, tan fuerte y con tal intensidad de sufrimiento, con tales imploraciones de auxilio y de compasión, que todos los habitantes de ambas quin-

NUESTRO PADRE, EL SOL

Viene el verano; llega el sol que es nuestro padre y señor; el sol que a nadie falta; el que todo embellece y todo exalta, padre amoroso, único maestro.

El sol que da la espiga y hace el grano, el que domina el cielo, el que dirige todo el sistema planetario y rige el universo como un buen anciano.

El sol que es nuestra carne y nuestro hueso el pone en las ánimas el beso, substancial de su luz inextinguida;

el que transforma todo ser inerte y el que puede sacar de cada muerte una resurrección de nueva vida.

Luis María JORDAN

escarpado declive del cerro, habían depositado ligeras capas de tierra.

Lo habían comparado entonces a un perro tonto que, después de haberse dejado arrancar de la boca un buen pedazo de pierna de carnero, se rompía ahora, con furia, los dientes, royendo un hueso arrojado por el que se había comido la carne. Un palmo de mezquina huerta; una veintena de no menos mezquinos almendros, que aun parecían troncos entre las piedras, habían brotado aquí y allí en el valle, angosto como una sepultura, tras dos años de tenaz trabajo; mientras allá arriba, elevados ante el espectáculo de todo el campo y del mar, los dos lindos chalets, brillaban al sol, habitados por gente rica, que naturalmente, Jaco Naca imaginaba también feliz... Feliz y algo más, a costa de su daño y de su miseria.

Y para desesperar a aquellas gentes y vengarse, al menos así, del forastero, ya que no pudo hacer otra cosa, llevó allí un perrazo, al que ató con una cadena corta clavada en el suelo, y lo dejó día y noche, muerto de hambre, de sed y de frío.

—¡Grita por mí!

De día, cuando él iba por el huer-

tas despertaban y ya no volvían a conciliar el sueño.

De un piso a otro, de uno a otro aposento, en el silencio de la noche, se sentían los murmullos, los bufidos, las imprecaciones de aquella gente despertada en lo mejor del sueño: las llamadas y llantos de los criquities asustados, el sordo golpe de pisadas con los pies descalzos o el rozar de las chinelas de las madres que acudían al llamamiento.

¿Era posible seguir así? De todas partes habían llovido reclamaciones al propietario, quien después de haber intentado varias veces y siempre en vano, por buenas y por malas, conseguir que aquel perverso cesara de infligir semejante martirio al pobre animal, había aconsejado que se elevase al municipio una instancia firmada por todos los inquilinos.

Pero tampoco aquella instancia había servido de nada. Había, desde las dos quintas, al sitio donde el perro estaba encadenado, la distancia exigida por los reglamentos; si luego, por lo bajo de aquel vallecito y por la altura de las dos quintas, los ladridos parecían llegar desde el pie mismo de la ventana, Jaco Naca no tenía la culpa; él no podía enseñar al perro a que ladra-

ECZEMAS
y
Picaduras de Insectos
se curan con
PASTA VASENOL

se de un modo más agradable para los oídos de aquellos señores; si el perro ladraba, hacía su oficio; no era cierto que él no le daba de comer; le daba lo que podía; de quitarle la cadena no había que hablar, porque una vez suelto el perro se volvería a casa y él allí tenía que guardar aquellos bienes que le costaban sudores de sangre. ¿Que eran cuatro troncos? ¡Oh! No a todos tocaba la suerte de enriquecerse en un abrir y cerrar de ojos a costa de un pobre ignorante.

—¿Luego no era posible una solución?

Y una noche de aquellas en que el perro se había dedicado a ladrar a la fría luna de enero, más angustiosamente que nunca, de improviso abrióse una ventana, con estruendo, en la primera quinta y dos detonaciones partieron con terrible estampido, con breve intervalo. Todo el silencio de la noche se había interrumpido dos veces en la campiña y en el mar, estremeciéndolo todo; y en aquel estremecimiento general, alaridos, quejidos desesperados. Era el perro que había cambiado súbitamente el gruñido en un ladrar furibundo, y otros muchos perros de los campos vecinos y lejanos se habían puesto también a ladrar largamente. Entre el estrépito, otra ventana se había abierto en la segunda quinta y una voz irritada de mujer y una voz vibrante de niña, no menos irritada, habían gritado hacia aquella ventana de donde salieron los disparos.

—¡Buena hazaña! ¡Contra el pobre animal encadenado!

—¡Bruto!

—¡Si tiene valor, contra el dueño debería tirar!

—¡Bruto!

—¿No le basta que esté el pobre animal sufriendo el frío, el hambre y la sed? ¿También matarlo? ¡Qué hazaña, qué valor!

—¡Bruto!

Y la ventana se volvió a cerrar con el ímpetu de la indignación.

Había quedado abierta aquella otra donde el inquilino tal vez esperaba la aprobación de todos los vecinos, mientras que, vibrante aún de la violencia cometida, recibía el latigazo de aquella iracunda mordaz protesta femenina. ¿Ah, sí? Y durante media hora larga, allí, medio desnudo, al frío de la noche, como un loco, imprecaba, no tanto al malditísimo animal, que hacía un mes no le dejaba dormir, cuanto a la fácil compasión de ciertas señoras, que, pudiendo dormir a su gusto, de día, pueden perder sin daño el sueño de la noche, y con la satisfacción, además... de practicar la ternura del propio corazón compadeciendo a las bestias que quitan el reposo a quien se rompe el alma trabajando desde la mañana a la noche. Y decía el alma por no decir otra cosa.

Los comentarios en ambas quintas duraron mucho aquella noche; se encendieron en todas las familias vivísimas discusiones entre quien daba la razón al inquilino que había disparado, y quien la daba a la señora que había tomado la defensa del perro.

Todos estaban de acuerdo — eso sí — en que aquel perro era insupportable; pero también, que merecía compasión por el modo cruel con que lo trataba su amo. Sino que la crueldad de éste no era sólo contra el animal, era también contra todos aquellos a quienes por medio de él, quitaba el descanso de la noche. Crueldad calculada, venganza meditada y declarada. Así es que la compasión por el pobre animal, hacía, indudablemente, el juego de su amo; quien teniéndolo encadenado y muerto de hambre, de sed y de frío, parecía que desafiaba a todos, diciendo:

—Y además, si tenéis valor, matadlo.

Pues bien, sí; era necesario matarlo, era necesario vencer la compasión y matarlo para que no saliera con la suya aquel bribón. — ¿Sí, eh? ¿Matarlo? ¿Y no se haría, entonces, pagar injustamente al pobre animal la culpa del dueño? ¡Buena justicia! Una crueldad sobre la otra, y doblemente injusta, porque se reconocía que el animal no sólo no tenía culpa, sino que tenía razón quejándose así. ¡La doble crueldad de aquel malvado se había vuelto toda contra el animal, si los que no podían dormir se ponían contra el perro y lo mataban! Pero, por otra parte, ¿qué hacer? si no quedaba otro remedio para impedir el martirio que infligía a todos...

—¡Cuidado, señores, cuidado! — había venido a advertirles el propietario de las dos quintas, la mañana siguiente, con su pierna de palo crujiente. — ¡Por el amor de Dios, cuidado, señores!

¿Matar el perro de un siciliano? ¡Guardarse mucho de repetir la prueba! Matarle el perro a un campesino siciliano, significaba hacerse matar sin remisión. ¿Qué tenía que perder él? Bastaba mirarle la cara para comprender que, con la rabia de que estaba poseído, no vacilaría en cometer un crimen.

En efecto, poco después, Jaco Naca, con la cara más amarilla que de costumbre y con la escopeta echada a la espalda, se presentó ante las dos quintas, y dirigiéndose a todas las ventanas de una y de otra, ya que no le habían sabido indicar de cual habían partido los disparos, mascullaba su amenaza, desafiando para que se presentase el que había atentado contra su perro.

Todas las ventanas permanecieron cerradas; únicamente se abrió la de la inquilina que había salido en defensa del perro, joven viuda de un administrador de Hacienda, la señora Crinelli, y una niña de voz aguda, la pequeña Roró, única hija de la señora, que se había asomado con su carita encendida y sus ojitos centelleantes, para gritarle lo que era del caso, agitando los espesos rizados negros de su redonda cabecita llena de osadía.

Jaco Naca, al pronto, sintiendo

que se abría aquella ventana, se descolgó apresuradamente de la espalda la escopeta; pero, luego, viendo aparecer una niña, se quedó con una odiosa sonrisa en los labios, escuchando su fiera invectiva, y al fin, con agria aspereza le preguntó:

—¿Quién te envía, papá? Dile que se asome él: ¡tú eres pequeña!

Pero la mamá se apresuró a llevarse dentro a la niña.

do muy feliz perdiendo el sueño si la joven viuda hubiese sentido por él la compasión que sentía por el perro.

Todas las noches, al oír los quejidos de la pobre bestia, la madre y la hija estrechamente abrazadas, en la cama, como para resistir juntas el sufrimiento de aquellos largos gemidos, esperaban, un terror expectante, que la ventana de la quinta de al lado se abriese y que,

Se lo otorgó por fin, por dar disgusto a Barsi, después del atentado de aquella noche.

Hacia la puesta del sol, cuando vió marchar con la azada al hombro a Jaco Naca, puso en manos de Roró, por las cuatro puntas, una servilleta llena de mendrugos de pan, con los restos de la comida y le recomendó que tuviese cuidado de no poner en falso los piecitos, al bajar por la cuesta.

Se asomaron con ella muchos de los inquilinos para admirar a la valerosa niña, que bajaba aquel triste barranco para socorrer al animal. Asomóse también Barsi, y siguió con la vista a la niña, moviendo la cabeza y frotándose las rasposas mejillas con una mano sobre la boca. ¿No era claro desafío para él, toda aquella caridad, tan ostentosa? Pues bien; él recogía el guante. Ya había comprado por la mañana cierta pasta envenenada para echársela al perro, una de aquellas noches, a fin de librarse de él, callandito. Se la echaría aquella noche.

Pero Roró, con la servilleta sujeta por las cuatro puntas, en la mano, seguía avanzando segura y confiada.

En efecto, al llamarlo la primera vez, movía la cola, aunque seguía ladrando, y ahora al echarle el primer pedazo de pan, dejó de ladrar. ¡Oh, pobrecito, pobrecito, con qué voracidad engullía los mendrugos de pan, uno tras otro! Pero faltaba lo mejor... Y Roró, sin pizca de aprensión, extendió con sus manitas un papel con los restos de la comida, bajo el hocico del perro, quien después de comer y lamer largo tiempo el papel, miró a la niña, al principio como maravillado, y luego con cariñoso agradecimiento.

Y a la mañana siguiente, el primer pensamiento de Roró fué asomarse a ver al perro.

Y allí estaba: tendido de lado, en tierra, con las cuatro patas rígidas, estiradas. ¡Qué bien dormía! Y en el valle no había nadie. Parecía que sólo existía el gran silencio, que aquella noche por vez primera no se había interrumpido.

Juntamente con Roró y con la mamá, los demás inquilinos contemplaban con igual asombro el silencio de allá abajo y el sueño de aquel perro, tendido aún, de aquel modo.

Únicamente la ventana de Barsi permaneció cerrada. Y como aún no se veía por allí al villano, y tal vez como a menudo acontecía, quizás no apareciese, algunos de los inquilinos convencieron a la señora Crinelli para que accediese al deseo de Roró, de llevar al perro el almuerzo.

—Pero ten cuidado... ve despacio —le advirtió la mamá. — Y en seguida vuelve.

En la hondonada, bajo la roca, agazapado como fiera en acecho, estaba entretanto, Jaco Naca, con su escopeta. La niña, al dar la vuelta, se lo encontró de frente, de improviso, muy inmediato; apenas tuvo tiempo de mirarlo, con espantados ojos, cuando retumbó el escopetazo, y la niña cayó de espaldas, entre los alaridos de su madre y de los demás inquilinos, que vieron con horror, rodar el cuerpecito por la pendiente, hasta llegar junto al perro, que permanecía allí, inerte, con las cuatro patas estiradas.



4 JABONES

en lugar de 3, contiene AHORA cada caja de JABON REUTER. Debido a esta innovación y a nuevos procedimientos industriales que en nada alteran las condiciones que han hecho célebre al JABON REUTER, sus fabricantes han conseguido rebajar su precio, haciéndolo así más asequible y práctico a sus innumerables consumidores.

Unico precio: **70** centavos cada jabón

Si no pudiera obtenerlo en la localidad donde Vd. reside, solicítelo acompañando el importe de la caja de 4 jabones \$ 2.80, a sus representantes:

ILLA & Cia. - Maipú, 73 - Buenos Aires

Desde aquel día, la violencia de los sentimientos que luchaban en el ánimo de aquella gente, por un lado rabiosa a causa del sueño perdido, por otro inducida por la miserable situación de aquel perro a una compasión rechazada al punto por la fierísima irritación que sentían contra el villano que hacía de esto un arma contra ellos, no sólo turbó la delicia de vivir en aquellas dos quintas tan admirables, sino que agrió de tal modo las relaciones de los inquilinos entre sí, que, de disgusto en disgusto, se llegó pronto a una guerra declarada, especialmente entre los dos que primeramente habían manifestado sus opuestos pareceres: la viuda Crinelli y el inspector de escuelas, señor Barsi, que había disparado.

Se susurraba malignamente, que de la enemistad entre ambos, no tenía sólo la culpa el perro, y que el señor Barsi se habría considera-

con la complicidad de las tinieblas, partiesen de ella otros disparos.

—¡Mamá, mamá! — decía gimiendo la niña, temblorosa: — ¡ahora le tira!... ¿Oyes cómo grita? ¡Ahora le mata!

—¡No, duerme tranquila! — decía intentando consolarla la mamá: — ¡Duerme tranquila, querida mía, no lo matará! ¡Le tiene mucho miedo a aquel villano!...

Pero Roró no conseguía sosegar-se. Hacía tiempo que el sufrimiento de aquel animal era para ella una idea fija. Estaba todo el día mirándolo desde la ventana, en lo hondo del valle y se moría de compasión. Habría deseado bajar allí para consolarlo, acariciarlo y llevarle de comer y beber; y varias veces, en días que el villano estaba ausente, había pedido ese favor a la mamá. Pero, ésta, temiendo que aquel malvado se presentase, o que la pequeña rodase por el fragoso declive, nunca había accedido.

FIGURAS POLITICAS DEL MOMENTO

Un diputado nacional que cumple con su misión: Herminio J. Quirós

Por el Doctor Homo Duplex

Conocido es el concepto que tienen la prensa y el pueblo mismo acerca de las costumbres de nuestros diputados: hacer todo, menos lo que deben hacer, es decir, preocuparse con el progreso de los estados a los cuales representan. Muy pocos, en efecto, son los diputados que, una vez ingresados en el Congreso, tratan de responder dignamente a la confianza que el pueblo ha depositado en ellos, al elegirlos padres de la patria. Son sólo amigos del pueblo cuando están en el llano, cuando necesitan los votos; entonces esbozan hermosos programas de acción hacen amplias declaraciones, estudian las necesidades del país, prometen hacer esto y aquello... ¿Quién no lo sabe? Las luchas partidarias, muy dignas por cierto, no deben primar sobre los deberes con el pueblo. Muchas leyes necesita el país; muchas iniciativas que claman su realización quedan relegadas; pero los señores diputados y los señores senadores no se acuerdan de nada; creen vivir en el más adelantado de los países; cuya legislación es completa y no necesita reformas; creen, por lo visto, que todo marcha bien. No se quieren acordar que sus lejanas provincias se encuentran con malos caminos, sin vías férreas, sin escuelas y sin museos; que el pueblo sufre y es expoliado por falta de leyes que lo protejan... que el analfabetismo aumenta y las cárceles se llenan, que no hay hospitales y no tienen las industrias ninguna protección; que los agricultores, base de la riqueza nacional, son explotados, que nadie les guía, ni les enseña... Que en Buenos Aires, y en el país entero, aumenta el proletariado intelectual, que la enseñanza está en manos impropias; que la juventud no tiene los maestros que se merece; que los naturalistas de los museos, ganan el sueldo de los vigilantes; que en los colegios nacionales, en vez de profesores, hay médicos, abogados, ingenieros y gente sin idoneidad ninguna... que basta pronunciar un mal discurso político, para tener una cátedra y que los verdaderos profesores, que no hablan en las esquinas no deben ni soñar con ella...

Pero hay un diputado, figura ya gloriosa en los anales de la historia, que no se olvida de todo esto y, que cumple fielmente su misión... Hacía él, como homenaje a la verdad sagrada, queremos llamar la atención del país, se ha preocupado y se preocupa constantemente con su provincia, cuyos intereses defiende; ha presentado decenas de proyectos útiles, muchos de los cuales fueron aprobados para bien del pueblo que lo ha electo; queremos señalar su nom-

bre a los otros diputados, para que sea su ejemplo, fecundo para el país: nos referimos al Dr. Herminio J. Quirós, diputado por Entre Ríos. Lejos de nosotros el deseo de hacer panegíricos al activo enterriano que no los necesita, puesto que sus obras hablan por él; pero creemos que el deber del periodis-

tamento Colón lo recuerda con una simpatía ilimitada. Gracias a la acción del activo diputado, aquel Departamento se ha transformado. Parques hermosos, plazas, escuela de artes y oficios, escuela profesional, instituciones deportivas, obras de arte, paseos públicos, puerto y dependencias... Algo in-

Si quisiéramos sólo nombrar lo que el Dr. Quirós ha hecho por la provincia, nos sería imposible. Vías férreas que usan las ciudades de su interior con sus puertos; caminos carreteros; puertos... ¿Quién hace años, trabaja con afán para abrir los pasos malos del Uruguay? ¿Quién se ocupó con insistencia en el derrocamiento de los pasos del Hervidero y de Corralitos? ¿Quién se preocupa constantemente en el mejoramiento de las vías de comunicación en Entre Ríos?

Tenemos que nombrar al Dr. Quirós.

No hay biblioteca, ni sociedad de Beneficencia, ni entidad deportiva, que no haya conseguido progresos gracias a la cooperación del doctor Quirós. Su constante preocupación es la provincia; la visita muy a menudo y estudia, en el terreno, las necesidades, las posibilidades de su industria, de su colonización y de su progreso general. El pueblo lo quiere, porque ve en él a un defensor de sus derechos.

Así deben ser los estadistas; este es el verdadero ideal del hombre de gobierno. Diputados conocemos, o senadores, que desde su elección no han visitado su provincia, o lo hacen con motivo de alguna fiesta. ¿Cómo saber lo que le falta? ¿Cómo conocer las necesidades de su población?

El nombre del Dr. Quirós, entre la gente del pueblo, es toda una bandera de acción, todo un símbolo de trabajo; es por esto que ha sido reelecto ya varias veces; es por eso que su nombre se pronuncia con cariño y casi con respeto; es por eso que los entrerrianos de Buenos Aires acuden a sus oficinas cuando necesitan algo; es por eso, que los contrarios políticos del Dr. Quirós, aunque lo atacan, reconocen siempre la vasta labor que en pro de Entre Ríos realiza y es por eso que su nombre suena para futuros y grandes destinos. Hemos tenido que hilvanar la nota general, porque es inútil pedirle reportaje al legislador entrerriano ¡no los concede! no quiere hablar y prefiere hacer. Entre Ríos, la hermosa y fértil provincia, si bien adelanta, necesita siempre leyes nuevas, para encarrilar, en caminos positivos, el desarrollo, de sus enormes riquezas naturales. Nada más. Nos ha sido grato señalar a la opinión del país la labor de un hombre, que se hará histórico, en pro del Estado que lo ha elegido. Sirva esto de escarmiento a tanto político inútil que se mantiene a fuerza de discursos... y lindas palabras.

El pueblo quiere hechos, obras, acción, labor positiva... y si se equivoca no lo hace más que una vez.



Doctor Herminio J. Quirós, diputado nacional por Entre Ríos.

mo es enaltecer los méritos reales y señalar al pueblo y a sus colegas a los hombres útiles a la nación. Hemos tenido ocasión, hace poco, de viajar por el río Uruguay, visitando sus principales puertos. El nombre del Dr. Quirós despierta admiración en todas partes; se le cita con respeto y con cariño, como gran benefactor de la provincia, en la realización de cuyas obras útiles ha intervenido casi siempre. Especialmente el Depar-

comparable que va imitándose por los otros departamentos de la provincia, que ven, no sin despertar rivalidades, la maravillosa transformación del Departamento Colón. Para el Museo ha ido reuniendo material, solicitándolo en todas partes; ha recorrido — y sigue recorriendo — gran parte de la Patagonia, en busca de fósiles y objetos antiguos, para atraer al pueblo hacia las nobles contemplaciones de lo ya pasado.

EL CANTO DEL MIRLO

En la calle por la que paso todos los días, un mirlo canta sin cesar la misma frase melódica. La frase es inacabada, abreviada y desde hace años escucho el pájaro ahuecar su voz, lanzar a todo vuelo su esbozo de frase, detenerse después satisfecho, sin tener jamás necesidad de completar, de una manera o de otra, este pensamiento musical interrumpido, que yo no puedo oír sin alguna impaciencia.

Así sucede al verdadero creyente, habituado en las más altas cuestiones a detenerse en la nota sensible que él toma por la tónica. Acostumbrado por la falta de curiosidad por el más allá. Repitiendo su canción monótona sin preocuparse que le falta alguna cosa, que su canto está trunco como sus alas y que el mundo estrecho de su fe no es el universo.

Juan María GUYAU

El amor y la guillotina

Las mujeres que amaron a Dantón

Hay en los alborotados fastos de la Revolución francesa una página grandiosa: la que narra la conducción de Dantón a la guillotina. En la calle de San Honorato, ante la casa de Robespierre, quien lo enviaba a la muerte, le increpa con su vocejón de enrgümeno: "¡Tú me seguirás, Robespierre!... Caerá tu cabeza también, y se arrastrará tu casa!..." Un poco más allá cuando ve en la terraza del Café de la Regencia al pintor David, haciendo un croquis de la carreta en que se le lleva al suplicio lo flagela con una airada imprecación: "¡Lacayo!..." Caía la tarde cuando Dantón se acercaba a la guillotina... Hubo en él un instante de debilidad y abatimiento. Se le vió cerrar los ojos y se le oyó exclamar: "¡Mi bien amada!... ¡Mi bien amada, no te volveré a ver más!..." Pero reponiéndose prestamente, se dirigió al verdugo: "Toma mi cabeza y muéstrala al pueblo... ¡Bien lo merece!..."

Desde aquel día, en realidad, quedaban planteados ante los historiadores franceses, tan aficionados a descifrar e indagar la vida íntima de los grandes actores de la comedia pública, dos enigmas: el de los amores y el de las venalidades de Dantón. Y en el siglo y cuarto transcurrido desde entonces Aulard y Timon han estudiado su elocuencia; Dubost, su crueldad y su intervención en la matanza de septiembre, y, en conjunto, Robinet su vida privada.

Con escasas pruebas. Después abordó el tema de la venalidad que recientemente ha esclarecido Alberto Mathiez en el curiosísimo libro *La corrupción parlamentaria durante el Terror*. Quedaba inédita la relación de sus amores, y lo sigue estando, a pesar del libro *La vida amorosa de Dantón*, que, escrito por un circunspecto académico, Georges Leconte, ha aparecido estos días recientes, en las librerías de París.

No sabemos más de lo que refirieron los contemporáneos; a pesar del respeto con que en Francia se conservan los papeles viejos y la minuciosidad con que se indaga en los archivos oficiales y particulares, no ha quedado de Dantón, ni de sus amigos, ni de las mujeres que lo amaron, una carta, una referencia, un autógrafo que contribuyan a discifrar estos enigmas unidos a los nombres de las señoras casadas Buffon, Desmoulins y Roland, y al de sabe Dios cuántos aventureros desconocidos...

No conocemos de Dantón sino su historia conyugal. Amó tiernamente, rendidamente, a su primera mujer, Gabriela Charpentier, la hija del dueño del Café del Parnaso, situado casi enfrente del Palacio de Justicia; café donde se reunían los curiales y donde Dantón, recién llegado de la cercana provincia, jugaba al dominó incansablemente y desbordaba las primicias de su oratoria grandilocuente y tonante. Amó apasionadamente, enamoradamente a su segunda mujer, Luisa Géli, la bien amada que evoca cuando camina hacia la muerte... Y no se sabe nada más.

Parece inverosímil el caso. Hartos motivos hay para imaginar que en el tumultuoso período de su vida breve su corazón fogoso, apasionado, sensual, visionario, se rindió a

otros amorfios que los legales y domésticos. Noble discreción la que los encubriera con tal ahinco que

no han podido ser desvelados... Sólo la señora Roland, la musa de los girondinos, le parece aborreci-



Si usted quiere afirmar su fama de persona elegante y distinguida, ofrezca a sus invitados "NARANJADA COLD", elaborada con verdadero jugo de naranjas maduras.

Es la bebida más exquisita y más sana que Ud. puede llevar para sus excursiones.

Exija la botella cuadrada con estrías y que lleva grabado en relieve "NARANJADA COLD" nuestro rubro.

DEBENEDETTI & Co.
PALAA, 729 - U. T. 7400, Avellaneda

Naranja COLD



EL REY DE PERSIA

El rey de Persia habita, inquieto y temeroso, en invierno en Ispaham y en Tiflis en verano. Su jardín, paraíso donde la rosa abunda, está lleno de gente de armas, por que tome a su familia.

Una mañana encontró en la llanura a un viejo pastor, que tenía a su lado a su hijo, mozo gentil.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el rey.

—Me llamo Karam. Habito una cabaña de juncos en la pendiente rocosa, y tengo a mi lado a mi hijo, a quien amo. Por esto canto, como en otros tiempos Hafir, como ahora Saadí, y como la cigarra al mediodía.

Y el joven entonces, figura humilde y tierna, besó la mano del armonioso pastor.

—Te ama — dice el rey — y no obstante es tu hijo.

Víctor HUGO

ble físicamente y moralmente Dantón. En sus *Memorias*, esta advertencia, esta repugnancia, este odio, tiene toda la apariencia de la venganza de un desdén. Durante algún tiempo Dantón quiso conquistar la voluntad y la adhesión de esta mujer. Acaso ella, aun con todas las virtudes conyugales que la incitaron a dedicar un enamoramiento ideal y romántico al girondino Buzot, hubiera preferido que Dantón le conquistara el corazón. "Cada vez — escribe Leconte — que el Consejo se reunía en el Ministerio del Interior el guardasellos (Dantón) no se olvidaba, antes de entrar en el despacho de su colega Roland, de pasar por el salón de su mujer y preciosa colaboradora para hacerle una corte respetuosa y reiterar su deseo de *bonne entente*, de marchar de acuerdo. Un acuerdo político, una alianza política. No pasó Dantón de este deseo... Crave error, al que comienza a atribuirse hoy una asombrosa trascendencia.

En efecto, si Dantón hubiera tenido unas palabras tiernas, dulces y conmovidas en aquellas entrevistas; si hubiera avanzado sus manos osadamente y hubiera estrechado trémulamente las de la señora Roland, y aun si hubiera depositado en la linda boca de la esposa del ministro del Interior un ósculo apasionado con su boca deformada, es posible, es casi seguro que el siglo XVIII hubiera terminado de modo bien distinto a como terminó, y hubiera comenzado de manera diferente el siglo XIX.

Fué la señora Roland quien impidió que los girondinos aceptaran las propuestas de clemencia y unión nacional hechas por Dantón. No hubiera rodado bajo el tajo de la guillotina la cabeza de Luis XVI, se hubiera ahorrado la Francia la vergüenza del suplicio de María Antonieta, y el Terror no hubiera salpicado de sangre la Historia... Y en este lodo no se hubieran engendrado la podredumbre, la infamia, las convulsiones, el desorden y las miserias del Directorio, de costumbres abyectas bajo sus tropas transparentes. Y la dictadura, con sus glorias estériles, no hubiera sido necesaria... Continuando esta previsión de Leconte, podemos calcular las consecuencias del odio que encendiera en el corazón de la señora Roland, verse solicitada por Dantón para empresas políticas y no apetecida y deseada para deliquios amorosos, diciendo que no hubiera invadido Napoleón a España, que no hubiera habido guerra de independencia ni Cortes de Cádiz, ni insurrección de América... ¿Qué culpa tenían los españoles de que Dantón no quisiera amar a la señora Roland?...

Era Dantón feo, casi monstruoso. Teniendo un año apenas, una cornada de un toro le partió el labio superior. Siendo mozalabete, otro toro le partió y acható la nariz... Luego, las viruelas leñaronle el rostro de hoyos y cicatrices. Y, sin embargo, su figura atlética, su cabeza altiva, su apostura viril, su mirada imponente, su frente amplia, su misma fealdad masculina, su voz sonora, el desbordamiento apasionado de su verbo, impresionaba hondamente y sugestionaba a cuantas mujeres lo conocían.

Se explica así el profundo enamoramiento de una muchacha bella, inteligente, ordenada, casera, calculadora, virtuosa, como Gabriela, antes de que la fama y el encumbramiento aureolaran de gloria la figura de Dantón; cuando no era más que un vicioso jugador de dominó en el Café del Parnaso...

¿Cómo dudar que esta misma sugestión conturbó el ánimo e hizo flaquear el corazón de la señora de Buffón?... ¡Ah!, esta deliciosa figurilla rubia no era, en verdad, una austera practicante de la virtud, como la senora de Roland... No, no; bien lo proclamaba su suegro, el famoso naturalista, que la daba por muerta, y siempre que se veía obligado a nombrarla anteponía el dictado: "La difunta"... ¡Ah!, pero la virtud... Y en aquellos días... La senora de Buffón aspiraba a algo más que al condado que había de heredar su marido; aspiraba a intervenir en la vida pública de su país y dejar su nombre escrito en la historia de Francia... Y, entre tanto, el poder, la influencia, la popularidad, el dinero, los gozos... Fuso sus ojos en el duque de Orleans, que aspiraba al trono, y rindió el corazón. Fue, no solo su amante, sino su más activa, y de cida y eficaz colaboradora. Y el duque pensó más de una vez hacer su esposa para que, llegada la hora del triunfo, viviera en el Palacio Real, no como una *com-pa-gneur*, sino como legítima reina...

Y esto sin perjuicio de utilizarla en harto arriesgadas aventuras diplomáticas. Y una de ellas fué la de conquistar la voluntad de Dantón para la causa del duque de Orleans... Es cierto que se estremecía, que se aterraba delante de la fealdad de macho que hermosa al tribuno; es cierto que cuando se encontraba ante él cerraba los ojos... ¿Cómo le atraía hacia el modernantismo necesario para que Felipe-Igualdad pudiera realizar su ensueño loco de instalarse, señor de Francia, en el palacio de Versalles?... Y fué este modernantismo el que dió a Robespierre pretexto y fuerza para arrancar al Comité de Salvación Pública la condena de Dantón, después de deshonrarlo con las acusaciones de inmoralidad del odioso denunciador Heron...

¡La venalidad!... Pero, ¿qué otro motivo de corrupción, qué otra causa de dilapidación puede haber en la vida de Dantón que el sostenimiento y el regalo de ocultos amoríos?... Es viril, impetuoso, sensual, apasionado... Un día, en las horas lejanas de la intimidad con Robespierre, le confiesa que no puede vivir sin mujer, que necesita su compañía a diario, que en la mañana y en la tarde se siente poseído de extrañas inquietudes, necesitado de colmar sus sobresaltos en la ternura de las confidencias femeninas.

Canciones de la Primavera triste

Para FRAY MOCHO

Y NO BEBÍ EN SU COPA!...

Una copa inmensa, formada con alas sobrecogedoras, solemnes, macabras de cuervos rituales y un cairel de extrañas grandes, prodigiosas anémonas blancas, entre las que aleve guarnición de espinas tiene de un recuerdo sangre todavía...

Una copa inmensa que tiembla y palpita bajo un arco rosa de ágil coralina, tras el que esplendentes luces de Bengala alumbran retablos de un cuento de hadas; mientras, desde lejos, una voz muy triste clama, en mis angustias sin cesar repite: —Fausto es imposible... imposible... imposible! (Tal la copa extraña que acerca a mis labios esta primavera de mis desengaños)

INVITACIÓN (Sobre el mar).

Las sombras se devoran mis suspiros como buitres hambrientos y vampiros Y acarician mis ojos soñolientos, detrás de los voltúricos hambrientos:

Un desfile de ancestrales blancas torres ojivales, donde enredan mis antojos agujas y ventanales.

Entre dos verdes fanales y junto a raros despojos, un peñón que oficia de silenciero en torno a mi corazón.

Allá, lejos, —detrás de los malecones— con aspecto fantasmal, pilotes de muelles viejos que respetó el vendaval. Y, entre dichas no alcanzadas, (quizá, pinares laricios... tal vez, solar de mi fe...) a horcajadas sobre recios precipicios, la Muerte, ¡llamándome!

MANERAS DE MORIR.

Atajos de mica rosa, zarzas y, a continuación, el breñal sobresaltado de mi desesperación...

Sobre él, un hilo celeste que no se concluye más: el cielo se entra a mis ojos oprimido en un canal.

Un cierzo de paramera me envuelve en su maldición; mas, ya vieron mis pupilas claras de atalayador allá lejos, en la peana rota de un alcor azul, la Muerte... inmóvil, sentada en los brazos de una cruz. —De dónde vienes? Qué anhelas? A quién buscas? —

(Nada sé!)

Vine siguiendo una sombra y hecho sombra, aquí me ves. —Te equivocas... Este sueño es sueño... aún no es morir No has llegado todavía; aun vives... no estás en mí.

—No me engañes... — Yo conozco todo humano padecer Amor te trajo el camino y has de regresar con él.

Cuando le hayas dado al mundo, hecho ideal, tu corazón, no habrás muerto todavía...

Yo podría devolvete a los brazos de la Vida y el Amor! (Y, tendiéndome un legajo, me gritó, echando a correr):

—El lugar de nuestra cita tienes consignado en él.

Pasó el tiempo...

Quise ver la Muerte un día. Me hice llevar del Dolor.

Y la encontré... ¿Sabes dónde? ¡Dentro de tu corazón!

Francisco A. PAGANO



Papito. ¿Por qué en el HIERRO QUINA BISLERI" también hay un león como este?

—Porque el León es el rey de las selvas, y el "HIERRO QUINA BISLERI es el rey de los aperitivos.

Hijo de campesinos, criado en el amor de la tierra, tiene la obsesión de ensanchar, de engrandecer el dominio paternal de Arcis-sur-Aube; ansia también instalarse en hogar más ricamente amueblado que el que sirviera de refugio a su primer matrimonio; muebles pagados generosamente por el suegro carente; pero, todo esto, ¿qué caudales significaba para quien pudo disponer, sin rendir cuentas, de los fondos secretos de tres ministerios y pudo apoderarse de cuantos bienes hubiera apetecido? En comprar tierras y en satisfacer pequeñas vanidades burguesas Dantón gastó cantidades insignificantes... Y, sin embargo, la muchachumbre le sigue gritando: "¡Las cuentas!... ¡Las cuentas!..." Vendido a la corte, vendido al duque de Orleans, vendido a Inglaterra, sisador del dinero del Tesoro nacional, logrero de negocios... ¡Ah, misera gloria de Dantón!... La pobre Gabriela muere de esta angustia, de este espanto de escuchar el vocerío de estas injurias desatadas contra el esposo amado...

Y es cierto el caso. Dantón no fué austero. Tomaba dinero y gastaba dinero... ¿En qué lo gastaba? Leconte no se atreve a llegar en su libro a esta conclusión; pero no es aventurado ni calumnioso hacerla. Dantón tenía amantes; las tenía en misterioso secreto... Acaso Lucila, la mujer de

Desmoulins, suplera de esto. El hecho es que, generoso, activo, despreocupado, con su gran corazón, con su indulgencia incomprensible, derramaba el dinero a manos llenas en los lechos en que la inquietud y la zozobra de la contienda política en que se debatía apenas le permitían permanecer unos minutos...

Dionisio PEREZ.

LA DOTE DE EULALIA

Por Rodolfo Bringer

Cuando nació su hija Eulalia, Capelut, el holatero penso que era llegado el momento de cambiar de conducta.

—Viejo Capelut — se dijo — ya no es cosa de seguir entregado a la bebida. Eres padre y es preciso que seas hombre serio. Dentro de diez y ocho o veinte años habrá que casar a la pequeña, y si no tiene entonces un centimo, ¿quien va a cargar con ella? Hay que ganar una pequeña dote para cuando sea mayor.

Y penso que sin necesidad de matarse a trabajar, sino solamente con no ir al café y con economizar el dinero de todos los docks y aperitivos que acostumbraba a tomar a diario bastaba para que su Eulalia tuviera un capitán cuando estuviese en edad de casarse.

Y no es que Capelut fuera un borracho. Lo que pasaba es que la señora María, la tabernera, no conocía mejor cliente.

No era cosa de pasarse soldando todo el día..., ¡y luego que estando junto al fuego se seca tanto la garganta!...

¡Pero aquello se acabó! Capelut lo juraba. ¡Adios la taberna de la señora María! Era preciso que Eulalia tuviera una dote, y cada vez que sintiese sed, Capelut guardaría el importe del vaso, que en otra ocasión hubiera tomado sin vacilar.

Para mayor seguridad, Capelut abrió un hueco en la campana de la chimenea de la cocina, una especie de hucha con una rendija, en la que echaba a diario el dinero que acostumbraba a dejar en la taberna. Dentro de diez y ocho años, cuando Eulalia estuviera para casarse, abriría la hucha, y entonces, ¡que sorpresa!

Aunque parezca increíble, Capelut cumplió su palabra.

No volvió a frecuentar la taberna de la señora María, y únicamente los domingos se permitía el lujo de tomar un vermouth.

El sacrificio fue duro. ¡Cuántas veces, impedido por la sed, salía de su tienda decidido a apagarla en la acogedora taberna de la señora María! Pero a mitad de camino se detenía y regresaba a su casa diciéndose:

—Pero Capelut, ¿eres o no eres un hombre?

Durante este tiempo Eulalia se iba convirtiendo en una hermosa moza.

Los vecinos decían que era el vivo retrato de su difunta madre, y no había mayor elogio, porque la mujer de Capelut había sido una de las mujeres más guapas del lugar.

Entró de aprendiz en casa de las señoritas Esparcette, las más hábiles modistas de Conde-Baugne, y todo hubiera marchado admirablemente si al cumplir los diez y seis años Eulalia no se hubiese enamorado como una tonta de Gastón, el hijo de Benistan.

Cierto que Gastón no era mal muchacho y que tenía un buen empleo en la mercería de la plaza, con lo que resultaba un excelente partido para cualquier muchacha, menos para Eulalia.

Pero daba la circunstancia de que el padre de Gastón y Capelut se odiaban a muerte desde hacía tanto tiempo, que ya no recordaban las causas de su odio.

Por esto cuando Capelut supo los amores de su hija y Gastón, armó en su casa un escándalo formidable.

—¡Hija desnaturalizada! ¡Elegir por novio al hijo de mi mayor enemigo! ¡Pues yo te juro que no te casarás con él! ¡Prefiero matarme antes que verte casada con él!

Y lo hubiera hecho como lo decía.

Pero Eulalia era tan terca como su padre. ¿Que éste le negaba el consentimiento para unirse con el elegido de su corazón? Muy bien. Se pasaría sin él.

Y un día se fugó de la casa paterna con su novio.

No es preciso contar aquí la cólera que se apoderó de Capelut cuando se enteró de lo ocurrido.

—¡Es una pérdida! ¡Una del arroyo! ¡Y yo que desde que nació me he privado hasta de beber para que tuviese una dote! ¡Su dote! ¡A cualquier hora va a ver un centimo!

Y cogiendo un martillo rompió la hucha que había estado llenando durante sus diez y seis años de abstinencia. ¡Ya verían lo que era bueno!

Empezó a sacar monedas de uno y dos francos, billetes de veinte francos y algunos escudos blancos de los de antes de la guerra. Había unos tres mil francos.

Ya verían lo que iba a hacer con la dote de Eulalia!

Y desde hace un mes Capelut no sale de la taberna de la señora María.

¡Porque hay que ver los vermouths, vasos de cerveza y copas de aguardiente que tiene que tomarse hasta gastar el último franco de la dote de Eulalia.

EJECUCIONES BARATAS

El gasto de quemar al arzobispo Cranmer y al obispo Latimer, en Inglaterra en el año 1555, fué de cinco dólares, al valor actual del cambio. Las partidas en el *Libro de Cargas*, figuran así:

Por quemar al obispo Latimer:

3 cargas de haces de leña	12 6
1 carga de ramas de pino	3 4
Acarreo	2 -
1 poste	1 4
2 argollas	3 4
4 obreros	2 -

Por quemar al arzobispo Cranmer:

100 cargas de leña	6 d.
150 id. de ramas	3 4
Acarreo	8 d.
2 obreros	1 6

“... y en cuanto a tu consejo sobre la alimentación de Bebé, con gran alegría debo decirte, querida mamá, que ya no es necesario lo que me indicas. Pues desde que resolví recurrir a la Malta Palermo, puedo brindarle una lactancia abundante y riquísima, cuyos beneficios se manifiestan hoy en su magnífico aspecto. ¡Si lo vieras!...”

CERVECERIA PALERMO S. A.

Buenos Aires

Malta
PALERMO

Publ P A Weber



Especial para FRAY MOCHO

La mayoría del público argentino no creerá que el primero de los autores españoles — en teatro — es don Jacinto Benavente. A tal creencia hanle inducido, sin duda, las compañías teatrales que han actuado en la Argentina, y a más, el sinnúmero de fotografías y artículos periodísticos — de loa — referentes al autor de la ingeniosa comedieta — de espíritu y estilo italiano —: LOS INTERESES, CREADOS.

Mas para los deleitantes cultos, para los amadores del arte en su mejor acepción, la fama de carácter popular, no es precisamente el factor determinante de la estimación. Al llegar aquí, consideramos cuán extraño ha de parecerle al lector el que afirmemos la existencia de un autor coetáneo, no solamente superior, en mucho, a Benavente, sino supremo con relación a todos los autores españoles de la actual generación, si que también — en atención a su genio — a tenor de los más altos exponentes de la literatura universal.

Mucho nos letificaría espiritualmente que este escrito sirviera de revelación al amadísimo público argentino, del único escritor europeo cuyas producciones se agitan, viven, gravitan en la suprema zona del ensueño y por sobre las quedades abísicas de la pasión, a la manera excelsa de las D'Annunzio, Hebbel, Shakespearey los de la antigua Hélade.

Menester sería una serie de artículos para extricar el tupido complejo de postulados ideales y principios estéticos que sirven de elementos básicos a este nuestro enjuiciar inexorable y ecuánime. Hemos, pues, de proceder en modo taxativo, constrictivo para adecuar nuestros juicios al límite espacial del escrito periodístico.

Establezcamos un paralelismo — para lograr el más eficiente cotejo — entre la labor teatral de Benavente y la de Jacinto Grau, a quien tácitamente nos referimos anteriormente. Los separa no menor distancia que la mediante entre el ingenio y el genio. Benavente es un ingenio de muchísimos quilates, a lo Aretino, a lo Voltaire, a lo Molière, a lo Aristófanes. A plenitud de justicia se lo reconocemos, ya que no pretendemos envanecer el laudatorio clamoreo de su multitudinoso público. Grau es un genio: consecuentemente, posee ingenio e imaginación creadora: sueña desmesuradamente más allá de la realidad circundante; y plasma — por la plástica del verbo — esas criaturas semihumanas, semifantasmales que pasan triunfantes por los siglos, las épocas, las costumbres y los gustos, alucinando a los sensitivos de todas las generaciones con sus movimientos, sus gritos, sus frases, sus pasiones y su trágico finar.

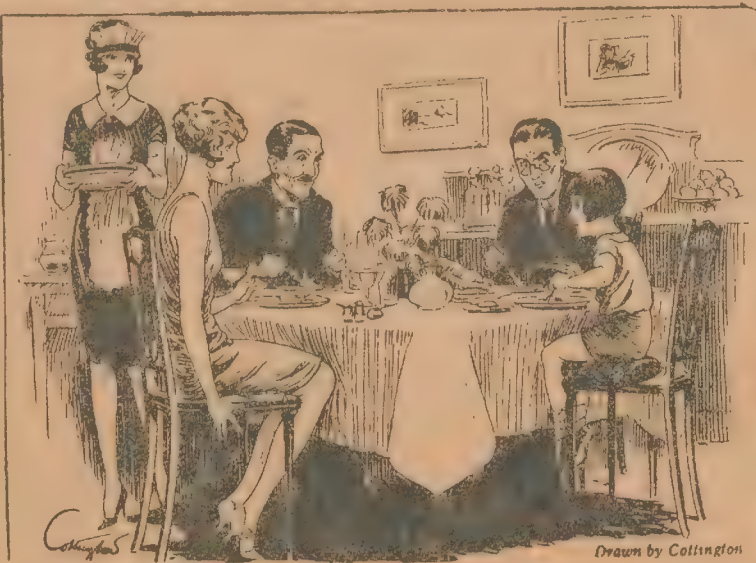
Benavente combina muy diestramente los seres que deambulan por el vivir consuetudinario, contemporáneo y genérico. Grau crea individualidades, caracteres que rebasan el límite genérico; seres de gran contenido psíquico y estrenuos por su potencialidad y volitiva. Tales seres, de jerarquía superhumana, dan por sí mismos ex-

La literatura española

Por Gregorio G. Puigdevall

presión nominal a la obra artística. Edipo, Orestes, Ifigenia, Fedra, Hamlet, Macbeth...

ra en lo estético y más llameante de pasión de cuantas concibiera el genio de la estirpe hispánica. Y



EL INVITADO. — Jamás he comido tan bien como hoy...
EL NIÑO. — Ni nosotros tampoco.

"EL CONDE ALARCOS", de Jacinto Grau... He aquí la tragedia más honda, más fuerte, más pu-

es también por excelencia, por antonomasia, por exclusividad, por singularidad, el héroe del amor.

PASAJE ROMANTICO

Yo no sé cómo te nombran las gentes de este pueblito, pero debieran llamarte "Pasaje del paraíso".

Porque al entrar a la sombra de tus árboles altísimos, el corazón se transforma en un salterio divino cantando viejas canciones de tiempos más sensitivos, que se pierden en la noche como una lluvia de trinos. ¡Vive Dios! Que me dan ganas de ser caballero antiguo, colgarme elegantemente una tizona del cinto, envolverme en una capa toda negra o rojo vivo, sombrero mosqueteril con plumas de albor finísimo, y atravesarte, oh calleja, con paso sonoro y rítmico, en busca de una pendencia o de algún amor prohibido...

¡Lindo sería tener un duelo bajo tus pinos, y contra el tronco más grueso ensartar al enemigo!

Yo no sé como te nombran, las gentes de este pueblito, pero debieran llamarte "Pasaje del paraíso".

Alfredo R. BUFANO.

Que jamás esta pasión exigiera de ningún amador tan terrible sacrificio cual el que hubo de afrontar esta criatura, en cuya pobre carne los ojos de una infanta encendieron llamear amoroso de tan siniestros resplandores como los del bátrito dantesco y los de la gehena virgiliana.

"EL CONDE ALARCOS" va hacia la realización de su ensueño amoroso por inusitados caminos sangrientos, tan horrorizantes, que solamente podrían acompañarle un Macbeth a un Holofernes (el creado por Hebbel). Desde las primeras escenas de la tragedia el "patos" acrece en un climax estupefaciente, únicamente logrado por esa media docena de tragediógrafos que ha producido la Humanidad en su secular existencia.

Un viejo romance castellano mostró antaño en levisima silueta la figura del Conde Alarcos. De entonces acá, varios escritores hispanos intentaron ineficientemente dar vida al embrión romancesco, el cual a todos ellos resistiera por carecer de esa rara y taumatúrgica fuerza paligenésica del genio. Jacinto Grau realizó el milagro vivificador, como más tarde, de una simple parábola bíblica extrajera las esencias pasionales para realizar esa hazaña literaria, sólo comparable a las dannunzianas, y que tituló "EL HIJO PRODIGO".

Juntos todos los muñecos del teatro de Benavente no integrarían una individualidad tan desmesuradamente heroica cual la del "CONDE ALARCOS". Y háyase en cuenta que las otras obras de Grau no desmerecen al cotejo con la precitada tragedia.

Benavente no ha creado caracteres, porque ha sacrificado el ensueño y la pasión a la frase ingeniosa, degenerando — a consecuencia — los personajes de sus obras en muñecos, en autómatas que hablan — todos ellos — con cáustica ingeniosidad. Además, al trazar la trama, no saca ningún hilo de esa raigambre metafísica del gran árbol de la vida: la ideología de sus obras no ahonda más allá de esa llamada vida de sociedad, lejos de toda otra inquietud que no la social. Mas ya que no creó esas ofuscantes individuaciones, pudo Benavente haber humanizado sus muñecos infundiéndoles calor y vida por el sentimiento, al modo de Galdós.

Ello es que Benavente con su teatro todo sátira contra las frágiles y superficiales figulinas de la vida de salón — o de sociedad — se ha granjeado el público que sustenta la teoría de que a los coliseos no se debe ir a sufrir ni a entristecerse con graves problemas; mientras Grau está proscripto de los escenarios matritenses, tanto por no haber sabido dignificarle los llamados críticos de teatro — a excepción del admirable Ricardo Bacza — cuando por el horror de nuestros actores — y actrices — al esfuerzo interpretativo y al estudio de caracteres de creación. Esto explica cómo las compañías españolas han propagado por América el teatro benaventino, ahogando en la exclusión y el silencio el de Grau, incurriendo en delito de lesa majestad para con el arte — en su más elevado sentido — y contra la Patria ya que han vedado a la admiración suramericana lo mejor, precisamente, de la producción teatral española.

EL HALLAZGO

Por Jacques Constant

Aquella tarde el sr. Blanchard volvió a casa, de la oficina más temprano que de costumbre. Estaba agitado.

—¿Qué te ocurre? — preguntó su mujer, asustada.

Blanchard sacó de su bolsillo tres fajos de billetes.

—Mira estos treinta mil francos. ¿Dónde dirás que los he encontrado? ¡En un cesto de papeles! Para que luego se rían de lo que llaman mi manía del orden.

El Sr. Blanchard era apoderado de la Casa Pierquin e Hijos. Sus compañeros lo encontraban ridículo porque nunca dejaba después de la salida de los empleados de recorrer el despacho de las mecanógrafas y el del cajero.

¡Cuántos errores y descuidos había reparado por esta manía suya, sobre todo desde que el amo había confiado la caja a Santiago, su hijo menor. Era un inútil, un tarambana, un desordenado, ansioso de placeres, que acabaría dilapidando todos los millones acumulados por tres generaciones de Pierquin.

Yo también he sido joven; pero nunca he hecho locuras. El trabajo me ha parecido siempre algo sagrado.

Había encontrado aquellos tres fajos de billetes revolviendo, según costumbre, en el cesto de papeles del joven cajero. Por la mañana, Santiago había pagado a los obreros, y, sin duda por un descuido, había tirado los billetes con otros papeles inútiles.

—Si yo le contara esto al amo mañana, la que se armaría!

—No debes decirle nada.

—Eso pienso. Llamaré aparte al señor Santiago y le entregaré los billetes. Ya puede estar agradecido, porque otro cualquiera se los guardaría.

—¿Y por qué no haces tú lo mismo?

—¡Yo! ¿Pero hablas en serio?

—¡No, hombre! Era una broma. Aunque la cantidad es tentadora para cualquiera. ¡Qué collar de perlas podrías comprarme! —dijo la señora Blanchard, suspirando.

A la mañana siguiente, cuando Blanchard entró en el despacho del cajero, supo que Santiago había sido substituido en la caja por el señor Aubert. Después de una violenta discusión con su padre, motivada, sin duda, por la desaparición de los 30.000 francos, el joven había salido de París para la Costa Azul, acompañado de Reseda, una linda artista de music-hall por la que había hecho bastantes tonterías.

El sr. Blanchard vaciló. ¿Qué hacer? ¿Entregar la suma al padre a riesgo de reñir con el hijo, o bien hacer que los 30.000 francos llegaran discretamente a poder de Santiago?

Al fin se decidió. Pidió ocho días de permiso y salió para Niza en busca de Santiago.

Ya en el tren se sintió otro hombre. Aquella libertad que no conocía desde la época de su matrimonio; aquellos fajos de billetes que llevaba en el bolsillo con los que tantos goces podía uno pro-

porcionarse, le embriagaban como un vino generoso.

Al llegar a Niza se informó del paradero de Santiago, y supo que había ido a pasar un par de días a Menton.

El Sr. Blanchard se fué a cenar a un buen restaurante.

En la mesa inmediata cenaba sola una linda joven, Blanchard pensó que nunca había tenido tan cerca a una mujer tan bonita. Su admiración creció cuando la joven le pidió permiso para sentarse con él a la mesa. ¿Cómo negarse? La linda muchacha pidió ostras, lan-

gosta a la americana... Chablis... champagne...

Al día siguiente el Sr. Blanchard advirtió que no sólo se había gastado el dinero que le entregara su mujer en París para el viaje, sino que uno de los fajos de billetes ya no estaba intacto.

Se asustó y quiso remediar el mal en el casino de Montecarlo. Después de mucho vacilar y de luchar con su conciencia de hombre honrado se decidió.

A las once y cinco ganaba 200.000 francos; a las doce y diez había perdido el último franco.

Al día siguiente fué conducido a presencia del comisario un pobre hombre, hallado tendido en un banco donde había pasado la noche. Era Ernesto Blanchard, el empleado modelo de la casa Pierquin e Hijos.

Había tratado de arrojarse al agua, pero en el momento supremo le había faltado valor. Pedía una pequeña cantidad para volver a París.

LETANIA

Por un momento cruzamos juntas la ruta silente: tú con "toilettes" a la moda; yo, con mis trajes de siempre. Tú con el andar ritmado; yo, con el paso indolente. Tú cargando tu muñeca o tu Pierrot; yo, claveles. Tú con el pelo cortado; yo, peinada simplemente. Tú con frases ampulosas; yo con frases sin relieve... Más... la ruta va empinándose... Ya mis pasos se devuelven... ¡Sigue tú cantando al "jazz"! Voy yo a cantar a la fuente. Si haces tú los versos largos, he de hacerlos yo muy breves ¡Sigue tú tras de las modas! ¡Yo no, porque soy rebelde!

María ENRIQUETA.

—nuestro" Excelentísimo Señor Doctor"

No, no es el Presidente de la República —dice Pepita. Es nuestro médico, el Dr. Pedro Calvo. El título se lo dió papá, pues dice que "es el médico y el amigo más "excelentísimo" del mundo. Y él se ríe, porque le encantan las bromas. El otro día me salió con esta: "Oye, Pepita, ¿sabes que cuando yo llegue al cielo, me voy a ver en apuros? —¿Por qué, Dr.? Porque cuando San Pedro pregunte: "¿quién es?" y yo le conteste: "soy yo, Pedro Calvo," va a creer que me estoy burlando de él."



SU campo de acción no está en las clínicas lujosas, ni en las solemnes salas de cirugía; su campo son los hogares. Por ellos pasa a diario distribuyendo alivio y consuelo con el esmero y cuidado de un padre. El enemigo con que más frecuentemente tiene que luchar allí es el dolor físico. Pero siempre sale vencedor, porque tiene una preciosa aliada, la

CAFIASPIRINA

Con ella no sólo da alivio rápido, sino que regulariza la circulación y levanta las fuerzas, sin peligro alguno para sus delicados pacientes.

Y siempre dice, con su benévola sonrisa retozando bajo el mostacho gris: "A medianoche es cuando vienen las brujas y los dolores. Y a medianoche las boticas están cerradas. Por eso hay que tener siempre en casa, agua bendita para las brujas y un tubo de Cafiaspirina para los dolores."

La CAFIASPIRINA es el analgésico del hogar. Todos pueden tomarla con absoluta confianza para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; las consecuencias de las tranochadas, etc. NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RIÑONES.



La próxima vez, PEPITA le presentará a usted el gran cariño de su vida, el gran "amor de sus amores": "SU NANA." Es la más humilde pero la más encantadora de la casa. ¡No deje de conocerla!

MANUEL CARLES "¡CRIOLLO LINDO!"

Encontramos al ciudadano austero en su despacho de la Liga Patriótica, atendiendo a una delegación bonaerense. Su voz suena clara y vibrante, llenando los ámbitos con timbre energético.

—No! Rechazo en absoluto la versión que me traen Vds. Creo en el doctor C. a quien conceptúo un honorable caballero. Rechazo tan cobarde insidia!

Los interlocutores, sorprendidos con semejante contestación, digna de un espíritu superior balbucearon algunas palabras de excusa. Pero el doctor Carlés, de plano, volteó la pretensión de intrigantes perjudiciales.

—No hago cargos a ustedes porque sencillamente se han hecho eco de una infamia, por el contrario, aprovecho la oportunidad para significarles que desmientan por entero la burda y canallesca patraña.

Despidiendo a estos señores se volvió hacia nosotros con gesto amable, diluido en su sonrisa de gaucho, el disgusto ocasionado por la calumnia.

—¿Cómo ocupa su día?

—El día de un servidor de la Liga Patriótica Argentina es sagrado. No puedo agregar un dato más porque contraría el espíritu de modestia, que es una forma de la abnegación de los numerosísimos miembros de la entidad.

—¿Por qué emplea el vocablo abnegación?

—Uso esa palabra... les voy a explicar con razones. Es un vicio universal, consecuencia de la divulgación de la prensa diaria, el afán de la notoriedad. Desde el comerciante que pone su nombre al más vilicor de los negocios, a la vanidosa señora de barrio que nasa un mal día cuando su nombre es omitido en la crónica de la fiesta de la noche anterior, comprendido también el conversador en público, aun abusando de la paciencia circundante, y cien casos por el estilo, todos cometen el pecado de vanidad.

Vestido ceremoniosamente de negro, con cierta elegancia descomulgada, a lo Pellegrini don Manuel, como lo dicen sus íntimos, none de manifestar en trato afable y honda, daga. Sus ojos, alas negras, hondos y enérgicos, miran al visitante notatando como nubes. Son pupilas placentas, que reflejan un carácter vibrante, una modalidad encomiable.

Frante de esa institución que vela por el patriotismo y la integridad, combatiendo al sectarismo al anarquismo y defendiendo y promulgando el más puro nacionalismo, Carlés, criollo como palenque de Banduhay y alero de rancho pampeano, embanderado con la insignia bicolor, ha sentido tras idéntos tan nobles, poniendo a su servicio, las fuerzas de su entusiasmo interminable y los prestigios de su talento y estudio.

El pueblo conoce a Manuel Carlés, el orador de los momentos solemnes de fervor y recogimiento ci-

vico, al hombre valiente que arrojando obstáculos e inconveniencias ha sabido afrontar situaciones de-

necesidades de la masa, al sereno argentino que desde un interior insospechado, prepara en silencio so-

periodistas, cuyo concurso estima valioso.

—¿Qué orientaciones sirven de modelo a sus iniciativas?

—Debo manifestarles que a pesar de hacer yo todo lo humanamente posible para sustraerme a la notoriedad, ha sido imposible proporcionarme ese placer debido a la complicidad de cuanta persona trata de asuntos públicos, en los que interviene la Liga Patriótica.

—Es usted el alma de la Liga.

—La obra se debe al esfuerzo de todos los que en ella trabajan empeñosamente.

—Pero lo que todos saben es que usted se ha jugado por entero en defensa del ideal enarbolado por la institución nacida en momentos amargos para la tranquilidad del país.

—Cualquiera hubiese hecho otro tanto en mi lugar.

—Pero ello no resta méritos al que hizo tremolar, mostrándose con imnavidez y voluntad férrea, a bandera tan hermosa.

—Si el público supiera que la institución está formada por más de mil brigadas y que la componen más de cien mil adherentes, comprendería que esa Liga es movida por las brigadas y es animada por esos abnegados argentinos. Decir que la Liga es otra cosa que esas brigadas y atribuir el éxito de la institución a otros que no sean sus adherentes, es cometer una desconsideración a la virtud de tanto corazón noble, altruista y valiente.

Observamos el escudo de la entidad. Inspirado en el nacional, lleva abajo de los laureles entrelazados el lema que sintetiza la vida y el espíritu de la corporación: *Patria y Orden*.

Solicitamos al doctor Carlés un pensamiento.

Levantándose de su butaca del escritorio nos la cede, facilitándonos una pluma fuente.

—Anoté, que le dictaré lo que me pide.

Da unos pasos por la amplia habitación que constituye su despacho, se nasa la mano por la frente algo amplificada por la tarea mental y brota la expresión sonora, flúida, profunda y bella cual poema:

—*"No hay nación alguna de la tierra donde los hombres puedan procurarse la dicha al amparo de la libertad como en tierra argentina"*.

Quinta un botón suena una campanilla eléctrica. Entra un mozo de talle anónimo.

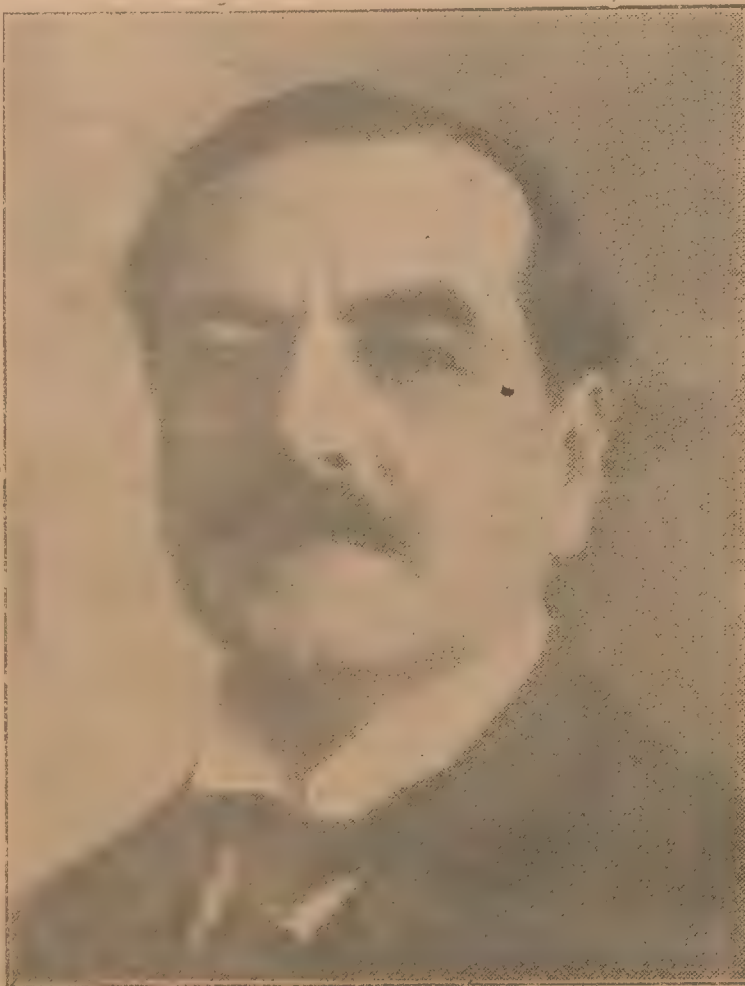
Secretaria, tráficamente las notas que están a la firma — exclama.

En uno de los estantes se hallan escribiendo Héctor Pedro Blomberg y José Quezada, dos fecundos y populares novelistas.

En la faz descomulgada al órgano, Carlés se nos aparece sumamente simpático. Modesto e intelectual, con su ánimo saturado de brisas activas, repudia el exhibicionismo, tablado donde la mediocridad exhiba costumbres nefastas y defrauda la nobleza, madrando a su costa en ambiciones inconfesables.

¡Carlés, es uno, un buen criollo, un criollo lindo!

Roque OEPEDA VERON.



Doctor Manuel Carlés, presidente de la Liga Patriótica Argentina

licadas con varonilidad. El pueblo desconoce, sin embargo, al Carlés, de gabinete, al pensador, al sociólogo, al orientador que auscultas las

luciones que plantea a la conciencia pública por medio de sus arengas vigorosas.

Plácele, se evidencia, departir con

El buen ejemplo

Dejó un provechil perdido, de una batalla al final, junto a un asistente herido, medio muerto a un general.

Mientras grita maldiciente el general: — ¡Voto a bríos! — resignado el asistente murmuraba: — ¡Creo en Dios! —

Callan, volviendo a entablar este diálogo al morir: — ¿Tú qué haces, Blas? — ¿Yo? (Rezar).

— ¿Y vos, señor? — ¡Maldecir!

¿Quién te enseñó a orar? — Mi (madre).

¡La mujer todo es piedad! ¿Y a vos a jurar? — Mi padre. Claro: siendo hombre... — Es verdad.

— Rezar, señor, como yo. — Eso es tarde para mí. Yo no creo... porque no. Tú ¿por qué crees? — Porque sí.

Ya hay buitres en derredor que nos quieren devorar

¡Son los ángeles, señor, que nos vienen a salvar! —

Y ambos decían verdad, pues a menudo se ve que halla buitres la impiedad donde halla ángeles la fe.

— ¡Adios, señor! — ¿Dónde vas? Voy allí... ¿Dónde es allí?

— A la gloria... — ¿Y dejas, (Blas,

a tu general aquí?

No me dejes, mal amigo. — Pues venga esa mano... — Ten; y, aunque dudé, iré contigo, creyendo en tu Dios también.

Y así, cuando ya tenían una misma fe los dos, abrazados repetían el ¡Creo en Dios! ¡Creo en Dios!

Y, como era ya un creyente, pasó lo que es natural: que, abrazado a su asistente, subió al cielo el general.

Ramón de CAMPOAMOR.



ESTRATEGIA

Por José M. Braña

Como ocurre siempre, cuando menos se lo esperaba Valeriano Niquell recibió la terrible noticia. No se crea que la terrible noticia en cuestión era la de su cesantía en el Ministerio de Obras Públicas, donde vegetaba desde que le había apuntado el bozo, ni que su suegra se había curado radicalmente de su parálisis, ni que su tío Fabricio, el millonario, lo había desheredado. No. La terrible noticia fue ésta, que se la dieron de sopetón, sin el previo "agua va" de rigor:

—¡Tu mujer te engaña!

—¡Eh? ¿Qué decías?... — rugió más que dijo Valeriano Niquell: — ¿Decías que mi mujer me engaña?... — y sus amigos vieron cómo el color rojo-vino de sus mejillas se tornaba amarillo, y como sus ojos dulces, cándidos, de paloma o cordero, lanzaban terribles destellos de odio.

—Pero, es verdad que mi mujer me engaña?

Sus amigos no se atrevieron al pronto a responder a su inquisidora pregunta, pero, como no tenían más remedio que responder a ella, uno de ellos se aventuró a confirmar la aseveración:

—Sí, es verdad; te engaña. Lo sabemos de muy buena fuente. Precisamente en este momento en que te creen aquí en el café, con nosotros, jugando tranquilamente al más, ella y él, en tu propia casa...

—¡Ah! — rugió Valeriano desesperado: — voy a matarlos a los dos; ¡a ella y a él!... — y tras una breve vacilación, incultró: — ¿Qué os parece? Debo matarlos?

—¡Ah! Eso allá tú; pero claro está que deberías matarlos: retorcerles el cuello como si fueran un par de gallinas...

—Y si lo hiciera así, me condenarían luego?

—¡Hombre: yo qué sé! Pero yo creo que, siempre, naturalmente, que probaras que los habías sorprendido infraganti y no habías podido contenerte ante el espectáculo de tu honor mancillado. Pero lo menos, como no habías pruebas de que has procedido con premeditación, tendrías a tu favor el mayor de los atenuantes. ¿Usas revolver?

—Jamás lo he usado. Les tengo un miedo terrible a las armas de fuego.

—¿Sabe alguien que no usas revolver?

—Todos los que me conocen.

—No se te vaya a ocurrir entonces comprar uno para matar a los culpables, porque serás hombre perdido. Usa de tus manos. Con ellas puedes ahogar al hombre que te afrenta. Los hombres que afrentan a sus semejantes son generalmente unos cobardes. Además, la certidumbre de tu deshonra, la indignación de sorprenderlos juntos en tu propia casa, en tu mismo tálamo...

—No digas más; haré trizas a ese hombre como si se tratara del

más insignificante pelele. Ya veréis si no...

Salió Valeriano del café con el firme propósito de estrangular a aquel miserable, caso de sorprenderlo infraganti con su mujer, y se dirigió a su casa. Sus dedos duros, largos, se retorcan presa de un incontenible nerviosismo. Estaba él seguro que con esos dedos, clavados en el cuello de su rival, le arrancaría a éste aquella vida miserable que le alentaba. Y luego, tras escupir a su mujer su infamia imperdonable, la estrangularía como a él, sin sentir ni dolor ni asco.

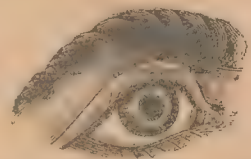
—“¡Dolor! ¡Asco!” — se dijo: — Sentir esto sería hacerle un gran honor, ¡y bueno estoy yo para hacerle honores a esa vampiresa que me ha jurado al pie del altar un amor más puro que un cigarro de hoja y más largo que una serpen-

tina, y que se burla de mí con la desconsideración con que se burla al casero!...

Cuando llegó a su casa, — a una hora intempestiva, por supuesto, — deseó con toda el alma haber sido engañado por sus amigos, o por lo menos encontrar a su mujer sola, zurciéndole las medias o dormida sobre las páginas de la última novela de Hugo West. Metió cautelosamente su llavín en la cerradura de la puerta de calle y lo hizo girar procurando no hacer ruido. Una vez dentro, entornó la puerta tras sí y avanzó de puntillas por la galería. Al llegar frente al cuarto de su mujer vio que dentro estaba la luz encendida, pues ésta se filtraba por los intersticios de la puerta.

Temblando de indignación y de ansiedad Valeriano Niquell estuvo a punto de abrir la puerta de un tremendo empujón. Pero se abstuvo de hacerlo considerando que tan violento proceder no era el más propio en tales circunstancias. Pues ¿y si resultaba que, accidentalmente, en ese momento su mujer se hallaba sola? Eso era ponerla en guardia para lo sucesivo; ¡y adiós entonces su terrible venganza! Lo más acertado era, naturalmente, enterarse antes si estaba sola o acompañada. Al efecto, se inclinó frente a la puerta y aplicó su ojo

Enfermos



de los OJOS

“LOIDU”, Unico producto Italiano de fama mundial. Que, friccionando en las sienas, refuerza el nervio optico, quita el cansancio de los ojos, evita el uso de lentes incluso septuagenarios, recuperandose en pocos dias una vista envidiable. **No mas miopes, presbitas ni vistas debiles**

PEDID HOY MISMO EL INTERESANTE LIBRO GRATIS

Dirección General

UGO MARONE
Plazza Falcone al Vomero, 1
(Italia) NAPOLI

ABAJO Y ARRIBA

A través del llano pedregoso marcha fatigado, rendido, exhausto, un viajero. Mira siempre adelante y, cuando se detiene y vuelve atrás la vista, pintase en su rostro una expresión de angustia, templada por la austera serenidad del espíritu. Ha caminado desde por la mañana, y la tarde le ha sorprendido en pleno pedregal, naufrago del desierto... Se desgarró la carne en las zarzas de las sendas y se hirió con las espinas de la ingratitud. Tuvo hambre, pidió alimento y le dieron inmunda bazofia emponzoñada. Buscó a los buenos, y encontró a los malos que le hicieron mofa y le lapidaron crueles; empobrecióse en fuerza de practicar la caridad, y sus antiguos protegidos, al verle en la miseria, le negaron ayuda. Buen ciudadano, no logró el premio de sus sacrificios, mientras los intrigantes, los predicadores, los publicanos, los fariseos, lograban un galardón que es un insulto a la Justicia. Ellos están en la cumbre victoriosos, y a él le ha coquido la tarde en medio de la llanura desolada, y pronto le cogerá, le envolverá y le sepultará la noche.

...Cada uno de sus pasos arduos, pero firmes, costó un tropiezo, un gemido. No cayó nunca, mas chocó en numerosos escollos que lastimaron sus pies, sin desandar lo andado ni inquirir caminos de extravío. No se ha extraviado ese viajero; sí que el buen rumbo aunque Dios solamente sabe donde encontrará el término y la recompensa. Caído quebrantado, moribundo, le sostiene la Fe y la Voluntad.

Cuando sus ojos examinan la extensión recorrida, se dice: He perseverado, he amado la virtud, he servido lo justo, he luchado por lo bueno. He llorado más que los criminales, más que los malvados. Muchos de estos se encuentran arriba, seguros, triunfantes y satisfechos, en tanto que yo aquí abajo, perdido en el erial, sediento y hambriento, me debilito en la congoja y las tribulaciones.

Y, sin embarao, se sonríe al contemplar el cielo, porque sabe que no está extraviado...

Los otros, los de la cumbre, vencedores del placer, “dueños de la dominación”, remontados y gloriosos, tiemblan al observar que viene la noche. Han usurpado el imperio, y en horrible lucha interior les vence, les derriba y les ejecuta el juez-verdugo de la conciencia. Caído y exaltado está el viajero de la llanura: ellos en cambio, exaltados y caídos.

Francisco GONZALEZ DIAZ

derecho — su ojo apto, porque el otro lo tenía de vidrio — y miró.

¡Santo Dios! ¿Pero era cierto lo que veía su ojo? Allí estaba su mujer con un hombre; con el miserable, el cobarde que le afrenta...

¡Ah! El pobre Valeriano sintió que toda la sangre de sus venas aflujía a su rostro y que sus fuerzas se centuplicaban milagrosamente. Decidido a estrangularlo como si se tratara de la más indefensa de las gallinas volvió a aplicar su ojo a la cerradura, para ver mejor. Y entonces vio del todo al cobarde que le afrentaba. No era un hombre desmirriado, pálido, enclenque, que entre sus dedos nervudos se triturase como una nuez. No. Era todo lo contrario; un hombre hercúleo, de gestos duros y mirar feroz; un hombre con unas manazas tales que con sólo un puñetazo podía reventarlo como a una chinche. Y tener toda la razón del mundo. ¿Qué hacer? Echar abajo la puerta y — tras ser burlado exponerse a ser acogotado? No. La vida para él siempre se había mostrado dulce y promisor; además, esperaba vivir muchos años todavía, y, por consiguiente, seguir gozando de sus bienes... No pensó mucho qué le convenía hacer. Se volvió rápidamente sobre sus pasos y salió a la calle cerrando tras sí la puerta. Deambuló por los alrededores hasta más de la hora de costumbre, y regresó por fin a su casa como si tal cosa.

Su mujer, un poco intranquila por su tardanza, lo recibió con vivas muestras de alegría, y, besándolo en el ojo de vidrio, melosa como una gata, le dijo:

—Me tenías intranquila con tu tardanza, queridito mío, ¿qué te pasó?

Valeriano Niquell urdió una mentira, y al ver la candidez con que su mujer le acogía se sintió el hombre más feliz... Y se juró no regresar en lo sucesivo a su casa después de la hora de costumbre... ni antes de ella, tampoco.

Curiosidades

El platino es el único metal sobre el que un ácido solo, no ejerce acción alguna. La única mezcla capaz de atacar este metal es la de los ácidos nítrico e hidrociorhídrico.

La fabricación de velas data de los primeros tiempos de la Era Cristiana.

Java es una de las regiones más volcánicas del mundo. Tiene 14 volcanes en actividad.

Los constructores de las Pirámides comían solamente cebollas, ajos y lentejas.

Los naturales de Hawai ofrendan cerdos vivos a Pele, la diosa de los volcanes.

Los elefantes utilizan como espantamoscas las ramas y hojas de palmera.

La substancia más dura que se conoce es el diamante negro.

A los niñas del Japón se les enseña, en la escuela, a escribir con ambas manos.

Algunos chinos llevan todavía anteojos, como reverencia supersticiosa. Es considerado correcto el quisárselos al saludar a una persona de más elevada categoría social.

El método para afeitarse de los indios, consistía en quemarse los pelos por medio de una tela engrasada a la que prendían fuego.

Los perros empleados en los trineos en Siberia, considerados los mejores del mundo, chillan como lobos, en lugar de ladrar.

Uno de los bailes populares más antiguos en Inglaterra es la "Danza de los Cuernos", que se baila anualmente desde hace más de 400 años. Los bailarines, en número de doce, todos hombres, llevan para bailar cráneos de ciervo, con sus ramificados cuernos. Muchos creen que esta danza es una supervivencia de la invasión danesa.

El aceite extraído del maíz es uno de los mejores iluminantes que se conocen; pero no se le fabrica en gran escala debido a su elevado costo.

Por lo general un águila no caza sola, sino acompañada.

En Ashanti crece un árbol que destila una substancia muy parecida a la manteca.

El fluido eléctrico viaja con una velocidad de 533.400 kilómetros por segundo.

Una mosca agita las alas veintiún mil ciento veinte veces por minuto.

Los japoneses fabrican los fósforos con azufre en las dos extremidades. Como se comprenderá, ésta es una gran economía.

El lago más profundo que se conoce, es el Baikal, en Asia, que tiene más de dos mil metros de profundidad.

El arte de tejer fué empleado en China mil años antes de ser conocido en Europa. Todavía hay muchos ejemplares curiosos de ese arte.

El famoso inventor Edison no asistió a la escuela cuando era pequeño.

El puerco espín de cola empenachada difiere del ordinario en que tiene en la extremidad de aquélla un penacho de púas suaves que, aunque son inofensivas, sirven para atemorizar a sus enemigos.

En el Museo de Bulak (Egipto) se conserva un puño de un abanico de plumas del siglo VII antes de Cristo.

La mayoría de las líneas de las manos humanas, se encuentran también en las de los monos.

El sapo puede respirar solamente con la boca cerrada; él se asfixiaría en caso que estuviese obligado a abrirla.

Alejandro el Grande transportaba nieve de las montañas para refrescar vino para él y para sus soldados.

Hay "icebergs" que tardan doscientos años para derretirse por completo.

Las jirafas pueden ver hacia atrás sin necesidad de volver la cabeza.

Existe diferencia entre lo que pesan los objetos en el Polo y en el Ecuador. Un kilo, en el Polo, pesa 996,5 gramos, cuando se pesa con una balanza de resorte.

Las lechugas contienen una pequeña cantidad de opio.

Los monos de Pattani, una provincia del Sur de Siam, están amaestrados para subirse a los cocoteros y lanzar cocos a sus dueños.

El azúcar es el único que se vende al consumidor en estado de completa pureza química.

Entre las clases de árboles de vida más larga, figuran el olivo y el sauce, ambos siempre verdes; la edad máxima del primero es de dos mil años y del segundo dos mil quinientos.

Los moros consideran como un pecado el partir pan con un cuchillo. Estiman que para esto nos ha dado Dios las manos.

El vegetal más maravilloso del mundo es la trufa. No tiene raíces, ni tallo, ni flores, ni semillas.



Cada pie pesa una tonelada

Esta es la impresión que tienen todos aquellos que sufren de los pies; ya sea por caminar mucho o por estar demasiado tiempo parados. También sufren de los pies los que tienen callos, juanetes, grietas y paspaduras causadas por botines chicos o por excesivo sudor. Todas estas calamidades son fáciles de evitar tomando por las noches, antes de acostarse, un baño de pie caliente, donde se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

Su acción es generalmente notable; da una sensación de bienestar y descanso asombrosa.

TARBORATS se vende en las farmacias, a \$ 2.60 el paquete, para varios baños, y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Comida ofreci-
da por el doctor
Bacigaluppo



Los ayudantes de laboratorio del doctor Juan Bacigaluppo, que actúan en el Hospital Militar, a quienes dicho facultativo obsequió con una comida íntima que fué servida en el Plaza Hotel, dentro de un franco ambiente de cordial compañerismo.



Banquete en ho-
nor de los nuevos
pilotos civiles de
aviación



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete organizado en honor de los nuevos pilotos civiles de aviación, que últimamente obtuvieron su brevet profesional, después de rendir los exámenes de práctica.



Convención In-
ternacional de
Maestros



Aspecto que ofrecía la sala del teatro Cervantes, durante la sesión inaugural de la Primera Convención Internacional de Maestros, acto en el cual hicieron uso de la palabra el doctor Alfredo L. Palacios, don Humberto Díaz Casanueva, el profesor don León Vernochet, el señor Mantero, don Carlos L. Gracidas, la doctora Luisa Luisi y el profesor don Julio Barcos.



Bibliografía



De izquierda a derecha: señores Ismael Moya, Arturo Lascano y Damián Norberto Comta, autores de los libros "Canciones a la maestra", "El grial de la angustia" y "Fibras", respectivamente, que acaban de ser publicados.

FALLECIMIENTO DEL SENADOR NACIONAL Dr. JUAN B. JUSTO



El senador nacional, doctor Juan B. Justo, austero ciudadano y figura prominente del partido Socialista, cuyo reciente fallecimiento ha producido intenso pesar público, elocuentemente demostrado, durante el sepelio de sus restos, por la gran muchedumbre que le acompañó a la última morada.



El doctor Justo acompañado de su señora madre doña Aurora Castro de Justo y de sus hijas Aurora y Leticia, en el patio de su residencia particular. — Fotografía obtenida en el año 1915.



Vista parcial de la enorme multitud que asistió al sepelio de los restos del doctor Justo, rodeando la carroza fúnebre, al ser sacado el féretro de la capilla ardiente, erigida en la Casa del Pueblo, donde fué velado el cadáver.



Club Argentinos Juniors



Elemento femenino que participó en el baile social organizado por el Club Argentinos Juniors.

*Nuevo médico
legista*



El doctor Benjamín B. Spota, jefe de trabajos prácticos en la cátedra de neurología de la Facultad de Medicina a cargo del doctor Mariano Alurralde, recientemente diplomado como perito médico legista.



HOGAR SANFORD



Durante el reparto de juguetes organizado por el Hogar Sanford, y llevado a efecto en los salones de la "Unione e Benevolenza". — Un aspecto de la concurrencia.

SOCIALES



ENLACES. — Marta Andino San Román - Roberto Quevedo.



Haydée Izaurralde, de la sociedad porteña



Evangelina Goytia - Carlos Wybert



Marta Zulema Rodríguez - Alfredo Santiago Gialdini.



Tina Irene Mallié - José M. Etchichury



Josefina Klappembach - Simón Delpech



Italia A. Carosella - Francisco Espejo



María del Carmen Vázquez - Tito Augusto Gonella



Marcelina Cerini - Amadeo E. Forcucci



Ludy Martínez - Héctor Molina



Contraveneno

Por G. Colthurst Scott

CABALLEROS — dijo Marcos Rivington, fríamente, — lamento comunicarles que uno de ustedes ha traicionado la consigna más importante de nuestra sociedad: la que se relaciona con el "honor" entre ladrones...

Hubo un momento de silencio, durante el cual la luz de la lámpara de petróleo, suspendida del techo, iba revelando las expresiones de sorpresa en los rostros de los oyentes.

—El collar de Wentworth ha sido hurtado — prosiguió, — y nosotros cinco somos las únicas personas que pueden abrir la caja fuerte en que la joya fué depositada. Resulta evidente pues, que uno de ustedes debe haberlo tomado. Esta es la primera vez que ocurre un hecho semejante en la historia de nuestra agrupación, y no puedo expresarles cuán mortificado me siento por ello. Pero — continuó con tono grave, — a Marcos Rivington no se le engaña fácilmente. Puedo asegurarles que ya he descubierto al culpable...

Sus palabras sonaron como el chasquido de un látigo, y era visible que los hombres sentados alrededor de la mesa empezaron a sentirse incómodos:

—¡Ah! — dijo Rivington, en tono burlón, — veo que el culpable se siente sorprendido... Razón sobrada tiene para estarlo, pues, contrariamente a lo que él supondrá, me encuentro dispuesto en este momento a hacerle una proposición, que haría muy bien en aceptar... Todos ustedes saben que nuestra institución prescribe la muerte para cualquiera de sus miembros que traicione la consigna que he mencionado. Pues bien: si el tonto que ha querido jugarlos falso optara por hacernos de inmediato una amplia confesión, prometo que será tratado con benevolencia. Como ya he dicho, sé quién es, pero desearía escuchar la confesión de sus propios labios. Si se niega a hacerlo, garantizo que no saldrá vivo de esta habitación.

El anuncio fué recibido en silencio.

—¡Nadie contesta, eh?... — exclamó Rivington, levantándose furioso. — ¡Entonces, los interrogaré uno por uno! — Y agregó después de una pausa, — tú, Murdock, ¿has tomado el collar?

—¡Al diablo con sus acusaciones! — respondió el irlandés, con énfasis. — No he vuelto a ver el collar desde que usted lo puso en la caja.

—¿Y tú, Valentine?

—No culpable, excelencia... — fué la contestación lacónica del ex estudiante universitario.

—¿Blandard?

—Yo, no.

—¿Y Hodges?

—¡Por qué me pregunta a mí? ¡Yo no he sacado el collar! — protestó Hodges.

—Bien — dijo Rivington, recobrando en parte su calma anterior. — El motivo por el cual he interrogado a todos es bien sencillo. Sabía que el cobarde no confesaría, y me alegro de que no lo haya hecho. Seguramente se creará que me estoy valiendo de una baladronada; pero puedo asegurarles que si piensa así, está equivocado. Les explicaré mi juego: como creía que pudiera contar con todos ustedes para ayudarme en la tarea de infligirle la pena que merece, he optado por mencionar el nombre del traidor. De esta manera, no sabiendo quién es mi acusado, ustedes no podrán defenderlo, y él está demasiado asustado para confesar su culpa.

—¿En qué forma piensa usted infligir este... castigo? — preguntó Valentine.

—Por medio de un veneno — contestó al punto Rivington.

—¿Y cuándo se llevará a cabo la ejecución?

—Ya lo he hecho. Dentro de media hora la víctima no tendrá salvación.

—¡Dios mío! — exclamó Valentine, palideciendo y bajando el tono de su voz.

Rivington sonrió fríamente.

—He notado que todos han vaciado sus vasos; y, con el vino, uno de ustedes ha ingerido la droga fatal. Además, tengo el propósito de someter al culpable a una tortura más.

Sacó de su bolsillo un frasco conteniendo un líquido verde y lo depositó tranquilamente sobre la mesa.

—El contenido de este frasco — dijo con deliberada calma — contrarresta los efectos del veneno. Así, nuestro traidor sufrirá la agonía mental de saber que se encuentra frente a la muerte, teniendo a la vista el único remedio que puede salvarle. Es inútil que piense en la posibilidad de escapar... Sobre esta mesa está lo único que puede volverle la vida... y el frasco quedará aquí a mi lado.

Volvió a reinar el silencio. Para uno de aquellos hombres cada "tic" del reloj significaba un paso hacia la tumba. Esperando y observando atentamente, estaban allí sentados, frente a frente, los cinco "socios": Rivington, jefe de la pandilla, que había practicado medicina antes de que su nombre fuera retirado del registro de médicos; Murdock, establecido en otro tiempo como armero en Dublín; Valentine, que había pasado de la universidad al universo del crimen; Blandard, conocido en su juventud como uno de los rateros más inteligentes de Londres; y Hodges, nacido y criado en una atmósfera de hampa, y hombre que, aunque falto de ilustración, poseía al mismo tiempo la astucia de un zorro y el coraje de un tigre.

Con la excepción de uno solo, todos estaban desarmados. De uno de los bolsillos de Murdock asomaba el cabo de un revólver. Solamente Blandard, sentado al lado del armero, había notado el arma. Pero ninguna importancia podía atribuirse a ese detalle, pues el irlandés tenía la costumbre de andar siempre armado.

—Caballeros — dijo nuevamente Rivington, con afectada reverencia, cuando el reloj comenzó a tañir el cuarto de hora. — ¡Escuchen las campanas funerarias! ¡Pero habrán de pasar quince minutos antes de que el cuerpo esté listo para la sepultura!

—¡Vea, jefe — dijo de pronto el armero, — seguramente podría haber empleado un veneno más activo. Usted sabe que la tortura puede a veces resultar frustrada.

—El veneno que he usado en este caso — dijo Rivington pausadamente, — no causa ningún sufrimiento físico. La agonía del traidor será enteramente mental.

—Que es la peor de todas... — murmuró Valentine.

—Y, por lo tanto, la más merecida, — replicó Rivington.

—El jefe tiene razón — dijo Blandard. — El collar pertenecía a todos nosotros, y el que lo haya robado de la caja merece cualquier castigo que se le imponga por traidor, incluso la pena de muerte.

—No hay duda — agregó Hodges. — Pero espero que no habrá habido un error en cuanto a la persona a quien ha sido administrada la droga. Yo, por mi parte, no quisiera morir como una rata envenenada.

—No ha habido error... — replicó Rivington bruscamente. — He vertido el veneno en uno de los vasos antes de que ninguno de ustedes hubiese entrado aquí. Todos están sentados en los sitios de costumbre. El veneno no tiene sabor perceptible, pero estoy seguro de que ha sido ingerido por la persona a quien estaba destinado.

—Mé gustaría ver este asunto terminado — dijo Valentine con ansiedad. — ¡Ah, Rivington! — agregó — ¿qué quería usted significar cuando dijo que "debían pasar 15 minutos antes de que el cuerpo estuviera listo para la sepultura?"

—Sencillamente que la víctima no morirá hasta que haya pasado ese tiempo. Hasta entonces podría salvarse tomando este líquido... — indicó el frasco — siempre que pudiera apoderarse de él, pero, como no está al alcance de su mano, su sino será morir sin que nadie pueda prestarle ninguna ayuda.

—Bien hecho; nos veremos así libres de un traidor — dijo Blandard. Una vez más reinó el silencio; no se oía más que el "tic-tac" del reloj. Todos los hombres fijaron sus miradas en el cuadrante, y uno de ellos logró, a duras penas, reprimir un temblor, al notar cuánto habían avanzado las manecillas.

Por último, Rivington habló:

—Creo que sería conveniente asegurar la puerta.

—¿Para qué? — preguntó Valentine. — ¿Qué ganaría la víctima con huir?

Rivington esbozó una sonrisa.

—Nada podría ganar en el sentido de escapar a la muerte. Pero una rata envenenada no muere dentro de la trampa si puede evitarlo, ¿me comprenden?...

Se levantó, encaminóse hasta la puerta y, después de cerrarla, guardóse la llave en el bolsillo y volvió a su asiento.

—Y ahora — dijo, atrayendo hacia sí el frasquito, — vamos a asegurarnos de que nuestro traidor sufre su pena debidamente. Propongo quitarle toda posibilidad de salvación, y, en vez de dejar, como había pensado, el líquido ante sus ojos, lo beberé yo ahora mismo...

Destapó el frasco y lo acercó a sus labios.

—¡Deténgase!

Rivington levantó rápidamente la cabeza, y se encontró, mirando de frente, el caño de un revólver. ¡Murdock! Pero no, no era Murdock, sino Blandard, que había quitado el arma del bolsillo del irlandés...

—¡Deme el frasco! — ordenó Blandard furioso.

No.

—¡Déme! — rugió el delatado, todo aterrorizado. — ¡Si no se apura le voy a acribillar a balazos!...

Rivington alargó la mano lentamente y le entregó el frasco...

—¡Ahora, la llave!... ¡Pronto!...

—La llave no se la daré!

—¿Conque no? ¡Si no me entrega esa llave en seguida, la sacaré de su cadáver!

Rivington gruñó, hizo una mueca, y le alargó también la llave. Blandard la arrebató, y, sin dejar de cubrir al jefe con el revólver, corrió hasta la puerta y la abrió. Se detuvo en el umbral y contempló, burlesco, a Rivington.

—¿De modo que me creía presa segura, eh? — rugió. — ¡Pero, ahora lo he vencido! Aunque no quise aparentarlo, sabía que usted conocía mi delito y que era en mi vaso donde había echado el veneno... Usted me llamó tonto, o sea el calificativo que usted mismo merecía.

Sacó el collar del bolsillo interior del saco, habiendo previamente colocado el frasco sobre un estante al lado de la puerta.

—Mírenlo por última vez — dijo, con aire triunfante. — ¡Antes de irme de aquí, beberé a la salud de todos ustedes! — continuó burlona-

(Continúa en la página 35).

Actualidades cinematográficas



Suzzy Vernon, bella actriz francesa que interpreta películas distribuidas por la General.



Escena de "No descuides a tu mujer", film interpretado por Louise Fazenda, J. F. Mc. Donald, Sammy Cohan y Dorothy Pilhis, que el jueves estrenará la Fox.



Eleanor Boardman estrella de la constelación Metro-Goldwyn-Mayer.



Joseph Schildkraut y Julia Faye en "Su mejor amigo", que, desde la anterior semana, distribuye Glücksmann.



Nellie Savagel y George Walsh en "El gentleman de Broadway", que estrenó el sábado último la Corporación.



Mack Swain, que con Blanche Mehaffey y Cullen Landis interpretan "Amor sin vallas", que la Universal estrenará el 26 del corriente.



Ricardo Cortés y Eugenia Gilbert, protagonistas de "¿La mano de quién?", que Glücksmann estrenará hoy.

*Paraguay. - Inter-
resante partido de
ajedrez viviente*



En el estadio de la Liga Paraguaya, de Asunción, realiz se un interesante partido de ajedrez viviente, dirigido por el doctor Barboza (blancas) y por el señor Augusto Aponte (negras), siendo esta la primera vez que en Sudamérica se juega un match en el que las piezas son representadas por personas. — Los adversarios, durante el desarrollo del partido.



El gran tablero formado con césped y la situación de las piezas en un momento del juego.



El rey y la reina blancos, a quienes correspondió el triunfo



El rey y la reina negros



El conjunto de las piezas de ajedrez, que intervinieron en el interesante partido



MÚSICA POPULAR



Alberto B. Cima, compositor y bandoneonista, notable cultor de la música popular.



Señorita Elsa Aida Rodríguez, cuyo deceso se produjo recientemente.



Señor Alejandro Juan Eystenstein, últimamente fallecido y sobre cuya tumba acaba de colocarse una placa.

NECROLOGIA

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



CORRIENTES. — Uno de los cuadros plásticos formados durante la fiesta de fin de curso realizada en el colegio San José.



Vista parcial de las familias que concurrieron a la fiesta escolar de referencia.



Autoridades nacionales, provinciales y municipales y representación de los ex alumnos de Don Bosco que asistieron a la inauguración del Oratorio Salesiano Pío XI



SAN LUIS. — Personas que asistieron a la fiesta organizada con motivo del enlace Ricart - Nadal.



MENDOZA. — Niños del Asilo de Huérfanos reunidos en el Parque San Martín, durante el paseo con que los obsequió el Centro de Chauffeurs.



Dos chauffeurs entreteniendo con juguetes a dos huerfanitas que participaron de la excursión.



JUAREZ. — Escuela Lainez, edificada en el establecimiento "La Angélica" del señor Juan B. Borghi, cuya inauguración se efectuó recientemente.



RUFINO. — Grupo de niñas que recibieron la primera comunión en el día de Navidad

Ha leído usted los diarios de la tarde? — me preguntó mi visitante

—Todavía no, señorita Drew — le contesté, examinando la tarjeta que un momento antes me entregaran.

La joven bajó la vista.

—Si los hubiera leído me comprendería, señor Bruce — continuó en voz baja. — Mi tío era tan bueno conmigo...

El tono de su voz me hizo comprender claramente el significado de sus palabras.

—Señorita Drew... Le ofrezco toda mi simpatía...

—Muchas gracias, — me contestó, enjugándose los ojos.

—¿Puedo ayudarla en alguna forma?...

Permaneció un momento silenciosa, apretando su pañuelo contra los labios. Cuando habló estaba ya más tranquila.

—El día en que lo conocí a usted en casa de los Livingstone, ¿recuerda?... estaban hablando de un amigo suyo; creo que su nombre era Diego O'Neil... Usted decía que su especialidad eran los misterios, la captura de criminales, y todas esas cosas, ¿no es así?...

—Es cierto — respondí.

—Pues bien, señor Bruce, necesito que usted me lleve a verlo.

—¿Ahora? — le pregunté, sorprendido por el extraño pedido.

—Sí; ahora mismo. Tengo un taxímetro esperando.

Mi visitante estaba dominada por la impaciencia; pero, pensé, nada ganaríamos con correr hasta la calle de Berkeley, sin asegurarnos previamente de que mi amigo Diego estuviera en casa. Llamé por teléfono y tuve la suerte de encontrarlo.

Dos minutos después nos hallábamos en camino. La joven habló poco durante el viaje; se quedó acurrucada en un rincón del coche, moviendo los dedos nerviosamente cada vez que el tráfico nos obligaba a detenernos.

Al doblar la esquina de la calle Sloane y Knightsbridge, divisé un cartelón en un puesto de periódicos, "SUICIDIO DE UN FAMOSO EXPLORADOR", rezaba el anuncio, en letras mayúsculas. Mi acompañante me miró de soslayo.

—¿Ha visto usted ese cartel? — me preguntó.

Asentí sin hablar. Ninguno de los dos dijimos nada hasta que nos detuvimos a la puerta de Diego O'Neil.

La joven simpatizó con él desde un principio. La sonrisa franca y juvenil de Diego sirvió para sellar la amistad entre ellos y devolver a Catalina Drew su perdida calma.

Después de beber la taza de té que Diego le había hecho preparar, ya joven nos hizo su relato.

—He vivido con mi tío, sir John Mercer, desde que dejé de viajar y me radicé en Inglaterra — comentó. — Siempre ha sido como un segundo padre para mí...

—Hace tres años — prosiguió, — se estableció en la quinta llamada "Uplands", cerca de Dorking. La casa se encuentra alejada del camino, y dista unos seis kilómetros del pueblo. Mi tío estaba ocupado en una investigación importante, y quería evitar en lo posible, toda interrupción.

Naturalmente, yo tenía mis relaciones y vivía muy a mi gusto. Temo que mi tío me haya mimado excesivamente... Cuando estaba

Un metro de cuerda

Por Clayton Glay

ocupado, se encerraba en su estudio, y entonces yo estaba en libertad para hacer lo que se me antojara. Salía en automóvil con mis amigas a jugar al "tennis", a bailar y a cazar... Un primo de mi tío, Esteban Millard, venía a casa a menudo; otro de nuestros amigos era Mauricio Brady; hace un

busca de ayuda y consejo, pero es necesario que nadie más lo sepa, pues no sería difícil que los enemigos de mi tío estuvieran todavía en guardia.

—Cuéntenos todo lo que ocurrió ayer — le rogó Diego.

—Ayer cumplía yo veintiún años — continuó Catalina, — y algunos

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

mes que estoy comprometida para casarme con él. ¡Gracias a Dios, tengo alguien a quien recurrir!

Hizo una pausa, que Diego aprovechó para preguntarle:

—¿Sabe usted en qué clase de trabajo estaba ocupado su tío?

—No lo sé exactamente, señor O'Neil; lo guardaba en secreto... Pero anoche me vino a la memoria una cosa que me dijo hace mucho tiempo, cuando nos fuimos a vivir a "Uplands". "Catita — me había dicho, — estoy ocupado en un asunto muy desagradable... Pero si algo llegara a ocurrirme, puedes estar segura de que habré hecho de mi parte todo lo posible... No soy cobarde... Seguiré luchando hasta el final... En seguida recordé esas palabras, se me ocurrió que quizá esta terrible tragedia encerrase algo más de lo que se ve a primera vista. Resolví salir en

amigos vinieron a saludarme. Entre éstos, estaba Millard, y también Mauricio; las hermanas Bayley y los Beresford, una pareja de recién casados. Todas estas visitas llegaron la noche anterior, para pasar el fin de semana con nosotros. Las cosas fueron a las mil maravillas, sin novedad, hasta la hora de almorzar... cuando llegó el paquete...

—¿El paquete?

—Sí. Estábamos terminando de almorzar cuando Cooper, nuestro mayordomo; lo trajo y se lo entregó a tío. Estaba lacrado, y firmado "Particular y Urgente". Tío no lo abrió entonces, pero, en seguida que salimos del comedor, se excusó y se encerró en su estudio. Esa fue la última vez que lo vimos vivo...

De los que quedaron, algunos salieron a la galería, para bailar, y

otros pasaron al salón de billares.

Unos minutos más tarde, la música del fonógrafo fué apagada por el rumor de un aeroplano, que volaba muy cerca de la casa. Abrimos las ventanas y miramos hacia afuera. La máquina venía volando por encima de los árboles, casi rozándolos, y el motor producía un estruendo ensordecedor. Volaba muy bajo y pensamos que debía pasarle algo anormal. Salimos a la terraza y luego bajamos al jardín.

Mauricio dijo que el piloto estaba tratando de aterrizar en el jardín, que era amplio y estaba libre de árboles y plantas. Esteban decía que se estrellaría irremisiblemente. Todos observábamos el aparato, conteniendo el aliento y medio ensordecidos por el fuerte zumbido. Pero, después de hacer dos evoluciones en el aire, el aparato tomó otra vez altura y se alejó.

El ruido del motor fué amortiguándose hasta apagarse a la distancia. Nos quedamos unos minutos más en el jardín, comentando el incidente.

En seguida se oyó una detonación, que parecía proceder de la casa, a nuestras espaldas. Nos miramos unos a otros, sin atrevernos a hablar. En ese momento tuve la intuición de que algo terrible había ocurrido. Tuve miedo y me así del brazo de Mauricio.

Esteban corrió a la ventana del estudio y miró a través del cristal. Volvió en seguida a reunirse con nosotros, demudado, tembloroso, y, corriendo hasta la puerta del frente, nos indicó que le siguiéramos.

Intuí que debía prepararme para lo peor. Hice un llamado a todo mi coraje, y seguí a los demás hasta el "hall".

No pudieron abrir la puerta del estudio. Yo tenía la seguridad de que no podía estar cerrada, pues la llave se había extraviado el día anterior.

Diego levantó la vista.

—¿Entonces los diarios están equivocados a ese respecto? — preguntó.

—Están equivocados en muchos sentidos — contestó la joven amargamente; en seguida prosiguió:

—Esteban, Mauricio y el señor Beresford violentaron la puerta, y, al entrar, notamos que una silla había sido apoyada contra el picaporte.

Tío estaba sentado ante su escritorio, de espaldas a nosotros. Tenía la cabeza caída hacia adelante, sobre un montón de papeles. En la mano empuñaba un revólver. Oí en eso una voz detrás mío que decía:

—¡Dios santo!... ¡Se ha suicidado!

—Entonces perdí el conocimiento.

—Pasé la noche en vela, pensando en la tragedia... Tío no había dejado ningún mensaje para mí; ni una sola palabra para explicar su actitud... Los papeles que yacían sobre la mesa — supongo que serían el contenido del paquete que llegó mientras almorzábamos — estaban llenos de palabras extrañas, o en clave. Ninguno de los presentes pudo descifrarlas.

—Y entonces recordé lo que tío me había dicho tres años antes: "Estoy ocupado en un asunto muy desagradable. Pero no soy cobarde... Seguiré luchando hasta el final..."

—¿Qué querría decir? ¿Contra quién o qué estaba luchando? ¿Qué poder malévolo le había obligado a matarse?...

—¡Señor O'Neil, se lo suplico!... Trate de encontrar contestación a esas preguntas y se hará acreedor a mi eterna gratitud...

—Puedo darle mi palabra, señorita Drew — dijo Diego, — de que haré todo lo que esté en mi poder... ¿Cuándo regresa usted a Dorking?

La joven consultó su reloj-pulsera.

—Debo encontrarme con Mauricio en la estación de Waterloo, a las seis. Dejé dicho en casa que salía a ver a mi modista para probarme los trajes de luto... Ustedes me comprenden, ¿verdad? No he dicho a nadie que venía aquí... Mauricio es un buen muchacho, pero tengo que cuidarme de no contrariarlo. Esta mañana propuse que llamáramos a algún "detective"; pero Esteban rechazó la idea, expresando su desaprobación por los trámites oficiales, en general. Dijo que él y Mauricio se bastaban para cuidar de mis intereses. Naturalmente, Mauricio estuvo de acuerdo con él... y yo no tuve más remedio que callar.

—Entiendo, entonces — dijo Diego que nuestro recibimiento en "Inlands" no será de lo más cordial!...

—¡Oh, no se preocupe por eso! Déjenlo en manos de la dueña de casa. "Yo" me ocuparé. Ahora, caballeros... ¿quieren acompañarme a Dorking?

—Seguramente — contestamos.

En la estación de Waterloo nos reunimos con Mauricio Brady, quien no disimuló su sorpresa al encontrar a Catalina acompañada de dos extraños. La joven le contestó con mucho tacto, haciendo desaparecer en seguida la frialdad que su prometido nos demostrara de primera intención.

Catalogué a Brady como un joven decente, educado... no recargado de intelecto, pero agradable en el trato. Durante el viaje hablamos de cosas triviales, y hasta que nos vimos instalados en nuestras habitaciones en "Inlands" no ocurrió ningún incidente que tuviera relación con el caso que nos ocupaba.

Pedro Millard, hombre presuntuoso, de cierta edad, fué persuadido, asimismo por la señorita Drew; aceptó nuestra presencia con un aire mezcla de tolerancia y resignación. Los Beresford y las hermanas Rowley nos trataron con amabilidad. Los demás habitantes de la casa eran el mayordomo Cooper y sus subordinados.

Cooper era un hombre suave y servicial: no hablaba y se movía por la casa como un fantasma. Mientras me vestía para la cena, vino a mi habitación para traerme agua caliente; y Diego, cuya habitación era contigua a la mía, apareció en ese momento por la puerta de comunicación.

—Su nombre es Cooper, ¿verdad? — dijo, dirigiéndose al mayordomo.

—Sí, señor: Cooper.

—¿Usted ha de saber, Cooper, que el señor Bruce y yo hemos venido únicamente para velar por los intereses de la señorita Drew, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Entonces me hará el favor de contestar algunas preguntas.

¿Cuánto tiempo lleva usted empleado en esta casa?

—Alrededor de tres meses — contestó el mayordomo.

—Tres meses... ¿Y durante ese tiempo llegó algún otro paquete parecido al que recibí ayer sir John?

—Que yo sepa, no, señor.

—¿Podría usted describir a la persona que lo trajo?

—Es un poco difícil... No tenía nada que me llamara la atención.

—¿Era un desconocido?

—Sí, señor.

Tengo interés en aclarar uno o dos puntos. Y usted también, señor Brady, si no le es molesto...

—Con mucho gusto — respondió Millard, con voz seca, Brady sólo asintió con la cabeza, y los cuatro cruzamos el "hall" en dirección al estudio.

La puerta astillada daba prueba de la fuerza empleada para franquear la entrada. A un lado había una pesada silla de roble, con el respaldo roto.

El estudio era una habitación de dimensiones reducidas, comparada

AL MENOS...

Cuando en las turbias horas de mi vivir errante recuerdo la dulzura de aquel amor ya ido, se llena de canciones mi labio dolorido y una franca sonrisa me ilumina el semblante...

Yo que fui por el mundo tan pobre y vergonzante me siento de repente feliz y enriquecido... ¿Qué mucho que sonría un hombre que ha vivido claras horas de amor en un ayer distante?

Otros hay que jamás en sus vidas obscuras supieron de unos labios las supremas ternuras: el soñar en los brazos de la mujer querida...

¡Al fin en mi pobreza, no todo fué tan hosco, que no encontrara grácil una mujer al toco bohemio que no supo doblarse ante la Vida!

Rodolfo BAGUES

—Perfectamente, Cooper. Muchas gracias.

—A sus órdenes, señor. Le traeré el agua caliente en seguida.

El mayordomo se retiró. Diego hundió las manos en los bolsillos del pantalón y volvió a su alcoba.

Al sonar el "gong" bajamos para cenar. Nuevamente la conversación versó sobre temas generales. Cooper se movía por detrás de las sillas, en completo silencio.

Cuando la dueña de casa se retiró, Diego abordó el tema que pendía en la atmósfera: el de la tragedia del día anterior.

—Señor Millard — dijo de pronto. — ¿tendría usted la amabilidad de acompañarme al estudio?

con el resto de la casa. La única ventana de esa habitación miraba al jardín; en un rincón veíase una caja fuerte; las paredes estaban revestidas de estantes cargados de libros. En el centro había un escritorio de caoba maciza.

—Ahora, señor Millard — comenzó Diego, — desearía que usted me indicara exactamente en qué forma encontró ayer sentado a su primo.

Millard vaciló unos instantes: luego se sentó ante el escritorio, posó la cabeza sobre la carpeta de escribir, colocó el brazo derecho doblado sobre la mesa y el izquierdo lo dejó colgando a un costado de la silla.

SI AMAS A DIOS

Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero, porque El estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los paisajes, en el límite indeciso de todos los horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás iriste, porque, a pesar de la diaria tragedia, El llena de júbilo el universo.

Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie; porque nada puedes perder y todas las fuerzas del cosmos serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde ni el más elevado.

Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas; porque lo llevas a El, que es la clave y resolución de todos.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia entre la vida y la muerte; porque en El estás y El permanece incólumne a través de todos los cambios.

Amado NERVO

—En esta mano sostenía el revolver — dijo, moviendo la mano derecha.

—Ya veo... Muchas gracias — contestó Diego. — Ahora bien: entiendo que cuando ustedes entraron aquí había varios documentos esparcidos sobre la mesa... ¿Podría yo verlos?

—Están en la caja de hierro — dijo Brady.

—¿Tiene usted la combinación?

—No, pero Millard la conoce.

Millard abrió la caja, tomó un fajo de papeles y lo entregó a mi amigo, quien los introdujo en su sobre y los guardó en su bolsillo.

—Muchas gracias — dijo Diego. — Y ahora, señor Brady, ¿querrá usted contarnos lo que ocurrió inmediatamente después que fué descubierta la tragedia?

—Es mejor que se lo pregunte a Millard — contestó Brady. — Catalina se desmayó en ese momento y yo tuve que atenderla, de modo que no estoy bien enterado de los detalles.

—¡Ah, muy bien! Se me había olvidado... ¿Entonces, el señor Millard tendrá la gentileza?...

—Yo fui el primero que entró en el estudio — comenzó Millard. — Apenas me di cuenta de lo que había ocurrido, mantuve lejos a todos los demás. Estoy seguro de que procedí con calma y decisión. No permití que nadie tocara el cadáver ni la mesa. Llamé a Cooper, y pedí al señor Beresford que buscara un médico. Cuando apareció el mayordomo, se descompuso en una forma horrible; tembló de pies a cabeza... Tardó mucho tiempo en decirme lo que yo quería saber. Tenía curiosidad con respecto al arma. Siempre he creído que mi primo tenía un "Colt", pero el que usó para matarse es un revolver más bien pequeño... casi un juguete. Ahora está arriba, quizá usted lo haya visto. Le pregunté a Cooper si lo reconocía. Me dijo que sí, que su amo lo guardaba siempre en un cajón de su escritorio...

Las llaves de mi primo colgaban de la cerradura de ese cajón. Abrí y busqué. No había ningún otro revolver. Creí entonces justificado suponer que el arma usada por mi primo era de su propiedad. Considero que este es un punto muy importante.

—Sí, efectivamente — contestó Diego con lo mayor seriedad. — Ese detalle puede resultar de mucha importancia...

Salimos de la habitación y, al reunirnos con la señorita Drew, hablamos sobre otros temas. Diego se retiró temprano a su habitación, donde fui a reunirme con él dos horas más tarde. Estaba sentado en un sillón, en mangas de camisa, en medio de una espesa nube de humo. Sobre la mesa, delante de él, había un montón de papeles.

—Ven aquí, Pedro — me dijo, al percatarse de mi presencia. — Quiero hablar contigo. ¿Ves estos papeles?

—Exprésame "en palabras" lo que ves.

—Pues... una colección de documentos cubiertos de palabras cifradas, algunos manchados de sangre.

—¡Ah, muy bien! — me contestó. — Creerás, sin duda, que si existe en realidad alguna clave del misterio de la muerte de Sir John, está probablemente cifrada en estos papeles, ¿no es verdad?

—Probablemente...

—Es una suposición no muy natural, Pedro. Pero escucha ahora "mi" descripción de estos documen-

tos, como resultado del trabajo de una noche. Veo ante mí una cantidad de cuartillas de papel común, con la marca de agua de una conocida fábrica inglesa, sobre las cuales han sido escritas a máquina una cantidad de palabras sin sentido ni significado alguno.

—¿Sin significado, dices?

—Exactamente. Como es natural, he aplicado todos los métodos usuales para descifrar estos jeroglíficos. Mi fracaso poco o nada prueba de por sí. Pero agreguemos a esto los otros puntos que señalan en la misma dirección, y la deducción es clara... Trataré de hacerte una pequeña demostración. Tomemos una de estas hojas como ejemplo. Las palabras han sido escritas a gran velocidad, por una persona muy familiarizada con la escritura a máquina. Las letras están agrupadas como para representar palabras, pero la abundancia de los grupos de cinco o seis letras resulta una coincidencia sospechosa... Fíjate con qué frecuencia se repiten las terminaciones: "tión", "ight" y "ere"; observa que casi todas las "q" van seguidas de una "u"; ten en cuenta que la "e", la "t" y la "a", que, en ese orden, son las letras más comúnmente usadas en el vocabulario inglés, aparecen con mucha frecuencia en estas cuartillas; ¿y a qué conclusión llegas?... Lo más lógico es suponer que el dactilógrafo dejó que sus dedos teclearan al azar, empleando as, inconscientemente, las letras y terminaciones de palabras con las cuales estaba más acostumbrado.

—Ese parece un argumento bastante sólido — comenté. — Pero si el paquete no contenía más que un montón de jeroglíficos sin sentido, ¿por qué le instó a sir John a quitarse la vida?...

—¡Ah! — me interrumpió Diego. — Eso es lo que yo pregunto: "¿por qué?"

Diego pasó toda la mañana siguiente y la mayor parte de la tarde encerrado a solas en el estudio: pero hacia la hora del té vino a buscarme y me propuso que saliera con él al jardín. Manifestó deseos de interrogar al jardinero. Encontramos a éste por los fondos podando los árboles.

—Buenas noches, Barnes — le dijo Diego.

—Buenas tardes, — contestó el jardinero.

Era un anciano de cabellos grises y rostro bonachón.

—¿Cómo van las cosas? — le preguntó Diego, para iniciar la conversación.

—No muy bien — dijo el jardinero, sacudiendo la cabeza, pesoso. — Con sir John difunto y estas malditas plagas en los árboles, no me siento contento.

Diego, demostrando su sorprendente conocimiento de la arboricultura, lo interrogó y, al cabo de pocos minutos, Barnes y él charlaban animadamente.

—Hablando de gorriones y otros pájaros — dijo de pronto O'Neil, — ¿vió usted el aeroplano que pasó anteayer por la tarde?

Barnes se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—Sí... lo recuerdo... — contestó. — Estaba mirando una nubesilla de humo que pasó por encima de aquel árbol, cerca de la casa. Y vi cruzar el aeroplano por encima de los prados vecinos. El aparato se acercó y no pude verlo más, pues parece que se quedó delante de la casa.

—¿Dica usted que vió una nubesilla de humo? — preguntó el "detective".

—Sí; era humo blanco...

—¿Y no sabe de dónde provenía?

—No: si lo hubiese sabido no me hubiera quedado mirando — dijo el viejo Barnes con naturalidad.

—Es claro. Estos aeroplanos son unos bichos raros.

—Endemoniados, diría yo... — contestó el jardinero, y siguió podando las plantas. Diego y yo volvimos hacia la casa.

Hacia el oscurecer nada me reveló O'Neil sobre sus indagaciones. Los cinco ocupantes de la casa estábamos sentados en la terraza,

Reinó un prolongado silencio, cuando por fin Millard, quien se levantó al ver acercarse a Cooper portador de una botella de whisky y un sifón.

—¿Progresó usted en sus pesquisas, señor O'Neil? — preguntó a Diego en tono sarcástico.

—Sí — replicó Diego bruscamente.

—Pero con eso no nos dice mucho...

—No tengo nada que informar en definitiva — contestó mi amigo,

—pero, después de tomar una serie de medidas, me he convencido de que debe existir algún cajoncito se-

—¡Veamos! — le dije con impaciencia.

Diego se puso a pasear por la habitación — succionando su pipa y echando gruesas bocanadas de humo. Yo me senté en la cama y escuché.

Sir John Mercer, un hombre esencialmente optimista y valiente, recibe de un corresponsal desconocido (para nosotros, naturalmente), un paquete marcado "Particular y Urgente". Lo lleva a su estudio, atranca la puerta apoyando el respaldo de una silla contra el picaporte, se sienta ante su escritorio y abre el paquete. El contenido es indescifrable; pero sir John, valeroso como es, se siente tan dominado por el pánico, que saca un revólver de un cajón del escritorio (cuyo cajón vuelve a cerrar con llave) y se pega un tiro, sin dejar ningún mensaje para explicar su actitud, o, al menos, para aliviar el sufrimiento de su sobrina a quien adora.

Esto, como digo, es lo que ha ocurrido... aparentemente. Son los detalles del suceso aceptados por todos, es decir, por la señorita Drew, por Millard y Brady, por el médico forense, y por la prensa.

Ahora te pregunto a tí, Pedro... ¿debemos aceptarlos también "nosotros"? Veo que dudas... ¿Por qué vacilas? Seguramente no puedes dar fe a una historia tan absurda! ¿Te parece natural que un hombre de la fibra de sir John apele a una forma tan infantil de atrancar una puerta? Y, además, aun suponiendo que esos papeles tuvieran algún significado que yo no alcance a comprender, ¿puedes creer que un hombre semejante abandonaría la lucha sin pensar para nada en aquellos que le aman? ¿Y por qué cerró con llave el cajón del escritorio, después de sacar el arma para matarse?

Francamente, Pedro, yo no me convenzo. Creo que aquí no hay ningún suicidio. ¡Sir John Mercer ha sido asesinado!

Me quedé mirándole con la boca abierta.

—¡Pero, por Dios, Diego! — exclamé — ¿Cómo es posible que lo hayan matado? Todos estaban fuera de la casa, en el jardín... cuando se oyó el disparo... ¿Me dirás que puede haber sido Cooper?

Diego sonrió.

—No, Pedro. Momentáneamente no puedo decirte quién ha sido... por la sencilla razón de que no lo sé... Pero lo que sí "sé", es cómo y por qué se ha llevado a cabo el crimen.

—No salgo de mi asombro, Diego.

—Puedes tener la seguridad de que me hallo en lo cierto. Es un crimen hábilmente preparado por una conocida banda de ladrones de alhajas, dirigida por un hombre llamado Gilberto Sanderson; con la muerte de sir John se libran definitivamente de su más peligroso enemigo... Esta tarde estuve hablando por teléfono con un amigo mío del Departamento Central de Policía. Me contó uno o dos cosas sobre sir John que me abrieron los ojos...

En épocas anteriores, el difunto era un simple explorador de las selvas tropicales; más tarde se convirtió en agente del gobierno, empleado para sostener una guerra incansable contra varias organizaciones criminales de carácter internacional. Sus prolongadas ausencias de Inglaterra eran explicadas como otros tantos viajes al África o a Sudamérica; para sus amigos, y hasta para sus parientes, seguía

¡POETA!

I

Dame tu amor — mi súplica clamaba bajo la tarde que enojaba el sol.

—¿Mi amor? Toma mi amor...

Y tus palabras me acariciaron con su invitación!

¡Juntos y solos! Cerca la glorieta oculta casi por rosas en flor.

¡Y había fuego en tus ojos, y en tus manos inquietudes supremas! ¡Oh, señor!

Más yo amaba los lirios de tus manos y de tu frente el virginal rubor!

Cifraba en tí la gloria de mi lira como el creyente su plegaria en Dios!

—Toma, toma mi amor! tú suspirabas... Yo era silencio y era decepción.

¡Poeta!... me gritaste desechada, y algo se me rompió en el corazón!

¡Y tenías quince años, y en la tarde Primavera cantaba su esplendor!

¡Juntos y solos! Cerca la glorieta... y cómo, ¡cómo calentaba el sol!

II

Hoy, a diez años de la tarde aquella nos hemos visto dentro de un salón. y... cómo está, poeta! — me dijiste con acento entre irónico y burlón.

Y yo, más hombre pero, más poeta, recordé que habías sido mi ilusión, y te dije mirándote a los ojos:

—¡siempre buscando el verdadero amor!

Ricardo M. LLANES.

observando la luna que iba elevándose por encima de los árboles, al final del jardín. De pronto, Catalina tembló y levantó el chal que se le había caído de los hombros.

—¿Me perdonarán ustedes si los dejo? — preguntó. — Estoy sintiendo frío.

Nos levantamos todos. Compadecí intimamente a la sobrina de sir John. Había pasado un día horrible entre la audiencia del Juzgado y muchas otras cosas que le recordaban su pesar; y me sentí realmente aliviado cuando Diego le habló.

—Señorita Drew — le dijo. — Espero que mañana podré darle noticias concretas. Comprendo los malos momentos que está usted pasando; pero puede tener la seguridad de que pronto terminarán.

—Muchas gracias, señor O'Neil — contestó ella, mientras se alejaba — Buenas noches.

creto en la parte central de la mesa del estudio. Mañana haré un examen detenido, a la luz del día, y si llego a descubrirlo, quizá desentrañe algunos secretos. No hay ningún documento, en ninguna otra parte de la habitación, que pueda arrojar luz alguna sobre el misterio.

—Bueno, O'Neil — dijo Millard, levantando su vaso, — le deseo buena suerte. Pero, personalmente, creo que la verdad no llegará a conocerse hasta que puedan ser leídos esos documentos cifrados.

Al poco rato de llegar al piso superior, Diego se presentó en mi habitación.

—Pedro — me dijo, — ha llegado el momento de entrar en acción.

—Perfectamente — le respondí.

—Dime lo que tengo que hacer.

—Primeramente quiero explicarte bien lo que pienso...

siendo el intrépido explorador, sin más intereses en el mundo que sus serpientes y mosquitos.

Hace tres años inició su lucha contra la banda de Sanderson: y, a juzgar por las palabras que nos citó la señorita Drew, pronto se dió cuenta de lo difícil que era la empresa. Pero declaró que seguiría en la brecha, a pesar de todo...

Sir John siguió luchando... Desde esta casa controlaba las actividades de sus subordinados, los empleados del servicio secreto diseminados por todo el continente. Llegó a ser tan incómoda la situación para Sanderson y su pandilla, quienes ya lo conocían como su enemigo, que éstos decidieron eliminarlo.

Escucha ahora, Pedro, el relato de lo que "realmente" ocurrió en la tarde fatal:

Un extraño viene en bicicleta hasta la casa. Puede ser un cómplice, pero lo más fácil es que sea un inocente, bien pagado. El paquete es entregado a sir John en presencia de sus huéspedes, incluso el homicida. Al terminar el almuerzo, el asesino sube a su alcoba, que mira hacia el jardín, y, en el hogar de la chimenea, quemando algunos productos químicos que producen una densa humareda blanca. Este humo sale por la chimenea, y es visto por el piloto de un aeroplano que está volando por las inmediaciones. Es la señal convenida para que se aproxime a la casa.

Luego, el homicida pone en movimiento un mecanismo de relojería, arreglado en tal forma que, después de contados minutos, se produce una explosión — una especie de bomba minúscula, consistente quizá en un tubo de vidrio con una mezcla de hidrógeno y oxígeno en una proporción determinada; si a estos gases se les aplica una chispa eléctrica, se produce una fuerte detonación y el tubo queda reducido a polvo.

Terminados sus preparativos, nuestro hombre baja al "hall". El aeroplano, en ese momento, está haciendo piruetas encima del jardín, y todos los ocupantes de la casa lo miran desde la ventana, como embobados: todos, digo... menos sir John. El dueño de casa está sentado ante su escritorio, devanándose los sesos para tratar de descifrar los misteriosos documentos que tiene a la vista. Seguramente no dejarás de comprender, Pedro que, si esos documentos fueran inteligibles, sir John hubiera podido leerlos, abandonando el estudio antes de que el asesino llegara hasta allí; además, en seguida hubieran ofrecido una clave valiosa para el descubrimiento del complot.

Sir John ha cerrado la puerta, sin llave. Aun cuando no hubiese sido extraviada ex-profeso, dudo que sir John la hubiera usado. Por cierto que no se le ha ocurrido atrancar la puerta con una silla... Estamos, pues, en que el asesino entra silenciosamente en el estudio; en su bolsillo tiene un duplicado del revólver que está encerrado en el cajón del escritorio.

Me imagino que pide disculpas por la intromisión; posiblemente

sir John solicita su ayuda para descifrar los papeles. Sea como sea, el asesino aprovecha la primera oportunidad y dispara a su víctima un balazo en la cabeza, desde una distancia de diez centímetros, más o menos.

El ruido del disparo queda apagado por el rumor del aeroplano. Nadie sospecha que haya ocurrido algo grave. Con las manos enguantadas, el matador cierra los dedos de sir John alrededor del revólver humeante. Luego registra las ropas del muerto; encuentra las llaves; abre el cajón donde está guardado el otro revólver, y lo introduce en su bolsillo. Y he aquí donde comete su único error: ¡vuelve a cerrar el cajón con llave!

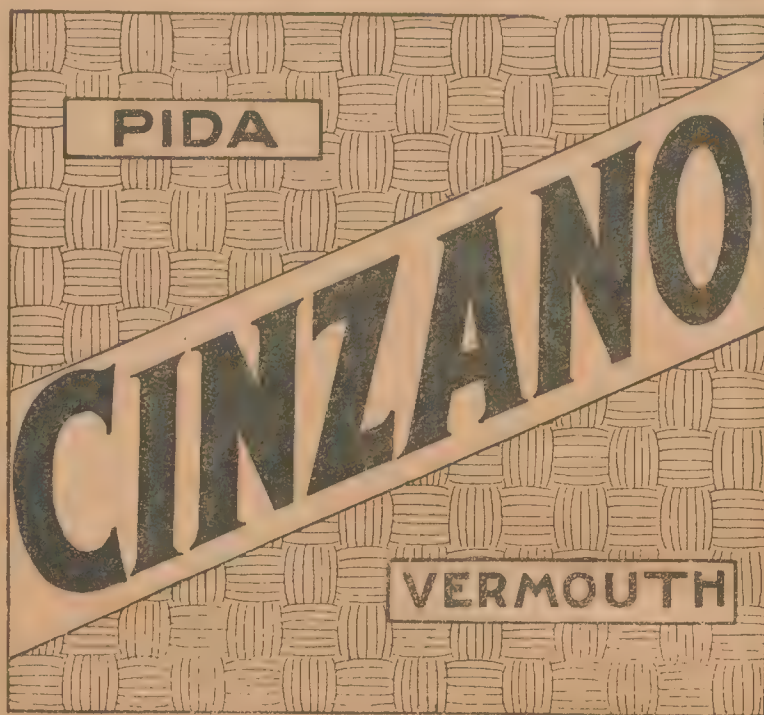
Todo esto, recuerda, ha tardado apenas dos minutos. Ahora el criminal abandona el estudio, cerrando luego la puerta tras de sí.

Y ahora, ¿adónde hemos llegado? ¡Ah, sí!... El hombre abandona el estudio y corre a la sala, reuniéndose con los demás cuando salen del jardín. Probablemente hace alguna señal convenida con el aviador comprende; el aeroplano se aleja y vuelve a reinar el silencio.

Entonces se oye la explosión, cuidadosamente preparada..., pero no procede del estudio, como todos creen, sino de una de las habitaciones de la planta baja. Las cinco personas se vuelven corriendo al "hall". Se descubre la tragedia. Todos creen que sir John se ha suicidado.

Diego hizo una pausa para volver a encender su pipa, que se había apagado. Después de consultar su reloj, continuó:

—Apenas me convencí de la verdad de esta teoría, empecé a hacer una minuciosa requisa del estudio



—Pero, Diego, ¿y la silla!... ¿Qué me dices de la silla?... ¿Cómo puede una persona, desde afuera, atrancar una puerta por el lado de adentro?, apoyando el respaldo de una silla contra la manija!... ¿Crees tú que eso es posible?...

—Oh, sí, Pedro. Más aún, diría que es fácil. Voy a demostrártelo.

Sacó de su bolsillo una cuerda de un metro de largo, y colocó una silla cerca de la puerta de comunicación, que estaba abierta. Pasó la cuerda por el respaldo de la silla e introdujo los dos cabos, juntos, por el agujero de la llave. Luego colocó la silla debajo del picaporte, entró en su habitación y cerró la puerta, tirando de los dos extremos de la cuerda. Con el movimiento arrastró la silla, y la dejó firmemente parapetada debajo del picaporte. En seguida retiró la cuerda, tirando por uno de los extremos.

La prueba resultó tan bien que Diego no pudo volver a su habitación hasta que hubo retirado la silla. Luego me dijo:

—¿Ves qué fácil resulta? He examinado por el ojo de la cerradura de la puerta del estudio y he encontrado algunas hebras de cáñamo adheridas al metal; en efecto, creo que es razonable suponer que el asesino ha asegurado la puerta en esa forma.

Busqué ciertos manuscritos que estaba seguro debían existir: el diario de la campaña de sir John contra la banda de malhechores... Durante mi investigación hice uno o dos hallazgos interesantes: di, entre otras cosas, con un recibo de una armería, que contiene el número del revólver de sir John... Y por último encontré los papeles que buscaba.

Son informes valiosísimos, Pedro... ¡valiosísimos!... Los métodos de sir John serían lentos, pero eran ciertamente eficaces... ¡No me extraña que hayan optado por matarlo! ¡No hubieran podido salvarse de otra manera!

Se me ocurrió que Sanderson y su pandilla debían conocer la existencia de esos papeles, y que harían todo lo posible para apoderarse de ellos: Por eso tendí una celada. Tú me oíste hablar de un cajón secreto en el escritorio. Ahora sólo queda por ver si nuestro hombre ha mordido el anzuelo...

Volví a mirar su reloj. —Ha llegado el momento — dijo. —Ahora, Pedro, bajemos al estudio. Trata de no hacer ningún ruido...

Diego buscó con su linterna un lugar para ocultarnos.

—Vamos — me susurró al oído, —coloquémonos detrás de las cortinas de la ventana... Ya está... La guardia empezó.

Creo que esperamos casi dos horas. Me entumecí tanto que apenas podía moverme...

De pronto se oyó un rumor... Diego me apretó el brazo. Aguzamos el oído. Otra vez el mismo ruido; luego un leve crujido...

Un momento después, Diego se encaminó hasta el centro de la habitación. Yo me quedé inmóvil.

—¿Quién va? — preguntó Diego en voz alta.

Instantáneamente se encendieron las luces. Por la abertura de las cortinas observé a Mauricio Brady, de pie, cerca de la puerta.

—Hola, O'Neil — dijo el recién llegado, con cierta afectada indiferencia. — ¿Todavía está trabajando?... He venido a buscar mi pipa. No podía dormir, y me acordé que la había dejado olvidada aquí. Allí está, encima de la chimenea.

Cruzó la estancia y se guardó la pipa en el bolsillo de su "robe de chambre". Diego lo observaba de cerca, y yo seguía a ambos con la mirada, y desde mi escondite. Brady se volvió y se dirigió a la puerta.

—¡Un momento! — le indicó O'Neil.

—¿Qué pasa?

Brady se detuvo, mirando hacia afuera.

—Un momento, por favor — repitió Diego. — Da la casualidad que esa pipa es mía... La dejé allí hace un momento.

—¡Le digo que es... mía — balbuceó Brady.

Hundió la mano en su bolsillo, sacóla empuñando un objeto que brillaba, y, rápidamente, giró sobre sus talones.

—¡Déjelo caer! — le ordenó Diego.

Brady se quedó mirando el cañón de la pistola automática de mi amigo. Algo cayó estrepitosamente al suelo. ¡No era una pipa! ¡Era un arma de fuego!

—¡Pedro! — gritó Diego.

—A tus órdenes — respondí, saliendo del escondite.

—¿Quieres levantar ese revólver...? Eso es... Ahora, fíjate en el cabo. ¿Puedes leer el número? —Es el 02705.

—Gracias, Pedro. Ahora, el señor Brady podrá, quizá, explicarnos cómo es que se encuentra en su poder el revólver de sir John Mercer.

Brady no contestó. Se puso intensamente pálido.

Parecía una fiera acorralada.

—¿Está cargado Pedro?

—Sí — le contesté.

—Bien. Cúbrele con el arma mientras yo me ocupe de terminar el asunto... Sírvase tomar asiento, señor... Brady.

Lo ató fuertemente a la silla con varias vueltas de cuerda; después se dirigió al teléfono.

—¡Hola! — decía, momentos más tarde, cuando se hubo establecido la comunicación. — ¿con la comisaría? Habla Diego O'Neil, desde "Uplands" Sí... Sí... ¿Quiere que le mande... qué...? Sí, tengo a Sanderson aquí... Gilberto Sanderson, el ladrón internacional de alhajas. ¿Cómo?... Mándeme un automóvil y lo llevaré en seguida al Departamento... Sí, sí... Muchas gracias...



Rasgos de Napoleón I

Bien sabido es que Bonaparte era hombre de excepcionales condiciones no sólo de talento, cultura y genio militar, sino de laboriosidad, honradez y bondad extraordinarias, reconocidas por sus propios enemigos. Conservó siempre un gran afecto a los compañeros de armas de la juventud, a sus profesores, sus primeros jefes y a cuantos le ayudaron de algún modo en su vida, y especialmente en los primeros años de su carrera militar, en que tantas privaciones hubo de imponerse para poder costear con su escaso sueldo de teniente de artillería, la educación de su hermano Luis al cual tomó a su cargo.

Hombre de gran corazón, no podía ver sufrir sin conmoverse y procuraba remediar las penalidades que observaba.

Estando de guarnición en Valencia, cuando era teniente, le daba lecciones de baile el profesor, Dautel, el cual después, en la época de la revolución llegó a ser cobrador de contribuciones. Más tarde cayó en la miseria y a fines de 1808, escribió al emperador, diciéndole: "Señor; el que os enseñó a dar los primeros pasos en el mundo, solicita vuestro apoyo. Dautel, profesor de baile en Valencia". Al leer esta súplica, Napoleón le envió un nombramiento de inspector en la Administración de derechos reunidos, para remediar la situación de aquel pobre hombre.

Al día siguiente de la batalla de Wagram, el Emperador recorrió a caballo el campo de batalla, como tenía por costumbre, para ver si habían recogido a los heridos. Los trigos eran muy altos y no se veía a los hombres tendidos en el suelo; muchos desgraciados habían puesto su pañuelo en la bayoneta para que pudieran verlos y prestarles socorro. Bonaparte iba personalmente a donde quiera que veía un pañuelo indicador, hablaba con el herido animándole y no se separaba de su lado, hasta que lo habían recogido.

Muirón, capitán ayudante de Bonaparte en el sitio de Tolón, le siguió como coronel ayudante de campo y murió junto a él en la batalla de Arcola. Este hecho, que le apenó en extremo, dejó en él un recuerdo profundo y una gratitud imperecedera, como vamos a ver. Escribió a la viuda de Muirón anunciándole la desgracia en estos términos: "Muirón ha muerto junto a mí en el campo de batalla de Alcorla. Usted ha perdido un marido amado y yo un amigo querido, a quien profesaba el mayor afecto; pero la patria pierde más que nosotros, pues era un oficial de talento y de raro valor. Si a usted o su hijo puedo serles útil en algo, les ruego que cuenten conmigo."

Y en efecto, hizo en su favor cuanto pudo.

Más tarde en recuerdo de su amigo dió el nombre de Muirón a una fragata veneciana, en la cual, regresó de la campaña de Egipto. Nunca se borró de la mente de Napoleón, el recuerdo de aquel gran amigo y compañero de su juventud, muerto a su lado, y diez días antes de su muerte en Santa Elena, el 24 de Abril de 1821, al hacer su testamento, escribió

al Emperador de su puño y letra; "Legamos 100.000 francos a la viuda, hijo o nieto de nuestro ayudante de campo Muirón, muerto a nuestro lado en Arcola, cubriéndonos con su cuerpo".

En la batalla de Reichembach, bajo los muros de Dresde, cayó mortalmente herido por un casco de metralla el Mariscal Duroc, a quien Napoleón manifestaba una gran amistad desde su juventud.

ANECDOTA

Después del enorme éxito obtenido por su novela "El Conde de Montecristo", Alejandro Dumas, (padre) se trasladó a Marsella para visitar el castillo de If, al que su libro había hecho más celebre que el recuerdo de los personajes históricos que fueron encarcelados ahí.

Fué agasajado por las notabilidades de la ciudad, tanto oficiales como particulares.

Entre estas últimas figuraba el doctor Gistal, renombrado médico-cirujano, quien dió al papá Dumas un gran banquete, durante el cual el champagne corrió parejas con el buen humor.

A los postres, el amable anfitrión trajo su álbum de autógrafos, solicitando uno del gran novelista. Dumas no se hizo rogar y escribió:

"Desde que el doctor Gistal

"Ejerce su ministerio,

"Han cerrado el hospital

"Y abierto otro cementerio.

Una gran carcajada saludó la ocurrencia, y el doctor Gistal, que además de médico ilustre, era hombre que sabía apreciar el chiste fino, abrazó efusivamente a su huésped.

Apenas lo supo Bonaparte, fué a verle y le apretó reiteradas veces la mano; el desgraciado agonizante buscó con la vista al Emperador y le pidió "¡por piedad, opio!" Napoleón estrechó de nuevo la mano de Duroc, y cuando expiró salió apoyado en el brazo de su ayudante Caulancourt, emocionado y vertiendo lágrimas, exclamando: "¡es horrible, horrible! ¡mi bueno y querido Duroc! ¡qué pérdida!" Volvieron silenciosos al campamento y ordenó Bonaparte la adquisición de un trozo de terreno en el cementerio de Makersdorf; hizo erigir un monumento y escribió de su puño y letra la siguiente inscripción, para que fuese grabada en el mismo; "Aquí yace el Mariscal Duroc, Duque de Frioul, gran Mariscal del palacio del Emperador Napoleón, gloriosamente herido por un casco de metralla y muerto en brazos de su amigo el Emperador"

Y honró siempre la memoria de su amigo con paternales atenciones para su familia. Fué magnánimo con sus propios enemigos. Salicetti, autor de una intriga contra Bonaparte y que le hizo detener injustamente, fué bajo el Imperio, empleado varias veces, y por último Jefe de Policía con José I, Rey

de Sicilia. Pocos meses después de haber detenido Salicetti a Bonaparte, en Junio de 1795, fué aquél acusado por la Convención y se refugió en casa de madame Permón, de la cual era Napoleón muy amigo y asiduo concurrente. Napoleón fingió ignorar la presencia de su perseguidor, y cuando Salicetti huyó a Burdeos disfrazado y con todas las seguridades posibles, por toda venganza le escribió una carta que terminaba con el siguiente párrafo:

"Ya ves, Salicetti, que podría haberte hecho tanto daño como tú a mí, en cuyo caso no habría hecho sino vengarme, mientras que tú me has hecho daño sin yo haberte ofendido en nada. Vete pues en paz a buscar un asilo donde recibas la

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

nales hechas últimamente sobresale el aparato titulado "Morfeo", del cual es su autor un electricista francés, M. H. E. Guilhaumón. Se compone, simplemente, de un cofre que encierra una pila seca y de un vibrador asociados a una venda en la cual va dispuesta una pequeña lámpara eléctrica.

Para hacer funcionar el aparato basta con enchufarlo a una corriente ordinaria y apretar una especie de bocina que lleva adoptada. Entonces la lámpara que la venda lleva se ilumina, y el vibrador se pone en marcha, emitiendo un sonido grave muy particular.

Para utilizar el "Morfeo", el paciente coloca el aparato a su lado, abre el cofre, se pone la venda sobre los ojos y aprieta la pera de la bocina. A poco, la luz se apaga, el sonido del vibrador cesa y el paciente no tarda en quedarse profundamente dormido.

En la clínica del doctor Berillón tuvieron lugar las pruebas definitivas del neuro-vibrador, y aquel eminente psiquiatra francés explica su funcionamiento de la manera siguiente:

"Los dos hemisferios de nuestro cerebro no reposan siempre en los mismos momentos. De esto proceden los insomnios, que ponen a los individuos que los padecen en un estado de excitación y de susceptibilidad nerviosa, donde las sensaciones más insignificantes llegan a ser molestas, pues el ruido más ligero, el dolor más leve, se aumenta con el insomnio, ocasionando innumerables perturbaciones a los pacientes; los sueños agitados y las pesadillas que los atormentan. Se llega, por tanto, al amodorramiento total afectando los nervios ópticos y auditivos que, rápidamente fatigados por estos ejercicios, se repliegan dichos cuando cesa la influencia que sobre ellos se ejerce y se dejan ya en condiciones de reposo".

"El aparato de M. Guilhaumón llena perfectamente esta misión y no son nocivos sus efectos para el organismo como lo son la mayoría de las drogas que se administran para combatir el insomnio."

inspiración de mejores sentimientos para con tu patria".

Al pasar por Givet, vió un destacamento de prisioneros ingleses que trabajaban en la reconstrucción de un puente volante, llamando su atención el hecho de que ocho o diez de aquellos prisioneros se lanzaron voluntariamente a una barquilla, para ayudar a la maniobra del puente. En el acto escribió Napoleón al jefe del destacamento comunicándole lo que había observado y diciéndole que a los diez hombres que más se habían distinguido les diera cinco napoleones a cada uno y pasaje hasta Morlaix para ser transportados a sus casas.

Aparato para provocar el sueño.

El modo de provocar el sueño artificialmente ha sido motivo de preocupaciones en todos los tiempos. De entre las tentativas racio-

LA CARTERA

Por Andrés Birabeau

Es profesor de inglés y se llama Balett, pero es más conocido por el apodo de Doce Vasos, porque son doce vasos, y bien llenos, los que Balett necesita para que cada una de sus comidas caiga bien en su estómago. Doce es una cifra respetable. Desgraciadamente, el oficio de profesor de inglés está bastante mal remunerado y rara es la vez que Balett puede contar hasta doce. Con frecuencia ni aun siquiera puede permitirse el lujo de empezar a contar.

Para consolarse acostumbra a admirar la naturaleza paseando por el Bois de Boulogne. En estos paseos su imaginación meridional idea banquetes fabulosos, con manjares rociados siempre por una docena o más de vasos de los vinos más famosos del mundo.

Sentado en un banco permanece bastante tiempo entregado al juego de su fantasía, antes de descubrir una cartera caída a sus pies. Cuando la ve la recoge y su asombro no tiene límites al ver que está llena de billetes de Banco. Cuenta, ¡tres mil ciento cuarenta y cinco francos!

Doce Vasos vacila. Honradez, honradez... ¡Que empiecen los comerciantes! Recuerda el precio exorbitante a que paga todas las cosas. Recuerda también que hace tiempo perdió un portamonedas con tres francos, que no le fué devuelto. ¡Basta de escrúpulos!

Pero, continuando su inventario, sus ojos se fijan en una tarjeta.

—¡Vaya una sombra la mía!

Jorge Plot. Es uno de sus antiguos alumnos. Un chico encantador, rico, dedicado por sus padres al comercio. Recuerda los buenos ratos pasados con su discípulo en el café jugando al dominó, bebiendo y hablando de mujeres; en francés, naturalmente, porque Jorge Plot fué siempre muy rebelde al idioma de Shakespeare.

Y la cartera pertenece a Jorge Plot. ¡Qué desgracia! Balett se hubiera decidido, venciendo algunos escrúpulos, a quedarse con la cartera de un desconocido; pero no pue-

ra devuelto la cartera, lo probable es que el dueño le hubiese gratificado con una suma bastante para tomar unas cuantas docenas de vasos. Pero Jorge Plot no se atreve-

INTELIGENCIA Y PUGILISMO

La inteligencia profesional no va necesariamente unida a la inteligencia natural. Al contrario. Muchas veces son antagónicas, y todos conocemos hombres infinitamente estúpidos en los asuntos corrientes de la vida y que ejercen una profesión con gran brillantez y provecho. Esto se patentiza de modo especialísimo en el arte del boxeo. Cuanto menos inteligente sea un boxeador, cuanto menos se dé cuenta de la brutalidad que significa dar y recibir puñetazos, mayor será su eficacia. Un momento de inteligencia, es decir, de reflexión, en el daño que puede causar o sufrir, paralizaría, por piedad o por instinto de conservación, sus movimientos y comprometería su buen éxito. La técnica está aquí al servicio de la máxima brutalidad y es la antítesis absoluta de la otra inteligencia, de la humana. En ninguna otra actividad como en los juegos atléticos es tan palmaria, no sólo la distinción, sino frecuentemente la oposición, entre técnica e inteligencia.

Luis ARAQUISTAIN

de hacer lo mismo con la de un hombre cuya mano ha estrechado. Casi un amigo. Le parecería que le robaba. No puede.

Si se hubiera tratado de un desconocido, aun en el caso de que hubie-

rá... Le dará las gracias efusivamente, le llamará *mi querido maestro*, le estrechará la mano... y nada más. ¡Qué mala suerte.

Pero la imaginación meridional vela. ¿Por qué no presentarse a la

hora de la cena? Plot no dejaría de invitar a comer a un amigo, que le lleva 3.145 francos. ¡Y entonces serán los doce vasos!

Y al dar las siete Balett llama a la puerta de Plot. Buen recibimiento. Las narices dilatadas de Balett creen percibir un olor embriagador que parte de la cocina. ¡Magnífica sala! Y en ella una hermosa mujer: la señora de Plot. Su discípulo se ha casado desde que Balett ha dejado de verlo.

—Querido amigo — dice Balett: — la casualidad ha hecho que me encuentre esta cartera que usted ha perdido. Tome. Celebro esta ocasión de poder estrechar su mano.

—¡Oh! ¡Querido Balett! ¿Y ha sido usted el que la ha encontrado? ¡Qué casualidad! ¿Cómo agradecerle?...

—La encontré esta mañana en el Bois de Boulogne, junto a un banco...

Pero la señora de Plot exclama:

—¡Cómo! ¿Esta mañana en el Bois de Boulogne? ¿Pues no me has dicho que ibas a tu fábrica de Pantín? ¿Qué hacías tú en el Bois de Boulogne? ¿Me engañas! ¡Ya me lo figuraba yo! ¡Pero ya nos veremos!

Jorge, turbado, balbucea; intenta explicar. Pero su mujer ha salido furiosa. Entonces, furioso a su vez, Jorge se vuelve hacia *Doce Vasos*, que contempla la escena estupefacto...

—¡Buena la ha hecho usted! ¡Ahora pedirá el divorcio, como si lo viera! ¡Y ha aportado al matrimonio dos millones de dote! ¿No podía usted haberse quedado con esta cartera, imbécil?

Cuidadosamente se mete la cartera en el bolsillo, mientras la doncella abre la puerta del comedor, en cuyo centro luce una mesa servida, resplandeciente, olorosa, en la que la sopa humea en los platos y el vino brilla en las jarras.

Brilla la fuente del verso claro:
Tirso de rosas lanzan aromas,
y hay en las manos olor de pomar
recién cortadas...

Los blancos senos muestran su gracia
entre fragancias de tentaciones...
El aureo vino de las pasiones
brilla en las copas.

Anacreonte dice su rima
sobre los labios. Baco retoza
entre la gracia color de rosa
de añejo mosto.

Silvano huye por la espesura
fiero y cruel... Endimión sueña...
Diana suspira clara y risueña
sobre el azul...

La miel dorada gustan los labios.
La flor del tiempo lanza en el día
mágicas ondas... La melodía
del Paraíso...

¡Hoy!... Otros tiempos y otros deseos...
Ya no dispara flechas Cupido...
Ya no se sueña en el dulce nido
de amores lleno.

El viento fiero de la ambición
derroca edades y fantasías...

SCHERZO

Ya sólo tienen luz y armonía
libras y dolars.

¡Roto el ensueño! ¿A qué vivir?...
Psiquis se acerca blanca y hermosa
y ni un poeta besa la rosa
de la ilusión...

Triunfa la gloria del caduceo:
los comerciantes y los ladrones
llenan de ofrendas y de oraciones
al dios Mercurio.

Lágrimas vierten las Celestinas:
la carne rosa se ofrece sola
y da el perfume de su corola
al más osado.

Atrevimiento, cine y sport.
El niño dice su canción loca
y hay una risa sobre su boca
de fauno en celo.

Friné se acerca blanca y desnuda...
Los labios tiemblan de sed de amar.
La rosa roja va a derramar
su ardiente luz

Nubes de fuego y de champagne.
Los cuerpos ruedan rojos y bellos...
Las sátiras lanzan destellos
fascinadores...

¡Fiebre y lujuria! El cabaret
dice en un tango su ardiente vida...
¡jamás saciada!... ¡jamás dormida
para el placer!

Los paraísos de oculto encanto
abren sus puertas. Las tentaciones
van devorando los corazones
con fuerza loca.

¡Flor de lascivia!... En las orgías,
envuelto en nubes de cocaína,
se vé el espectro de Mesalina
vagar sediento...

¡Coronas regias! ¡Tálamos fríos!
Bajo las sombras de un cielo gris
deshoja el tiempo la flor de lis
en el silencio...

Sobre la noche se alza la aurora
La alondra canta. Su melodía
llena de ensueños la luz del día,
en una onda clara y sonora.

Vicente JIMENEZ.

Las Palmas (Gran Canaria)

COMO FUERON EDUCADOS LOS HIJOS DE LOS REYES

Por Ivonne Sarcey

Tal es el título de una memoria que ha merecido una recompensa de la Sociedad de Higiene de la Niñez y que el doctor O'Folowell ofrece ahora al público... Como todo lo que se refiere a los niños me apasiona, he leído este libro, menos quizá para instruirme, — ya que sobre la educación tengo ideas firmes — por el placer de encontrar allí un eco de mi sueño, lo cual ha sucedido con esa notable obra.

Que el niño, hermosa flor de la naturaleza, creada para la luz y el amor, sea azotado, educado por medio de cachetes y pescozones, metido en el calabozo, tratado como esclavo, todo eso me ha parecido siempre monstruoso. Y que todavía en la actualidad haya padres que golpean a los inocentes, me parece intolerable. A esos verdugos que atentan contra la juventud y degradan el pequeño tesoro humano que tienen el deber de educar, quisiera que todo les fuera devuelto, suplicio por suplicio.

Los verdaderos educadores nos dicen que se obtiene del niño lo que se desea: disciplina, obediencia, trabajo, respeto, ternura, siempre que el pequeño sea pensante, sepa, desde muy pronto, estimarse a sí mismo, de modo que después posea su honor y que sienta, sobre su alma débil, el sol de la fuerza del amor con que lo protegemos.

"Si queréis que el niño tema la vergüenza y el castigo, no lo endurezcáis", escribía Montaigne. En materia de educación, el autor de los *Ensayos* fué un profeta.

Ni una línea de ese famoso capítulo ha envejecido, y eso a pesar de que fueron escritas en una época en que las varas y las férulas hacían rabiar, y en la que se podía considerar como una audacia el escribir algo como esto:

"Rechazo toda violencia en la educación de un alma tierna que se guía hacia el honor y la libertad. Hay no sé qué de servil en el rigor y en la contradicción, y aquello que no puede lograrse por medio de la prudencia y la persuasión, no se logra jamás por la fuerza. No he visto que con las varas se logre otra cosa que volver las almas más cobardes y más maliciosamente obstinadas".

¡Cuán maltratados fueron nuestros abuelos en su suave infancia!

Los látigos del siglo XV eran dos veces más largos que los del siglo XIV, nos dice el señor O'Folowell, y este progreso sensible permite fustigar el humor de los obstinados, con una nueva virtuosidad. En su *Tratado de la Educación de los Príncipes*, Vicente de Beauvais enumera como medios perfectos de educación, "las reprimendas de varazos, la férula, los puntapiés, los puñetazos, los pellizcos, los tirones de cabellos y de orejas". ¡Dichosos niños!... ¡Dichosa edad!... "Aquel que aparta la vara, odia a su hijo", ha dicho la escritura. Los hijos de rey eran armados según la Escritura.

Jamás niño alguno fué tan sober-

biamente golpeado como el pequeño Luis XIII. El Rey su padre, Su Maestad la Reina, el ama; y aun el ayo, se encarnizaban en su real cuerpo. ¿Cómo admirarse, después, de la mortal melancolía del niño coronado?

Con fecha 14 de noviembre de 1607, el buen rey Enrique escribía:

EL POBRE Y EL RICO

Es el pobre moneda que no corre, conceja de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come más tarde, lo peor y más caro; su real no vale ni medio; su sentencia es necesidad, su discreción locura; su voto escarnio; su hacienda del común; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversación se halla, no es oído, si lo encuentran huyen de él; si aconseja lo murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; si su pecado venial es blasfemia; si penitenciamiento castigan por delito; si justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le da, todos le quitan, a nadie debe y a todos pecha. Desventurado, y pobre del pobre, que las horas del reloj le venden.

*¡Cuán al revés corre un rico!
¡Qué viento en popa! ¡Con qué tranquilo mar navega!
¡Qué bonanza de cuidados! ¡Qué descuido de necesidades ajenas! Sus aholies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda.
¡Qué guardado en el verano del calor! ¡Qué empapelado en el invierno por el frío! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necesidades sentencias; si es malicioso lo llaman astuto; si pródigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortésano; si incorregible, burlón; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente; y si perezoso, maduro; sus yerros cubren la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer su gusto; y palabra no pronunciada, que con solemnidad no la tengan por oráculo.*

Mateo ALEMAN

"Me sorprende que no me hayáis comunicado que habéis azotado a mi hijo, porque deseo y os ordeno lo azotéis cada vez que haga el obstinado".

Estas órdenes no impedían, por supuesto, de ningún modo, al joven Luis XIII, hacer el obstinado, como cualquier porfiado burrito. "Llega el rey en la mañana y quiere obligarlo a que lo bese. Y he aquí que se pone de tan mal humor que recibe el látigo de las mismas manos de Su Majestad. Entonces se defiende, le coge las manos, la barba. La señora de Montglais lo azota, a su vez, cinco o seis veces. En seguida recibe los azotes del ayo..."

La Historia no dice si el ayuda-

de cámara continuaba semejante labor...

Las Memorias inéditas de Du-bois, nos dicen que el futuro Rey-Sol, también fué "magullado como pasta", por la doncella Lacoste, "golpeado a puñetazos" por el ayo, M. de Montansier. Y si no murió del sufrimiento, fué porque el corsé que llevaba para estar siempre erguido, lo protegió.

Tampoco las mujeres salían mejor libradas. Se cuenta que cierto día Luis XIV, hallando a las damas sus hijas ocultas en una cámara, para fumar allí un cigarrito, y habiendo sido advertida Su Majestad, por el olor, indignada de tal falta la dignidad real, azotó él mismo a las culpables.

Y se dice también que Mme. Victoria, hija de Luis XV, sufría te-

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
superior y maduro

En aquellos tiempos, entre padres, maestros y criados, se ponían en competencia a ver quién corregía, a fuerza de brazos, a sus niños.

O'Folowell se indigna, y todos aquellos que sientan el respeto hacia la debilidad se indignarán con él. Abusar de la fuerza física con un ser sin defensa que espera de nosotros una luz, es la más baja de las villanías.

"De todas las especies sensibles la especie humana, escribe Bernardino de Saint-Pierre, es la única en la que los pequeños son educados a fuerza de golpes".

O'Folowell conoce los principios de los grandes educadores: dulzura, paciencia, autoridad, justicia, disciplina, bondad, firmeza. Sabe, también, que castigar es un arte, y castigar no consiste ni en golpear, ni en humillar, porque la criatura a quien su humilla, si tiene el instinto del honor, sufre una vergüenza que engendra la rebelión. Además, O'Folowell es médico y sabe las verdades profundas y patéticas y los cursos secretos de la irresponsabilidad.

Todas esas palizas que han endurecido los cuerpos y las almas, no están de acuerdo con nuestro tiempo ni con la idea que tenemos de la libertad y del respeto que se debe al niño.

Además, esos castigos, vergonzosos y serviles, aun en las épocas en que han sido una vergüenza común y corriente, han dejado rabias profundas y produjeron con frecuencia, rebeldes.

Julio Vallés, entre otros, jamás pudo olvidar ni perdonar el dolor de su infancia humillada. Azotado por su madre, maltratado en la escuela, un día en que encontró a uno de sus maestros del que había recibido regazos, le cogió los puños y con rabia en los labios le gritó:

—Ahora que lo tengo así, voy a detenerlo el tiempo necesario para decirle que es usted un cobarde, y el suficiente para abofetearlo y darle de patadas...

Y lo abofeteó y le dió de puntapiés, hasta perder el aliento, vendiendo así a los niños que, como él, crecieron en las tinieblas del alma.

¡Qué triste cárcel es una educación sin amor!

Dientes de acero inoxidables

Los periódicos de Berlín dicen que acaban de ser fabricados por una casa que se dedica a artículos relacionados con la prótesis dental dientes de acero inoxidable.

Agregan los periódicos que estos dientes son más resistentes y mucho más baratos que los dientes de oro, y que este descubrimiento causará una completa transformación en los procedimientos de la odontología.

Recuerdos de un gran artista desaparecido

QUIEN FUE LEO COSCHNIR

Por su compañero, el violinista armenio Zakeos Agababianz

Leo Coschnir, el insigne artista que recordamos, nació en el año 1899 en Human, provincia de Kieff (Rusia) de familia antigua israelita. Ocultaba su origen por un instinto particular fundado quizás en razones de ética artística por su inquietud espiritual hacia la universalidad de las cosas. Por ello se decía ruso ortodoxo.

Llegó acá a los seis años de edad, estableciéndose sus padres en Carlos Casares.

Inició sus estudios musicales bajo el patrocinio del maestro Eduardo Atienza, el que al darse cuenta de los dotes artísticos de su pequeño alumno, le tomó un afecto sincero y entusiasta, traduciéndose en cariñoso sentimiento de padre, y su "Leo mimado", como le decía el maestro, a los nueve años, era ya un perfecto violinista.

Como tal ocupó en Carlos Casares en un teatro-cine el puesto de segundo violín bajo la dirección de Atienza. Y allí se distinguió como verdadero artista, haciendo honor a su maestro y adquiriendo una popularidad que lo elevó a la categoría de niño prodigio.

Antes de cumplir los diez años de edad, y por consejo de su maestro, sus padres lo enviaron a esta Capital recomendándolo al malogrado director Hércules Galvani, y solo con su alma y su violín, bajó a Buenos Aires, la Atenas del Plata, la ciudad luz de la América meridional.

Examinado el niño por Galvani, éste, prendado de las dotes artísticas de Leo, lo tomó bajo su protección, dándole gratuitamente, durante dos años, lecciones particulares para luego, a los trece años de edad, rendir brillantemente examen de profesor y conquistando su justo título con el aplauso de los examinadores y con el regocijo de sus generosos maestros.

Leo Coschnir ocupó en la orquesta, el puesto de primer violín solista. ¡Cuántos quisieran a esa edad, poseer las altas condiciones musicales de Leo!

En el año 1923 ocupaba nuestro biografiado su puesto de primer violín en el teatro Cervantes, en donde actuaba la Compañía Francesa de Revistas Volterra, bajo la dirección del maestro Padilla. Una noche, el director faltó. Leo se ofreció, para substituirlo. Y dirigió con tal acierto a músicos y artistas, que el público, irrumpiendo de sus asientos, aplaudió frenéticamente al joven e improvisado director.

Más tarde repitió lo mismo en el teatro "Ideal", sustituyendo al maestro Carlos Pibernat.

Leo hizo varias tournées artísticas con las mejores compañías, las que pueden citarse: la troupe de bailes rusos de Niginsky, la de Lola Membrives, la de Vives Dangans y la de Sagi-Barba. En todas ellas el joven artista se destacaba poderosamente con sus solos. La sala siempre era dominada por un pro-

fundo silencio. Leo tenía notable intuición. Con todas las condiciones musicales que la naturaleza le había dotado, prometía llegar a la altura de un Sarasate, Issay y Kubelik. Durante la ejecución por la

dolores y las amarguras de su vida interior.

Tenía el alma fervorosa, el corazón inquieto, el cerebro en ebullición. Prefería la música triste y melancólica, elevándose así hacia

misión y en lo alto, allí, en el mundo de lo invisible, guardará su gran silencio, el silencio de los genios, pero su nombre en este mundo quedará inmortal para el reducido círculo intelectual y artístico.

Era un misántropo; vivía solo y siempre en lo alto, como el condor, prefería las alturas. Una vez le pregunté dónde vivía, y me contestó en francés: "*au premier étage en descendant du ciel*", y en sus labios asomó una sonrisa extraña que hacía contraste con su natural tristeza. Eran chispas geniales que hacían recordar al poeta Alejandro Puschkin, quien también tenía chispas geniales en sus contestaciones.

Como a los grandes artistas, Leo se paseaba por la urbe después de la media noche y se recogía al amanecer. Así se goza del bello espectáculo de la salida del sol y del canto de los pájaros.

Como a todos los grandes artistas, el ambiente le era adverso. Sus propios compañeros le amargaban la vida con sus envidias y malevolencias. Su vida no tuvo satisfacciones. Su alma sintió amarguras.

Todo toleraba, nunca envidiaba la felicidad ajena, gozaba ante la dicha de los demás.

La humanidad necesita almas piadosas que alivien los sufrimientos con el propio dolor. No conocen la prepotencia, no saben turbar otras vidas, y ante el contraste, Leo, que era un alma piadosa, se ponía violento, nervioso y exaltado como todo hombre superior.

Su ardiente amor por el arte musical consumía su intelecto, acercándose así a Maupassant con su epilepsia, a De Musset con su locura. Era el debilitamiento del "yo". Al igual que Nietzsche intentó el suicidio.

Dos días antes de morir pensaba en París, en el viejo Montmartre, en el Paseo de los Inválidos, en la tumba de Napoleón, en la Avenida de los Campos Eliseos, en el barrio latino (cuna de los grandes poetas), en el famoso Museo del Louvre y del Luxemburgo.

Viajaba su imaginación en medio de la maravillosa naturaleza de Suiza, por el Chateau de Chillón, por el lago de Ginebra, por las orillas encantadoras del Lemán, por los lagos y montañas nevadas. Evocaba su Sol con emoción, con alegría. Vela el mar como precioso elemento de salud y nostalgia.

Leo cerró para siempre sus ojos a la luz del día, el 9 de enero de 1926, al romper el alba. Me correspondió el triste encargo de amortajarlo; cumplí con devoción de íntimo amigo y despedí aquella alma con una lágrima ardiente.



Leo Coschnir

expresión de sus ojos y las arrugas de su cara se notaba hasta qué punto llegaba a influir la música sobre su organismo. Sus notas transportaban su alma en sueño a las divinas regiones de lo sublime.

Su fama artística llegó a ser notable, no solamente en la capital, sino también en toda la República. En los conciertos que efectuaba, millares de espectadores quedaban sugestionados porque transmitía los

los grandes compositores Mendelshon, Tchaikovsky y Raschmaninoff de los que era admirador.

En su rostro inteligente y genial se notaba la fiebre que lo consumía. Una vez, en sus horas de videncia me dijo: "*mon coeur mis a nu c'est bien malheureux; je suis perdu*". El destino fatal tronchó intempestivamente la vida del joven violinista cuando ya se acercaba a la celebridad. Leo cumplió fielmente su

EL VIOLIN AUSENTE

¿Adónde fuiste, compañero ausente,
Con tu extraña y lejana melodía
De aquel violín que, sin cesar, gemía
Tu pasión melancólica y ardiente?

¿A qué mundo quimérico te fuiste
Con tu doliente música de ensueño,
Dejando en este mundo tan pequeño
Un gran silencio evocador y triste?

¡Oh!, tu violín, callado hace dos años,
Tu canción de pasión y desengaños
Que ya no ha de vibrar, cálida y trunca,

Más que en el santo corazón materno,
Más que en el triste corazón fraterno,
Donde sus ecos no se apagan nunca...

ZACKEOS.

Muertos de extenuación por hambre, no obstante de que habían devorado los cuerpos de 8 de sus compañeros, fueron encontrados los cadáveres de los dos que quedaron como últimos sobrevivientes de la tripulación del pesquero japonés "Ryo Yei Marú" (que quiere decir "bueno y próspero"). La macabra nave, arrastrada por las corrientes marinas, fué a encallar suavemente en la playa del puerto de Townsend, que se encuentra a más de 4 mil millas de las costas del Japón.

El doctor L. P. Seavey, jefe de la Oficina de Cuarentena de dicho puerto, anunció oficialmente que los huesos amontonados que habían en la cubierta del pesquero, eran huesos humanos, y que pertenecían en total a 8 personas.

Presentes los médicos y demás autoridades se comprobó con el sentimiento de tristeza y horror que es de suponerse, que a bordo de la desdichada embarcación se había practicado el canibalismo.

El libro de navegación aclara el misterio.

El terrible misterio de lo acontecido a bordo del buque llegado a la costa sin tripulante alguno con vida, se aclaró bien pronto gracias a haber sido hallado el libro de navegación, en el que día a día se revelaba la feroz tragedia en medio de las inmensas soledades del Océano Pacífico. El 5 de diciembre de 1926, el buquecillo había salido del pequeño puerto de Misaki, en el archipiélago nipón.

Por el libro, se supo, que la peste, había agregado su horror al hambre que martirizó y exterminó a aquellos desgraciados. Cuatro veces los desdichados se estremecieron entre las mallas de la resignada ilusión de la esperanza, para caer luego entre las garras de la desilusión y de la angustia, pues hasta por cuatro veces les pareció ver humo en el horizonte y barcos que podrían rescatarlos. Pero aquello fué una visión de sus cerebros ya desequilibrados, o fué una burla de la suerte que no permitió que los transeúntes los descubrieran en su horripilante sufrir.

Veinte y ocho días después de haber visto el último humo en el horizonte, toda esperanza estaba perdida a bordo. En el libro de navegación, está en esa fecha esta frase única y terrible: "Hemos decidido morir".

La historia completa.

El diario es tan sencillamente impresionante, que su lectura fué escuchada por autoridades de diversa jerarquía y numerosos testigos y periodistas, en medio de una tan intensa emoción, que todos lloraban con la mayor libertad y sentimiento.

La impresionante tragedia del pesquero "Ryo Yei Marú"

Todas las ilusiones del crucero fatal, van siendo desgarradas por la mano convulsa del diarista, con ese lenguaje que sólo puede usarse cuando el que escribe se siente sentado al borde de la tumba. Durante once meses, estos 10 mártires, vagaron a la ventura en medio de las negruzcas aguas del Pacífico, tan negras como su desesperación y su locura.

El capitán y sus tripulantes lucharon hasta el último instante, como héroes, para salvar la nave y salvarse ellos mismos. ¡Pero la Fatalidad ya los tenía señalados!

Ocho meses estuvieron sin ver una vela ni un humo, ni la silue-

bellos debe conservarse para ser quemados en el templo del hogar", dijo el cónsul japonés que intervino con las autoridades americanas en la inspección de la nave.

Los últimos despojos mortales.

Ocho atados conteniendo huesos amarillentos y raspados por los afilados dientes de los naufragos hambrientos fueron colocados en pequeños sacos. Dos cajas de madera sirvieron para los cadáveres semi putrefactos de los dos últimos muertos por extenuación. La población en masa, hondamente conmovida, concurrió a este sepe-

TU RECUERDO

Tu recuerdo mágico, tu recuerdo existe;
tu recuerdo es todo porque es hermoso y triste.
Es la lejana música de las campanas graves
y el canto más humilde de las esquilas suaves;
es el suspiro íntimo de un alma que se calla
y es el acorde brusco que en lágrimas estalla;
es el dolor que canta su melodía trunca
y es la paz del alma que no ha soñado nunca;
es la verdad suprema, dura como la muerte
¡y es la verdad sencilla, clara, como quererte!

Carlos María PODESTA

ta de un leño en el horizonte. Trataron de volver al Japón pero las corrientes se lo impidieron. Quisieron navegar hacia América, pero el viento se opuso. El Océano los había declarado su presa, y en el océano había que morir.

El 9 de marzo había muerto el primer hombre. Se llamaba Henjiro Hosay y era pescador de oficio. El maquinista, que no había podido componer el motor, murió cuatro días después. "Estaba enfermo" dice el libro de navegación.

El libro está escrito con lápiz. Entre sus páginas están los mechones de pelo de cada uno de los que iban falleciendo. Era necesaria la conservación de este despojo para las honras fúnebres en el templo budista del hogar. Mutsimoto, Suteji y Yzawa, fueron heredándose el libro por turno. Era el turno de la muerte.

"Aunque el cuerpo repose en cualquier parte, un mechón de ca-

llo digno de figurar, de manera preferente, en los amargos anales de la historia del mar.

El último fallecimiento había ocurrido el 19 de abril. Así dice el libro. Fué debido al escorbuto motivado por el consumo de carne humana. No quedaban con vida sino Ysawa y Mutsimoto. "¿A cuál de los dos tocaría servir de sostén al camarada?", dice Mutsimoto. Y agrega: "Me es indiferente. Ya quiero morir".

El señor Sowa, cónsul del Japón en Townsen, presidió el doble funeral budista-cristiano, pues la población se esmeró en rendir el máximo de honores póstumos a los despojos de quienes fueron juguetes de tanta desdicha. La Asociación Wakayama condujo el ritual budista. Todos los restos fueron totalmente incinerados y las cenizas enviadas al Japón.

Los japoneses de la localidad iniciaron una colecta en la que el público exigió el derecho de que se le permitiera intervenir. Se recaudó una suma crecida que ha sido enviada a la aldea de Wabuka, sitio de origen de estos mártires anónimos de la vida y sus luchas de capricho y de crueldad.

Algunas anotaciones del famoso Libro de navegación del "Ryo Yei Marú".

Diciembre 8. — Hemos comenzado a pescar a las 8 de la mañana.

Diciembre 14. — Ha habido una grave interrupción en el motor. Estamos a la ventura. Hemos que-

ruido enfilar al Japón, pero las corrientes lo impiden; trataremos de emproar a América, aunque el viento se opone. No se vé ninguna vela ni humo en el horizonte.

Diciembre 16. — El capitán ha hablado. "Ya sé lo que esto significa, ha dicho. Me siento muy triste por la suerte de mi tripulación. He aquí todas nuestras provisiones. Cinco libras de papas, tres de zanahorias, dos de algunos otros vegetales y dos latitas de sopas concentradas, una libra de té y 1600 libras de pescado. Mutsimoto está en el timón, tratando de aprovechar el oleaje que pueda llevarnos al N. E."

Diciembre 19. — Está a la vista, en el horizonte un vapor. Tenemos la esperanza de que Dios se apiadará de nosotros, y cesará tanto sufrir. Hemos levantado dos velas y prendido toda la paja que teníamos sobre el puente.

Diciembre 20. — ¡Oh qué dolor! El vapor siguió su camino. ¡Ya está muy lejos!

Diciembre 25. — Fuertes vientos nos azotan sin cesar. Kuwada está en el timón. Tenemos un poco de hambre porque desde hace días la ración está muy medida. Anoche nevó.

Diciembre 28. — La corriente nos ha arrastrado con furia inusitada. Hace mucho frío. Nuestras condiciones empeoran a ojos vistos. (Aquí hay intercalada una vieja canción japonesa que dice "preferiríamos morir todos unidos que seguir sufriendo de esta manera juntos".)

Enero 10. — ¡Año Nuevo! Año 16 Taisho. Nos hemos permitido el lujo que desde luego todos calificamos de locura. Nos hemos comido los únicos puñados de arroz que teníamos. Nos hemos confesado nuestras culpas unos a otros en descargo de nuestras conciencias y como nudo de reconciliación. ¡Está siempre tan desesperado un naufrago hambriento! ¡Por su débil cerebro pasan tantas ideas que son crímenes!

Febrero 17. — Hemos rezado a Kompira. Nos ha enviado lluvia. Hemos mitigado la terrible sed que nos martirizaba. Debemos tener fe en Kompira.

Abril 19. — El diarista habla que la máquina ha sido compuesta. La incoherencia de su lenguaje, aunque gráfico, muestra que el que escribe atraviesa por una crisis de delirio.

Mayo 13. — Kompira nos ha escuchado otra vez. Hemos logrado pescar algo. Nuestros corazones rebosan de alegría y agradecimiento.

Junio 13. — Esta vez sí seremos salvados. Un gran vapor se acerca a toda máquina hacia nosotros. ¡Vamos a vivir!

El último asiento del Libro, es el siguiente:

Diciembre 10. — Viento noroeste. Grandes nubes. Viento fuerte azotante. Rodamos como pelotas. ¡Vamos al sursureste? Me siento tan débil que quiero manejar la caña del timón, pero me calgo. Mi compañero se siente muy mal. ¿Cuál sobrevivirá? Ya tengo ganas de morir. ¿Por qué tendré turbia la mirada? Kompira, ¡apiadate de mí! Mi compañero se ha...

Fué éste el asiento de la muerte. Probablemente el compañero falleció y después le tocó su turno al infeliz diarista, que, a no dudarlo ha escrito una de las páginas más terribles que haya podido trazar mano humana.

(Continuación de "Contraveneno")

mente, volviendo a guardarse el collar y tomando el frasquito con el líquido verde.

Lo acercó a los labios y engulló todo el contenido de un solo sorbo. Un grito estridente hendió el aire: el frasco y el revólver cayeron con estrépito; el cuerpo de Blandard se tambaleó y cayó pesadamente... Blandard yacía en el suelo, muerto...

— De modo que había sido Blandard... — dijo Rivington con su calma habitual. — Como les había observado antes, rara vez se consigue engañarme por mucho tiempo. Acaba de quedar demostrado, caballeros, lo mucho que puede hacerse por medio del engaño. El veneno que ingirió el traidor Blandard, que acaba de pagar su falta con la vida, no estaba realmente en el vino, sino en el líquido verde que tomó confiadamente, creyéndolo un antídoto. ¡El solo se ha delatado!... ¡Y él solo se ha hecho justicia!...

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

El baño y el tocador

(Continuación)

En el despacho de una dama hacen bien las flores, los "bibelots" y los tapices mezclados con los libros y los folletos.

Pero la mujer no es jamás egoísta con los que ama; ella sabrá atender a su gabinete, al salón, al comedor, a la alcoba, sin dejar de cuidar como a lo principal de la casa las habitaciones de los hijos, del esposo, del padre o de las personas de la familia.

Así, la señora, cuidará siempre, además de las que dejamos apuntados, de las que al uso particular de los hombres se refieren, como salita de fumar, sala de billar, etc.

La salita de fumar es para el hombre lo que para la mujer el gabinete, el sitio donde recibe a sus amigos y donde pasa los ratos de descanso o conversaciones familiares. Una salita de fumar ha de ser elegante y agradable: en ella habrá asientos cómodos, mesitas con los cigarros, libros, periódicos y cuantos objetos contribuyan al bienestar y al "comfort".

La sala de billar o salón de tresillo, o "écarté", etc., deben ser grandes para que no molesten los espectadores a los que juegan: los muebles poco recargados; una mesa para refrescos, café, etc., y un lavadero destinado a que puedan lavarse las manos después de la partida.

A todas las demás dependencias de la casa se extiende el cuidado, gusto y vigilancia de la dueña, sin prescindir de las habitaciones de los criados despenas y cuartos destinados a guardar muebles y objetos, y de la cocina.

Todo ha de estar limpio, ventilado, cuidado y sin que en ninguna habitación se amontonen trastos inútiles y viejos que dificulten la limpieza y sean criaderos de insectos o animales dañinos.

La cocina exige siempre particular atención: si se ha de hacer en casa una comida, son muchas las cosas que se necesitan para prepararla, y es de muy deplorable efecto para una señora tener que ir a pedirle a una amiga una cacerola u otro objeto cualquiera el día que tiene invitados.

Además, la elección de la batería de cocina es importantísima desde el punto de vista de la higiene y requiere grandes cuidados por parte de la señora a cuyo cargo están la salud de los individuos de la familia y la servidumbre.

En resumen: para tener un departamento distinguido, lo principal es el gusto y el buen sentido de su dueña. Hay casas donde los muebles son de escaso valor, pero en las cuales un hada activa e inteligente tiene el sentimiento de lo conveniente y de lo bello, y bajo sus manecitas milagrosas todo se embellece. Los muebles más sencillos adquieren un valor y armonía en el fondo y en la forma que los hace encantadores. El orden, el gusto, la limpieza, la ausencia de pretensión vanidosa y ridícula bas-

tan para crear un interior lleno de elegancia.

A veces el lujo sin gusto es contraproducente: hay dama cuyo salón o gabinete parece la tienda de un barbero, sin distinción nin-

na, con perfumes desagradables y algo de vanidoso y de frío, que aburre y repele.

Sucede con frecuencia que el visitante no se encuentra tan bien en esos interiores lujosos, en don-

¿Qué puede ser elegante?

El sentido de la palabra "elegancia", refiriéndose al atavío femenino, ha variado notablemente de unos años a esta parte. Antes la elegancia podía ser frecuentemente confundida con la ostentación; parecía elegante todo lo que fuese lujoso siempre, claro está, que este lujo no resultase demasiado chillón; y, la imagen de una mujer elegante, se aparecía como un conjunto de gasas, encajes, lazos, rizos, etcétera. Algo imponente, monumental.

En cambio, en esta época, el sinónimo de elegancia podría ser sencillez. La mujer de hoy, verdaderamente elegante, pasa inadvertida, y su refinamiento es sólo comprendido por los iniciados.

Porque la elegancia actual reside en el detalle. Es el corte del vestido, es la caída de la tela, es un respunte, es una espiguilla bordada, es el puño de la manga, es una lazada, un nudo, un cuello. En fin, el conjunto armónico de unas cuantas insignificancias que han sido unos cuantos problemas resueltos por el buen modisto o la excelente costurera.

Pero no basta acudir a los buenos modistos, y escoger modelos acertados, ni ir al zapatero y comprar los más lindos zapatos, y encontrar en la sombrerería sombreros deliciosos. Tampoco es suficiente el acierto en la combinación de zapatos, sombrero y vestido. La armonía de tonos, de tejidos y de formas entre las diferentes prendas del atavío, puede ser corrección sin llegar a ser elegancia.

La elegancia suprema, eso que los franceses llaman "chic", es algo indefinible que no se puede explicar ni transmitir, ni adquirir. Y, por eso, las mismas prendas, los mismos adornos son o no elegantes según quien los lleve y como los lleve.

Por eso, la adopción de detalles de moda, lanzados por casas "elegantes", puede ser peligrosa. Esos pequeños detalles que pudiéramos llamar complementarios, no son elegantes en sí. Por ejemplo, esa flor, que durante la primavera y el verano han ostentado las mujeres prendida en el hombro, podía ser lo mismo un detalle de gran elegancia, que de enorme mal gusto. Dependían los dos resultados del conjunto de la "toilette" y del género y la calidad de la flor. ¡Se ha visto cada rosa de

tarta y cada clavel de pito verbenero!

Lo mismo ha sucedido con los collares de perlas gruesas de imitación. Indiscutiblemente entre esos collares los hay elegantísimos y en las gargantas de muchas mujeres distinguidas, resultaban y resultan de un bello efecto. Pero no se trata de adquirir el primer collar que veamos y ponérselo. Se trata de saber escoger el collar y de lucirlo cuando conviene. Y, en esto de los collares, hay un detalle — siempre el detalle — de gran importancia, y que es casi siempre del que depende su efecto. El cierre. El cierre tiene que ser fino, bonito y, a ser posible, bueno. Siendo de bisutería lo mejor imitado posible. He ahí una de las insignificancias que tanta gravedad revisten en el asunto de la "toilette".

Quedamos, pues, en que la elegancia no consiste en "echarse encima" todo lo que esté de moda ni todo lo que lleve etiqueta de elegante, sino en escoger aquellos detalles que puedan completar y no "estropear" el conjunto de la "toilette".

En todo caso, cuando no se posee un gusto seguro, por decirlo así, cuando no nos sentimos infalibles en nuestras decisiones a este respecto, es mejor prescindir de esos adornos. Una sola nota discordante, un botón, cualquier cosa, basta para hacernos acreedoras al calificativo — tan duro para nosotras — de cursis.

Afortunadamente, el buen gusto y la facilidad para adaptar las modas extranjeras, se afirma cada día más.

Y, a mi juicio, no precisa de muchos consejos sobre la materia... y bastan ligeras orientaciones, como por ejemplo: Saber que los bolsillos siguen siendo grandes y de pieles exóticas. Que los encajes finos tienen gran aceptación, estando excluidas las imitaciones. Que las cintas de terciopelo de uno o de dos dedos de ancho, se llevan a modo de corbata o caprichosa lazada y también como cinturón. Que los alfileres de pecho son anchos y cortos, casi siempre una gran piedra de color rodeada de brillantes más o menos legítimos. Que las flores artificiales son de piqué para la solapa de los trajes sastre y de seda, terciopelo o pluma para los de noche, y que en los de tarde ya no se llevan.

Sara INSUA.

de no se respira ese ambiente de graciosa elegancia, de sencillez cordial, de felicidad y de amor de que suele rodearse el talento de una mujer discreta.

El arte decorativo en relación con el mobiliario

En la imposibilidad de reseñar todos los útiles, nos atendremos sólo a los más importantes, para dar una idea clara de las líneas generales que distinguen los principales estilos, a fin de facilitar en lo posible el arte de amueblar. El estilo Luis XIII es severo, frío, continuación del período brillante del Renacimiento. Europa entera se ve sacudida por la lucha entre los católicos y los protestantes; la Reforma, triunfante de hecho, conduce a la austeridad y a la sencillez de los espíritus, ya propicios a repudiar toda tendencia frívola, como siempre ha sucedido después de las crisis políticas profundas.

A pesar de su frialdad y su severidad ya anotadas, el estilo Luis XIII es completo y más confortable que el de las épocas precedentes. Los muebles tienen líneas rectas: el escritorio del Renacimiento es constituido por la cómoda, y todos los objetos de esta clase se encuentran como distintivo las columnas lisas o acanaladas a partir de la mitad de fuste, cosa que también está de moda en la arquitectura. Se usa mucho los bronce cincelados y las aplicaciones de cobre. El mobiliario de esta época se construye de madera de ébano y peral, sin tallados ni esculturas; los asientos de las sillas están cubiertos de cuero grabado o estampado, y su gran defecto es que no sirven para dar a las habitaciones apariencia confortable.

Las camas bajas son dignas de mención, y sus columnas sustentan ricas telas. Este mueble es de gran importancia, porque la alcoba es a la vez sala de visitas para las mujeres a la moda y los grandes personajes. En la decoración de los objetos usuales, el estilo Luis XIII no tiene gran carácter, porque entonces los "bibelots" se usaban muy poco.

La transición al estilo Luis XIV es muy bella, y la decoración interior es muy completa, muy animada, muy rica; los cuadros y las esculturas la completan y la realzan: todo es dorado, los muros y los muebles.

En el mobiliario compuesto todavía de pocas piezas, todo se sacrifica al aparato. Lo más característico es el sillón; largo, cómodo, de proporciones sabiamente calculadas, con los brazos y los pies elegantes, está recubierto de rica tela bordada; las mesas, majestuosas, doradas y guarnecidas a veces de mosaicos; la consola adosada al muro con pies, que recuerda motivos arquitectónicos; cómodas pesadas y escritorios solemnes, esto es lo que vemos en todas las habitaciones.

C. de B.

(Continuación).

María Enriqueta Betnaza y "La Fiesta de los Sueños"

La exquisita soñadora de "Rosas del Alba", ha publicado un nuevo libro de poemas donde nos muestra una vez más sus excelentes dotes de escritora tierna y emotiva.

Hay en los versos de "La Fiesta de los Sueños" un marcado tono de sentimentalismo que los hace simpáticos desde un primer momento.

María Enriqueta Betnaza, dentro de su extremada juventud, ha sabido reunir los acordes tiernos de un noble dolor; ha sabido transmitir al temblor sugestivo de sus rimas todo un caudal de dulce sentimiento.

Nada hay comparable al grito de esta adolescente que reclama el amor materno, perdido en las lobreguezes del más allá. No obstante, su sentimiento filial despierta en el recuerdo y entonces la imaginación suplente a la realidad. Ella vé la imagen querida de la madre ausente en todo lo que constituye la mansedumbre de su hogar.

Su corazón tierno comprime aquel tesoro de ternuras que hubieron de desbordarse en abrazos, en caricias, y ese tesoro, transmutado por la ley de la vida en un valor exclusivamente lírico, se vuelca como fruto de una divina cornucopia, en la armonía triste y dulce a la vez de sus versos plenos de resignación y fe.

Aun aquellas almas no acostumbradas a las delicias que proporciona una caricia materna, aun aquellos espíritus insurrectos a todo lo que signifique amor filial, han de sentir un latigazo de angustia y tristeza al leer los versos que titula "Alta Noche":

"La luz ya apagada, reclino la frente en cándida almohada que mima el desvelo Me duermo arrullada por esta plegaria: "Madrecita mía que estás en el cielo..."

(Presiento en la sombra una forma
(blanca:
dos alas de arcángel que están en
repose.)
"No te vayas lejos!... — "mis labios
(musitan,
A veces, se quiebra mi voz en sollozo.

EVOCACION ARABE

En una polvorienta y antigua biblioteca
Hoy supe emocionada que en mi abolengo está
Toda una dinastía de nobles y califas:
La casta altiva y fiera del Rey Abet-Nazar.

Retraíme, callada. La calma del crepúsculo
En sombras diluía un cielo verde-azul,
Ya mi mente llegaron imágenes fugaces
Que el pasado alumbraron con un halo de luz...

I

El cielo era en oriente como un telón de raso.
En occidente ardía ancha barra de sol,
Entre una densa nube de oscuro color bronce
Y el campo rojo y oro dilatándose en flor...

Un jeique de alba barba y enérgicas facciones
Como un héroe de bronce, vistiendo el albornoz
Jinete sobre un potro indómito de Arabia
Corría hacia el ocaso donde moría el sol.

Corría como el viento; la espuela de oro puro
Teñíase de rojo clavando en el ijar...
Llevaba tristes nuevas al reino de Granada:
"Las huestes de Castilla, Toledo sitian ya...!"

II

El cielo de la tarde parece una infinita
Campana de vibrante, finísimo cristal,
En que hunden los esbeltos y blancos minaretes
Las rútilas agujas que el sol hace brillar...

En el alféizar blanco de ojivada ventana
Una hurí con la guzla cantaba una canción
En que lloraba todo el dolor de los moros
Que perdieron Granada... Legendario dolor,

De perder la riqueza, la gloria, el poderío,
Las tumbas musulmanas... Allá lejos, el mar,
Bajo la tarde suave rompía en los cantiles
La copa de sus olas en un brindis triunfal...

La vida siguió el curso de sus ondas celestes.
El destino lo quiso: con el moro español
Que acompañó al destierro a Boabdil vencido,
Murió el postrer baluarte de aquella tradición...

Una luz que se enciende en la estancia inmediata
Al presente me trajo de ese viaje en los siglos.
—¿Fatalismo heredado? ¿Sencilla coincidencia? —
Musité quedamente "¡Señor, estaba escrito...!"

María Enriqueta BETNAZA

(El ruego ha quedado temblando en mis
(labios,
un eco dulcísimo en mi alma la nombra
y siento en mi frente levísimo roce
del ala de un ángel que vela en la som-
(bra...)

¿Cómo no humedecerse nuestros
ojos ante el reclamo torturante?

Y he aquí una de las virtudes
preponderantes en la labor de esta
niña: la sinceridad.

Canta armoniosamente, con arpegios
que surgen puramente de su corazón,
exclusivamente de las cuerdas más íntimas de su alma.

Y esta es, sin duda, la verdadera
poesía.

No podemos menos que apaludir
la obra de esta joven artista del
ritmo, máxime si tenemos en cuenta
que los motivos que trata son propios
de su condición de mujer.

Debemos hacer destacar en ella
la honradez que caracteriza a pocas
poetisas.

La señorita María Enriqueta
Betrnaza no canta al amor que exalta,
ni tienen sus versos arranques indecentes.
Todos sus motivos están encuadrados
dentro de la más estricta honradez lírica
y personal. Nada de exaltaciones eróticas,
nada de motivos morbosos; la señorita
Betrnaza sabe que se puede realizar
obra digna y hermosa sin apelar a la
escuela de Delmira Agustini, escuela a
cuya sombra han medrado valores negativos.

Más de cincuenta composiciones
reune "La Fiesta de los Sueños", todas
ellas agradables y muy emotivas.

De los cuatro capítulos que forman
la obra, el que nos agrada más es el
titulado "Versos de mi casa", donde
descubrimos una de las mejores poesías
del volumen, "Evocación Árabe", que
reproducimos en esta página.

En suma: "La Fiesta de los Sueños"
es un libro bueno, un libro de juventud,
pero también un libro de esperanza y de
éxito.

Eduardo María de OCAÑO

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado . 40 "	N.º atrasado . 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cubridores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

Conocimientos útiles :

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Quando una lima está muy desgastada se limpia con agua caliente y un cepillo áspero y después de secarla, se sumerge un instante en ácido nítrico. Luego se quita con un trapo todo el ácido de la superficie teniendo cuidado de dejar el que hay entre los dientes, el cual corroerá el metal hasta cierta profundidad. Así se deja dos o tres horas, transcurridas las cuales se lima con agua caliente.

Un buen refresco se hace echando el jugo de un limón en un vaso de los de agua, de tamaño corriente, al cual se añade una cucharada grande de azúcar molido, y luego se llena con agua clara hasta dos tercios de su altura. Se agita hasta que el azúcar se disuelva, y entonces se agrega la mitad de una cucharada de las de té de bicarbonato de sosa. Agítese y bébase mientras dure la efervescencia.

Para imitar el color azul del acero natural se emplea un estuco o barniz que se prepara mezclando:

Goma laca blanca, 5 partes; borax 1 parte; alcohol 5 partes; agua 4 partes y cantidad suficiente de azul de metileno.

Se disuelve el borax en el agua y la goma laca en el alcohol. Se calienta hasta la ebullición la disolución de borax; agitando sin cesar se agrega la solución alcohólica de goma laca, y por último, sin dejar de agitar, se echa el color azul. Antes de aplicar este barniz a los objetos de acero, se frota con papel esmeril fino y se aplica el barniz con un paño blando.

Las personas propensas al enrojecimiento de la nariz deben abstenerse de tomar bebidas calientes, comidas grasientas y dulces.

Lo mejor para curarse este padecimiento es comer muchas verduras y hacer mucho ejercicio.

Para platear tejidos, pueden emplearse las dos soluciones siguientes: 1.ª, cal cáustica, 2 partes; azúcar, 2 partes, jarabe de miel, 5 partes; ácido gálico, 2 partes, y agua, 650 partes. Filtrese la solución y guárdese en botellas herméticamente tapadas; 2.ª nitrato de plata, 20 partes; amoníaco, 20 partes; agua destilada, 50 partes.

Al ir a usarlas, se mezclan ambas soluciones. Después de limpiar el tejido, se mete en la solución de ácido gálico y luego en la de sales de plata y agua. Se repite la operación varias veces, se mete, por último, el tejido en la mezcla de ambas soluciones, y para terminar se le cuece en una solución de ácido tartárico, se lava y se deja secar.

Para dar a una oleografía el aspecto de un verdadero cuadro al óleo, se le cubre de un barniz preparado, exponiendo al sol durante cerca de un mes la siguiente mezcla, y agitándola cada día: esencia de trementina, 900 gramos; vidrio en polvo, 125, y almáciga en polvo, 250. Después se le añaden 500 gramos de trementina de Venecia, se expone al sol durante algunos días más y se filtra.

Pintar a la aguada en pergamino no resulta fácil porque se encoge y forma pliegues si no está preparado. Por lo general, la preparación se reduce a frotar la superficie del pergamino con blanco de España muy fino; pero aunque antes de proceder a la pintura se prepare bien la superficie, conviene añadir a los colores un poco de hiel de vaca, porque se extienden mejor.

En todos los casos, conviene dejar el pergamino bien extendido en una

superficie plana y en sitio fresco para que se seque despacio.

Para el calzado fino de señora se puede emplear un buen barniz, que también sirve para todo cuero fino, y que saca gran lustre.

Disuélvase 120 partes de goma laca en escamas en 365 de alcohol, y añádanse diez partes de alcohol y cinco de negro de anilina.

Como dicho queda, este barniz deja el cuero muy bonito; pero no

conviene aplicarlo con frecuencia, porque se corre peligro de ponerlo quebradizo.

Quando se atraviesa una espina de pescado en la garganta, lo primero que debe hacerse es sorber un huevo crudo, y casi siempre se conseguirá desprender la raspa.

El tratamiento se ha puesto en práctica muchas veces y jamás ha fallado.

Para saber si es buena el agua de un pozo se llena un vaso y se echa una pulgada de permanganato de potasa, sin agitar el líquido. Si se pone de color vinoso oscuro o castaño es señal que no es buena el agua.

Cuanto más fuerte sea el color que tome más peligro ofrece para la salud.

Las personas que tienen los pies delicados, deben friccionárselos todos los días vigorosamente con agua salada fría.

Si sudan los pies hay que lavárselos diariamente con agua y jabón, y luego esponjarlos bien con agua de alumbre templada durante unos minutos. Con este procedimiento se quita el mal olor y se endurece la piel.

Barniz negro inatacable por los ácidos y por los álcalis:

A, Solución al 15 por 100 de cloruro de anilina; B, Cloruro de cobre 86 gramos, Clorato potásico 77 gramos; Cloruro amónico 83 gramos; Agua un litro.

Se aplica ante todo una mano de A, al día siguiente una de B, se repiten las aplicaciones tres veces consecutivas, y al cabo de ocho días se da una mano de aceite de linaza.

Si se tiene cuidado de dar a la madera una mano de aceite de linaza cada seis u ocho meses, conserva un hermoso color negro, a pesar del contacto de los álcalis.

Para borrar lo escrito con los lápices de anilina debe emplearse el alcohol, que es disolvente de un gran número de compuestos de aquella.

El aceite común tiene varias aplicaciones medicinales. — Entre ellas, podemos citar las siguientes: Echándolo en los ojos, arrastra cualquier cuerpo extraño que se haya introducido en ellos; mezclado con agua de cal a partes iguales, es excelente para las quemaduras; quita y cura las molestias que ocasionan las uñas despegadas; es muy bueno para las manos agrietadas; resulta excelente si se fricciona el cuerpo con él después de tomar un baño, y es muy beneficioso para el masaje de la cabeza cuando está seco el cabello.

¡LO MESMO QUE MIS CABAYOS!

—¡Adiós Indio! ¡Qué milagro! Si ya t'estaba estrañando!
—El gusto de verte, viejo! — ¡Tuitos güenos por tu casa?
—Sí... "comen de la oya grande". ¡Los tuyos bien? Yo, ya ves...
¡Como pan que no se vende, o harina que no se amasa!

—¡Pucha si estás "arroyáo como matambre pá viaje!"
¡Qué caray te andás doblando, si al fin es tuito sonsera!
¡Enduresé los garrones, y que no háiga sido al fudo
Qu'el día que vós nasistes, dijo: Macho! la partera!

—¡Tá bien!... Con la boca es fásil arreglar tuitas las cosas!...
Vós nunca juistes negáo; pá charlar sós como bicho!
Pero, echá p'acá el tabaco, y and'á'prontar el amargo;
¡que tuito lo que me digas, hase mucho me lo he dicho!

—Tomá, quest'es contrabando; fresco, entre hojitas di abrojo;
hasé pá los dos, qué mientras, yo voy ensiyando el mate.
Dentrá y sentáte, nomás, y dejáte de sonseras...
Que hay que cuerpiarle a la vida, pá que así no nos achate.

—"¡Ahura sí, no es ni carrera!" "¡Apriete... que vá la marca!"
Yo sebo y hablo; después, vos hablás y yo t'escucho;
que así, pitando y matiendo, el que diga que no es linda
la vida, es porqu'es matucho.

¡Ch'hermano!: di aqueyos bailes
en lo'el Nato, ¿te acordás?...

—¡Por eso es que vengo a verte! ¡Ahura ya m'he convensido
que vengo a charlar contigo pá estar mirando p'atrás!

¡Estoy como mis cabayos!... Vós sabés que mis matungos
son unos sotretas viejos, acobardáos... estragáos...
¡Y bien reniego con eyos!...
Anque a veces los compriendo, porqu'estamos hermanáos!...

Cuando salgo p'algun viaje, ande quiera que me pare,
¡Ya se dán güelta al instante!...
¡Los sotretas!... ¡Y sabés pá qué dán güelta?
¡Pá estar mirando p'atrás! ¡Ni quieren mirar pá é'lante!...

Portera que ven abierta, ¡ya enderesan pá colarse!
¡Y es un pretesto pá juirle al camino que s'estira!...
¡Y ansina estoy yo!... ¡Lo mismo!...
¡Lo mismo que mis cabayos, anque parezca mentira!

Di hase tiempo, por tus ranchos, yo me aparesco seguido.
¡Y siempre hablamos lo mismo! ¡Siempre'l pasáo en las mentas!
Y el potrero del ricuerdo se nos yena de vacunos,
¡que no son más que osamentas!...

¡Y nos réimos! Y gosamos! Y volvemos a ser mosos!...
¡Y los ojos se nos pierden buscando cosas d'en antes!...
... ¡Disgrasiáo del que p'atrás siempre se pase mirando!...
¡Qu'es porque ya no le queda madita que ver pá é'lante!...

¡Y es por eso que me arroyo! ¡Y es por eso que te dije
que ando igual que mis cabayos!... ¡Que mis cabayos, que son
viejos, resagáos, sotretas!...
¡Teng'o no tengo rasón?

¡La gran perra! ¡Pobr'hermano! ¡Si me ha dejáo como el día,
que no sabe que v'haser... si v'abrir o garubar!...
Yo pensaba entretenerlo, y pasar un rato lindo...
¡Y áhura!... se me hase que tengo como ganas de yorar!...

Guillermo CUADRI.



Bajo el cielo pálido y limpio, Addis Abeba, la Nueva Flor, vive una vida intensa, tumultuosa, hormigueante. Es día de mercado. La multitud se arremolina. Aquí y allá a través de la plaza y a lo largo de las dos calles en donde se instalan los mercaderes, un auto trompeteando y klasonando se desliza con prudencia. Europeos a caballo y en mula se abren paso entre la muchedumbre.

Un mendigo con la cara comida por la lepra, salmodia con monotonía; un perro huye, con una presa en el hocico, perseguido por las vociferaciones exasperadas de una mujer anciana; dos muchachos corren desaforadamente, aullando por nada, sólo por el placer de gritar y de correr, en el umbral de un almacén está un árabe, un jefe con turbante, sentado sobre un tapiz, con las piernas cruzadas y la pipa en los labios.

En un rincón, en el borde de la acera, una rueda de rapar, movida por dos socios, recorta, una tras otra, la crin de un caballo y la espesa cabellera de un campesino que prefiere este sistema económico y rápido a los cuidados más costosos de los figaros del lugar.

Los abanicos para ahuyentar las moscas, balanceándose sin cesar, llenan el espacio de manchas de luz verdes y blancas. La plaza parece llena de millares de alas que se agitan. Y de pronto, en medio de brusca movimiento de la multitud, entre la agitación de los policías, arrancados súbitamente a su pereza, surge un gran señor.

Sobre su mula, ricamente enjaezada, avanza, con una mano en el remate de la silla y la otra abandonada en la espalda de un favorito que corre a su lado. Sus servidores le siguen, llevando su escudo de gala, su sable y sus fusiles cuidadosamente envueltos en telas bordadas.

Abriéndole paso, rodeándole y protegiéndole, unos cincuenta guardias lo escoltan, con el fusil a la espalda. Con un ancho fieltro sobre la cabeza, envuelto en tela blanca, bajo la pelerina de paño negro cuyo capuchón golpea su hombro izquierdo, calzado con zapatos brillantes, directamente importados del mejor zapatero de París, el gran señor — Ras Dedjazmatch o Fit Oari — sonríe con indiferencia, inclinándose de cuando en cuando, para deslizar una orden en la oreja del favorito.

La multitud se aparta, deferente y admirativa. La mula, cuyos jaeques recargados de láminas de plata tintinean, trota a su antojo, ligera y viva; los hombres de armas corren, el favorito galopa, sujetando con los dedos el arzón de la silla del amo, y el cortejo pasa como una tromba: visión feudal resucitada del fondo de las edades medievales.

Nadie se admira de ello. Para los que viven allí, esta escena, antigua desde hace muchos siglos y vista con tanta frecuencia, forma parte de la vida cotidiana.

En la puerta de la ciudad imperial, del "guebi" — conjunto de construcciones que componen la habitación de los grandes señores etíopes — en este caso del príncipe Taffari-Makonnen, este espectáculo se repite diez o veinte veces cada día.

La Gran Dama y el Barón más o menos poderoso, tienen animales más o menos bellos y jaeques y caparzones más o menos suntuosos, una escolta más o menos imponente; pero, siempre, en medio de la

Los últimos señores feudales

A TRAVÉS DEL IMPERIO DE MENELIK

Por Jean D'Esme

turba humana, van espléndidos y altivos, desplegando fuerza y riqueza, encuadrados por sus hombres de armas, sus favoritos, sus amigos. Y la multitud, apartada un instante a su paso, se cierra detrás de ellos y recobra su curso interrumpido.

De todos esos grandes señores, se destacan algunas figuras.

A unos cuantos centenares de kilómetros de la capital, en su villa de Fitché, el ras Cassa nos recibe en su "guebi" en donde vive encerrado y vigilado cuidadosamente, Lidj Yassou, el ex emperador destronado.

Tiene una risa dichosa, de muchacho feliz y lleno de malicia:

—Un bulevar, es decir, trenes, autobuses, autos, coches, gentes, luces... ¡Oh! ¡Oh!

Los hombres con el "chamma" respetuosamente recogido bajo las axilas, como la etiqueta lo exige, traen una horrible mesita de hierro — una mesa esmaltada — cubierta por una horrenda tela ahulada y provista de una botella de champaña y copas.

Y mientras que nosotros bebemos, el ras interroga:

—¿Ustedes han venido a levantar una carta del país?

—No. Hemos venido a pasearnos, a cazar...

EL TRABAJO

La trompeta tocaba desesperadamente.

—Muchachos — dijo el soldado grueso a sus cuatro camaradas: es un oficio muy feo el nuestro. Nuestros sueños están turbados por las almas de aquellos a quienes hicimos morir. Yo he sentido, como vosotros, por largas horas, pesar sobre mi pecho el dominio del incubo... Hace treinta años que estoy matando; tengo necesidad de descanso. Allí abajo dejamos a nuestros hermanos. Yo conozco surcos fértiles donde los arados reposan por falta de brazos. ¿Queréis que probemos el pan del trabajo?

—Sí, lo queremos — dijeron los compañeros.

Entonces los soldados cavaron un gran foso al pie de una roca y allí enterraron sus armas.

Descendieron hasta el río y se lavaron las manos. Después, tomándose del brazo los cinco, desaparecieron en un recodo del sendero.

Emilio ZOLA

Nos acoge en una amplia sala llena de penumbra. Frente a nosotros, dos amplias aberturas, en ojiva, indican dos alcobas. En una de ellas, un hombre recostado en un diván, se levanta y viene a nuestro encuentro. Es el ras Cassa, uno de los más grandes señores del imperio, primo de Menelik y encargado de no perder de vista al terrible Lidj Yassou.

Tomamos asiento en dos butacas preparadas para nosotros a derecha e izquierda del diván y, respondiendo al ras que nos interroga, acerca de nuestra salud, tradicionalmente, lo examinamos.

Es de mediana talla, grueso, sólido. Tiene una hermosa cabellera, fina, encuadrada por una ancha barba; dos ojos vivos, inquisidores e inquietos, los cuales la sonrisa que distiende con frecuencia sus labios dan, por momentos, una expresión burlesca, llena de jovialidad.

Nos habla de París, de Londres, en donde ha pasado cerca de dieciocho meses, en el desempeño de una misión.

—Son bellas ciudades, muy amplias y magníficas, pero demasiado ruidosas, sí, demasiado. Al principio, me era imposible dormir, porque mi alcoba daba sobre un bulevar...

—¿Cazar! Hace veinte años es cuando debieran haber venido! En aquel tiempo, sí había caza: elefantes, leones, rinocerontes...! Y no se les mataba como ahora, con fusil, sino a caballo, armados de lanza y de sable! ¡Se galopaba al lado de la bestia, mientras se le clavaban, diez, veinte, treinta lanzas!... ¡Oh!... ¡Oh!... Aquella sí que era caza positivamente. ¡Cuando se podía, se dejaba uno deslizar de su caballo y se cortaba el cuello del animal de un solo golpe de sable! Sí, pero, ahora, ¿dónde está el valor? ¡Y la belleza de estas cacerías, donde, con las armas perfeccionadas, se abate, desde unos cuarenta metros, o más, a una bestia que no tiene tiempo de atacarnos...?

Luego, cuando se le fotografía y se toma una film en su jardín personal, vuelve a su tema favorito: París y Londres.

—Sí... son ciudades enormes, espléndidas. Quizá, si tuviéramos las máquinas de ustedes, podríamos hacer otras así. El hombre es el hombre, lo mismo aquí que allá. Ustedes tienen el mar y los navíos y han podido trabajar; nosotros nos hemos batido siempre contra los musulmanes, contra los invasores, también contra nosotros... Y somos pequeñuelos a los que es

preciso dar el tiempo necesario para que crezcan; y creceremos, porque el gobierno ya no quiere luchas ni combates. Quiere trabajo, y nosotros principiamos...

Hace un pequeño ademán con la mano y, mientras nos acompaña, repite:

—Nosotros principiamos, aguarad, ¡ya lo veréis!

¡El ras Hailou! Es preciso haber pronunciado su nombre allá lejos, en Etiopía, para darse cuenta de la importancia de este hombre, del papel de primerísimo término que desempeña en su país.

Y cuando se sabe eso, y él nos dice, tranquilo y seguro:

—Dentro de un año se abrirá un hotel...

—El campo de carreras estará listo dentro de dos años...

—La oficina de correos, telégrafos y teléfonos, también estará lista muy pronto...

Entonces se comprende que no hay en todo esto ni fanfarronería ni orgullo. Se sabe que, simplemente, quiere. Quiere que esta aglomeración sea un día una ciudad, una ciudad moderna, una gran ciudad.

Aquí no hay ni ministerio, ni finanzas gubernamentales, ni servicios públicos; hay un hombre y su fortuna personal: ¡el ras Hailou y sus innumerables thalers!

A su voluntad no se opone ninguna resistencia; sólo tiene un límite: su propia fortuna.

Nos había dicho la víspera, al despedirse:

—Parto mañana, al amanecer. Voy a buscar la madera necesaria para la construcción de una casa que voy a hacer levantar sobre el emplazamiento en que se encontraba la habitación en donde pasé mi infancia. Venid a alcanzarme... Ya veréis; aquello os interesará.

Trepamos, pues, la colina en la cima de la cual surgía el "guebi" y descendimos por el flanco opuesto. Ante nosotros se extendía una inmensa llanura, toda rubia de hierbas secas. Sobre este fondo amarillo, se destacaba muy lejos, apenas perceptible, la amplia mancha negra de una multitud en marcha.

La distinguíamos mal y nos parecía extrañamente armada. Por encima de la línea sombría de las gentes, ondulaba un erizamiento de picas... Llegamos al pie de la colina. La muchedumbre avanzó hacia nosotros, se precisó y comprendimos: cinco o seis mil personas, hombres y mujeres, algunos en mulas, la mayor parte a pie, avanzaban a través de la pradera.

Y cada una llevaba a su espalda, quien una rama, quien un haz de veras y un paquete de lianas.

El ras venía a la cabeza.

Esta selva en marcha progresó tumultuosamente. Partiendo desde el alba, esas cinco mil personas habían ido a doce kilómetros de allí, a una selva vecina, a recoger aquella madera, tan pronto como los había convocado, la antevíspera, su señor.

Y ahora, frente al amo que se había detenido en medio de una palizada, desfilaban uno a uno, arrojando ante él, sobre el suelo, en donde se acumulaban en un inmenso montón, sus fardos. Y cuando el último de ellos se alejó, se diría que yacía en el suelo, en un montón verde y obscuro, una selva que la tempestad había derribado entera.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

EL MUÑECO Y EL ESPEJO

Esta experiencia no exige preparativos de ningún género, y está, por lo tanto, al alcance de todos.

Basta colocarse al lado de un armario de luna, de modo que para un observador colocado como lo está el niño representado en el grabado, esté visible la mitad del cuerpo y la otra mitad oculta detrás del armario. El observador colocado como antes hemos dicho, verá directamente la mitad de vuestro cuerpo, y la otra mitad reflejada en el espejo, de modo que aparecerá la imagen completa. Si levantáis el brazo visible ocupará en la imagen una posición simétrica y parecerá que tenéis los dos en el aire. Hasta aquí nada hay de particular, puesto que es cosa muy sencilla levantar los dos brazos a la vez. Pero no sucederá lo mismo si le-



vantáis la pierna que está delante del espejo, porque la imagen reflejada levantará la suya en posición simétrica, resultando así vuestra imagen sin un punto de apoyo visible, remediando perfectamente a los muñecos que venden en las ferias, y mueven las piernas obedeciendo a los movimientos de nuestra mano por medio de un cordelito.

No. 26 — EN ALGUNOS CINES

Sec-
ción

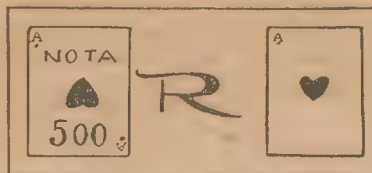
No. 27 — DE "LA GRAN VIA"



No. 28 — ¿QUIENES SON ESOS?

I I V I I
JULIO .. S
DESTINOS

No. 29 — COMPRIMIDO (POR J. FERNANDEZ)



No. 30 — CHARADA

"Todo" estudian con Cer-
(vera
"Prima, "Segunda" y Terce-
(ra")

No. 31 — COMBINAR LAS LETRAS DE MODO QUE FORMEN EL TITULO DE UNA OBRA LIRICA Y EL NOMBRE DE SU AUTOR

D.^a T. Rosal,
vive en Sevilla mal.

No. 32 — COMPRIMIDO

G A D O
G A D O

No. 33 — CHARADA

Musical es la primera
la tercera musical
y con musical termina
la cuarta de mi total.
Si a la segunda lector
le cambiases la vocal
igualmente te resulta
otra nota musical.

No. 34 — ENFERMEDAD

LOLA

No. 35 — FRASE HECHA



No. 36 — COMPRIMIDO

Solterocasadoviudo

No. 37 — FORMAR CON ESTAS LETRAS EL NOMBRE DE UNA ZARZUELA CONOCIDA

Adrián de Celis
SALTO.

No. 38 — JEROGLIFICO



No. 39 — COMPRIMIDO

VII Junio AEOU

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- No. 12 — Grande ofensa.
- No. 13 — Sevillano.
- No. 14 — Mar Carpio.
- No. 15 — Ya se representó.
- No. 16 — Es tu chepa descomunal.
- No. 17 — Mayoría.
- No. 18 — Dos acorazados.
- No. 19 — Un gran tipo.
- No. 20 — Oficioso.
- No. 21 — Cánones.
- No. 22 — Mayorista y minorista.
- No. 23 — Callejón.
- No. 24 — Es escasa.
- No. 25 — Una monada.

PENSAMIENTOS

—No son las opiniones de los autores, ni lo que en sus enseñanzas puede recibir el nombre de aserciones, las que instruyen y nutren el entendimiento. Hay en las lecturas de los grandes autores una esencia invisible y oculta; algo que no tiene nombre; un principio fluido, chispeante, sutil, que es más nutritivo que todo lo demás.

—Hasta después de haber estudiado con detenimiento las cosas no podemos conocerlas a fondo.

—En la mente de ciertos autores no existe agrupación, ropaje ni relieve. Sus libros presentan una superficie plana sobre la que ruedan las palabras.

—¡Cuántos hay que a pesar de tener buen oído para la literatura desentonan al cantar!

—El saber que excluye la admiración es un mezquino saber; substituye la memoria por la vista, e invierte todas las cosas.

—El entender con toda claridad un pensamiento grande y bello, requiere casi el mismo tiempo que el concebirlo.

—La fuerza nos da la Naturaleza; pero la gracia es consecuencia del hábito y requiere práctica.

—La vida de muchas personas está formada con un poco de vanidad y otro poco de lascivia.

—Podemos participar de las ideas ajenas y abandonarlas después, del mismo modo que sabríamos renunciar a las nuestras y adoptarlas luego otra vez.

—¿Cómo es posible introducir nada dentro de un cerebro que está lleno y repleto de sí mismo?

JOUBERT

"Asonancias", por Luis R. Franco.

La emoción y la sencillez son el patrimonio de este librito tejido en el altar de la juventud.

Pocos poetas, en una primera obra reúnen tan buenas condiciones como el Sr. Franco, quien se limita a decir lo que siente sin temor.

Lástima que sus poemas sean tan breves, nos agrada verlos en otros más alentadores, que puedan darnos una idea más precisa de su imaginación. En síntesis, este volumen es bello y emotivo.

"Las noches encantadas", por M. de Saavedra Z.

Con un prólogo de Martínez Sierra, sale este libro poético, escrito por una poetisa de quien conocíamos algo.

La forma, en este libro, queda relegada a segundo término, y se explica, su autora, suple a aquella con la armonía y frescura que da a su composición libre de pesimismo y pena, pero chispeante de amor.

Hondura de pensamiento, fuego ardiente del alma hay en estos cantos tiernos y sencillos, que surgen espontáneos del alma de su autora.

Transcribimos lo más bello del volumen, que habla en bien de esta excelente poetisa:

"Amor, ¡amor! ¡Amor!
amor que me quebrantas,
amor que me sofocas:
en la humareda trágica
de tu hoguera prohibida.

Amor! Amor! Amor!
me consumo en tu fuego,
renazco en tus cenizas
y torno a ser la brasa
que ilumina mi vida.

"El camino del Inca", cuentos mendocinos por Alejandro Mathus Hoyos.

Este libro es obra de un hombre muy joven. Mathus Hoyos nos brinda en este volumen de narraciones cuyanas el producto de su mentalidad bien dotada y el estallido generoso de su corazón provinciano.

"El camino del Inca" es un libro digno de francos aplausos. Hay en él soltura, facilidad de expresión, intensidad emotiva y un gran caudal de observación.

Alejandro Mathus Hoyos es uno de los pocos escritores que hacen literatura a base de patriotismo sano. Además, todo le favorece, posee una amplia cultura y le sobra talento.

Por eso no dudamos en afirmar que este libro, que ha llegado a nuestras manos espontáneamente, es una brillante promesa de futuros almárgicos que han de darnos frutos verdaderamente sabrosos.

Abre el volumen una notable alegoría del pintor Subirats.

E. M. de O.

PAPEL Y TINTA

"Arlequín", por Pablo Rojas Paz. — Agencia General de Librería y Publicaciones. — Buenos Aires.

El autor de "Arlequín", señor Rojas Paz, es un joven escritor que se viene destacando con perfiles propios, entre los más sobresalientes escritores jóvenes de la hora actual.

Anteriormente, había ya publicado "Paisajes y meditaciones" y "La metáfora y el mundo", dos libros

El "Paisaje nativo" es un ensayo feliz, de honda trascendencia espiritual.

"Estoy seguro de la dulzura de la miel cuando la saboreo. Un hombre probará su inteligencia cuando diga algo preciso y profundo", dice en "Diógenes y Alejandro".

En "El paisaje del destino", "La mirada", "El canto múltiple" y "Pensamientos vegetales", hay bellas y sugerentes expresiones llenas de sentimientos. Sus motivos son esencialmente poéticos y sentimentales. Por medio de reflexiones y metáforas, nos lleva a paisajes entrevistados, o nos deleita en

jana" y "El origen de la canción" nos parecen los meiores.

Antes de terminar, digamos de paso que no todos sus ensayos son modelos de perfección; hay entre ellos, algunos que se han malogrado por falta de construcción. Citamos un caso: "La alegría de la manzana", por ejemplo:

El titulado "Invitación al clasicismo", se un hermoso ensayo por la intención y contenido de la misma. "Que cante cada uno — dice — sin prejuicios de tendencia y sin remedar al vecino. Que cada uno cante con la voz que tenga. De ahí vendrá el clasicismo si lo tenemos".

"Arlequín", de Pablo Rojas Paz, es un libro ameno, y merece ser leído.

José Mauricio PEIXOTO

"¿Qué es el arte?", por León Tolstoy.

Un verdadero tratado de lo Bello es este libro que, impecablemente, vertido al castellano, acaba de aparecer en el escaparate de nuestras mejores librerías. "El Arte", en todos sus aspectos, como expresión de rebeldía y de humano mejoramiento, analizado por el gran pensador que fué Tolstoy, tal el contenido de este libro que, en su oportunidad, mereció una apasionada y hermosa réplica de Peladán.

Tolstoy, creador de belleza, sabe definirla y encontrarla; y, Tolstoy, rebelde implacable y apóstol de las más avanzadas tendencias sociológicas, en *¿Qué es el Arte?*, ha trazado un a modo de índice, del cual no deberán apartarse todos aquellos que aspiran a una humanidad mejor, más hermosa y más libre.

La edición de *¿Qué es el Arte?*, realizada con esmero, y como está dicho, con pulcritud, merece todo género de encomios; que, libros como éste son los que necesitamos y nunca llegan con la abundancia que sería de desear.

"Rosas del alba", por María Enriqueta Betnaza.

"Rosas del Alba", titula María Enriqueta Betnaza. Esta niña que llama poderosamente la atención por haber producido un libro de poesías líricas, hondamente sentidas, no es "una promesa", como se acostumbra a decir, sino que aparece desde ya como una maestra de verdad.

María Enriqueta Betnaza, niña aún, impresiona por su fuerza de concepción y por la delicadeza con que canta. Todas las cosas de la vida tienen para ella atractivo, envolviéndolas en una música extraordinaria que brota de su corazón, el que es un ánfora de armonías inextinguible.

En algunas de las páginas de "Rosas del Alba" encontramos composiciones inquietantes y en las otras suaves como una caricia de despedida.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chacrita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

también de ensayo, que le valieron justo renombre de escritor galano, cuya prosa se caracteriza por una forma cuidada y rítmica, conteniendo mucho el libre vuelo del poema.

Casi siempre, el señor Rojas Paz escribe en forma sentenciosa, sus períodos son apretados, nerviosos, diremos, y va de un asunto a otro con pasmosa agilidad mental, dando así la sensación de que desea terminar cuanto antes el capítulo o artículo que está elaborando. Su léxico es escogido, se ve que huye del vocablo vulgar o disonante; busca siempre la palabra armoniosa, alada. De todo ello, resulta que sus frases tienen el giro del lenguaje poético.

El libro que comentamos, se compone de elogios y breves ensayos, cuentos y dos estudios literario-filosóficos. Trae también un sucinto prólogo del autor, en el que por medio de parábolas quiere transformar el traje de Arlequín en un mito estético.

su paseo "por el bosque de sus canciones" cuando "el viento le presta su impalpable seda".

"El trabajo futuro" es una confesión del autor; es su autobiografía más manifiesta de cuanto hemos escuchado en estos últimos tiempos.

"Mientras vivo mi exceso de juventud — dice el autor, — no puedo pensar en la muerte. Pero un día beberé el claro vino de la serenidad y mi lengua se desatará a las palabras sensatas. Amaré el apólogo — continúa — donde el dolor sea la roja flor del árbol de la pasión. Pero todo terminará con un beso de paz y una insinuación de esperanza".

Esperemos que así sea. Y concluye con estas palabras consoladoras: "Y yo diré: he descubierto la isla de la serenidad; de allí traigo esto. Y mostraré unas piedras talladas..." Es la dicha de la niñez que vuelve a su espíritu, cuando ya nada esperaba en la vida.

De sus cuentos, "La fuente le-



TERMINO LA TEMPORADA DE
MUIÑO

Una de las tantas temporadas de género chico que tuvieron mayor fortuna, la de Enrique Muño en el Buenos Aires, quedó clausurada pocos días después de celebrar sus bodas de plata con la escena criolla el popular actor, en quien el público en buen número ha erigido su favorito en determinado género del teatro por horas.

El escenario de la calle Cangallo vió desfilar en 1927 la producción de los autores que conociendo las aptitudes de Muño, escriben obras para especial lucimiento de dicho artista, cuyas características son bien conocidas en lo que atañe a su personalidad artística.

Durante el año, fueron estrenadas las siguientes piezas:

"Hay que conservar la línea", F. Chiarello; "Arbol que nace torcido", P. Tróngé y J. J. Fernández; "Tamagno" F. Testana; "Latigazos", J. Villalba y H. Braga; "La donna e móvile", D. de Paoli; "Del otro lao del Riachuelo" A. E. Riú; "En un taller feliz yo trabajaba", L. Rodríguez Acasuso; "A contramano", R. González Pacheco; "El panteón de los vivos", J. Honores y E. Ramos; "El sobretodo de céspedes", M. de Madrid y E. Marsili; "Cacho Tabares", P. Suero; "El corredor de cadáveres", L. Alberti; "Juancito de la Ribera", A. A. Godel; "La hoja de Parra", G. Fernández y R. Cabrera; "La cita trágica", de E. Queirolo; "Pueblerina", P. Pico; "Como el hornero", O. Beltrán y S. Riese; "Zánganos!", V. Retta y C. Dumont; "Todo es cuestión de mufeca", J. Robles; "La tabla de salvación", A. Mones Ruiz; "La conquista de América", L. García Lynch; "Qué lindo es estar metido", P. Contursi y D. Parra; "La cosa es no trabajar", A. Botta y A. De Bassi; "La otra sombra" M. H. Escudé.

En honor a la verdad, el cronista debe recordar que de las 25 piezas enumeradas, apenas una quinta parte pueden separarse del total, por constituir plausibles intentos artísticos reveladores del deseo de sus autores de hacer buen teatro, con prescindencia de los intereses de la taquilla. A nuestro entender, la obra "Zánganos!" es la más meritoria de las que hiciera conocer Muño en 1927, habiendo otras, como "Pueblerina", "Cacho Tabares" y "Juancito de la Ribera", (la que alcanzó mayor número de repeticiones), que también corresponde citarse.

EL CONJUNTO DE CASAUX

Se ha dado a conocer el elenco que acompañará a Roberto Casaux en la temporada que se propone realizar este año en el Nuevo, cultivando el teatro nacional por secciones, género en que se inició al lado de Parravicini, cuando empezó su carrera de comediante.

Como ya dijimos en otra ocasión, Elías Alippi será el director artístico del conjunto y este nombre acreditado como organizador e impulsor de temporadas, ha de influir sin duda en el desarrollo de la labor de Casaux, ya que Alippi es hombre de pupila y ha de saber encaminar bien, escogiendo las obras mejores, la nueva "season" que se inaugurará en marzo.

He aquí los nombres de los elementos que integrarán la compañía:

Actrices: Felisa Mary, Esperanza Palomero, Pepita Muñoz, Ma-

TEATROS

rían Armand, Delia Codebó, Carmen Giménez, Angela Armand, Rosa Millán, Berta Cornejo, Angélica Turralde, Zulema Ansaldo y María Strada.

Actores: Roberto Casaux, Elías Alippi, Enrique Serrano, Oreste Soriani, Domingo Garriga, Gonzalo Palomero, Luis Faggioli, Pablo Cumo, Fernando Viotti, Tomás Pardo, Eloy Alvarez, Arturo Sánchez, Alberto Roise, Juan Gutiérrez, Pedro Santillán, Rogelio Rodríguez y Samuel Max.

FENOMENO EN LA ESCENA

A nadie puede extrañar que en estos tiempos de vuelos fantásticos, sorprendentes, inauditos, y hechos de otra especie, pero no menos fantásticos, inauditos y sorprendentes, que se suscitan en el mundo, lleguen también al teatro las cosas fenomenales. Como no podía ser de otro modo, el fenómeno en este caso es un hombre más o menos fakir, de apelativo Hadji Ali, quien ha dado pocas funciones, pero fenomenales, en el Buenos Aires, probando al público que es un fenómeno humano, como rezan los anuncios. Lástima que se haya marchado pronto, acreditando una vez más que los fenómenos son pasajeros, por más humanos que sean.

EL POETA DE LA COMEDIA

Celebró las 25 representaciones de "El burlador de Sevilla", la compañía que dirige don Pancho Villaespesa en la Comedia, agregando al espectáculo en esa función la pieza en un acto del mismo autor. "El juramento de Bolívar", de carácter histórico. Es caso seguro que a estas horas llene el cartel de la sala de la calle Pellegrini, "El mariscal", poema histórico también de Villaespesa, cuyo estreno era iminente cuando escribíamos estas líneas.

Como se vé, el acreditado portador español parece dispuesto a vaciar sus archivos de dramaturgo, lo cual no deja de ser halagador para nuestro público, ya que el autor de "El alcázar de las perlas" cultiva el poema escénico con vistas a la historia, en verso limpio y sonoro, que se escucha con placer.

LO PICAresco

Si el calor no derrite al público como a la nieve de los Andes, todo hace suponer que la temporada de Valero en el Avenida se va a desarrollar sin esos conocidos incidentes veraniegos que suelen determinar, de manera inesperada bruscos cerrojazos en los teatros. Por lo menos, hasta el momento en que hilvanamos este comentario, parecía que Valero seguiría embocando en el Avenida. Después de la reprise de la interesante fantasía "La caída de la tarde", el conjunto ensayaba calurosamente, a juzgar por la transpiración de los artistas, la opereta bufa "El espejo de las doncellas", libro de Antonio Paso (hijo) y música del maestro Penella (padre), vinculación familiar que hace pensar en un acierto, ya que entre padre e hijo debe reinar armonía, cuando no están de contrapunto. Esperamos, pues, notificar al lector, en otra edición, acerca de las virtudes

escénicas del más necesario de los adminículos de las mujeres, por menos doncellas que sean.

MAS COSAS PICArescas

Otra escaramuza vienen preparando los cómicos, a librar con los grados de temperatura, no se puede saber con qué resultado, ni por cuántos días, horas o minutos.

Esta vez el capitán denodado e intrépido que arremete al frente de su legión contra el verano, es Panchito Aranaz, estimado actor cómico de larga actuación. Panchito tiene puestos los ojos en el Ateneo y en combinación con los maestros Navarrete y Buenaventura Marino (elegido por su nombre optimista), y el director de bailes, Manuel Arroyo (seleccionado por su líquido apellido), se propone "epatar" al acalorado público porteño con dos nuevas revistas de la más rancia prosapia batclánica que se titulan, "Si la va... la va" y "A pedir de boca", presentadas con el más lujoso decorado y el más reducido vestuario posible, de acuerdo con la categoría del espectáculo.

A lo mejor, Panchito da en el blanco y le sale "a pedir de boca" la escaramuza, lo cual nos complacería.

"BUENOS AIRES AL FRAPEE"

Tal es el título de la nueva revista del Sarmiento, donde Cayol y Bertelli García atraen al público desde la puerta con señas invisibles, pues se trata de dos muchachos muy "valentinos".

Según aseguran los enterados de los misterios de entre-telones, este "Buenos Aires al frapé" va a producir mucho calor al público, en cuanto se levante la cortina sobre el cuadro primero. Ojalá a estas horas se haya operado el milagro estival.

EL SMART POR DENTRO

Aunque por fuera nada dicen los carteles, como si se tratara de una sala desierta, el Smart tiene por dentro la procesión... de batclánicas. En efecto, los Sres. Weisbach y Doblas vienen preparando sigilosamente una temporada de revistas alegrísimas, una de las cuales se ensaya a todo vapor en plena canícula.

Aguardemos. A lo menos tenemos una perspectiva más y esto ya nos sirve para bordar este suelto, atados como a todo lo que sucede o tiene que suceder en las salas, durante el verano.

NACIONAL

La sala de Carca es la que todos los años estira más su temporada. A diferencia de otras, clausura por lo general a fines de enero, para reabrir la nueva "season" en la primera quincena de marzo, poniendo un poco más de un mes de intervalo de descanso para los artistas.

Quedan, pues un par de semanas y si bien el cartel está surtido, pues "La vida es un sainete" y "La casa de barro" atraen gente, es fácil que Carca efectúe alguna reprise.

DEL REINO REVISTERIL

El elenco batclánico de Pibernat ha debido estrenar ya la nueva revista intitulada "Somos muy mujercitas", que se venía ensayando activamente para renovar parte del cartel del Cómico. Pertenece la producción al referido maestro y al autor Alberto Ballesteros, y se anticipa que va a gustar. Amén.

GRAND SPLENDID

Ha gustado mucho en este cine la película "Ladrones de corazones", producción interesante y agradable dada a conocer en los últimos días con aplauso. En la semana próxima, serán exhibidas notables vistas de gran atracción, cuidadosamente seleccionadas por don Carmelo Carbone, administrador de esta regia sala, preferida por el público aristocrático.

CAPITOL

En este bonito cine de la calle Santa Fe se ofrece diariamente un programa de películas que interesa al público "habitué". Hay que aplaudir el buen gusto de la empresa que las elige con singular acierto y que determina el buen éxito de las funciones.

GLORIA

La sala de la avenida de Mayo, a cuyo frente se encuentra el sr. Marcos Sánchez, conocido cinematografista muy estimado en el ambiente pelicularo, desarrolla su temporada de verano con buena fortuna. Su ubicación en la arteria más prestigiosa de nuestra metrópoli hace que el público ambulante se sienta atraído, al pasar por su puerta, por los bellos espectáculos cinematográficos que ofrece.

PARC

Con buen éxito viene realizando sus funciones este confortable cine de Palermo, el más acreditado de la circunscripción. En la semana que se va a iniciar, ha preparado el Sr. Lecuona, activo administrador, un cartel de películas elegidas y de todo punto hermosas, pudiendo descontarse que atraerán mucho público.

NUEVA COMEDIA

El Sr. Guillermo Zalazar Altamira, que en la anterior temporada hizo sus primeras armas de escritor escénico dando a conocer por la compañía Franco, en la Comedia, la bonita pieza "Un pájaro en la nieve", que obtuvo lisonjero éxito, alentado por ese primer ensayo ha reincidido, escribiendo "La revancha del diablo", también destinada a la misma compañía y con papel preponderante para la gentil actriz Evita Franco.

LOS VAUDEVILLES

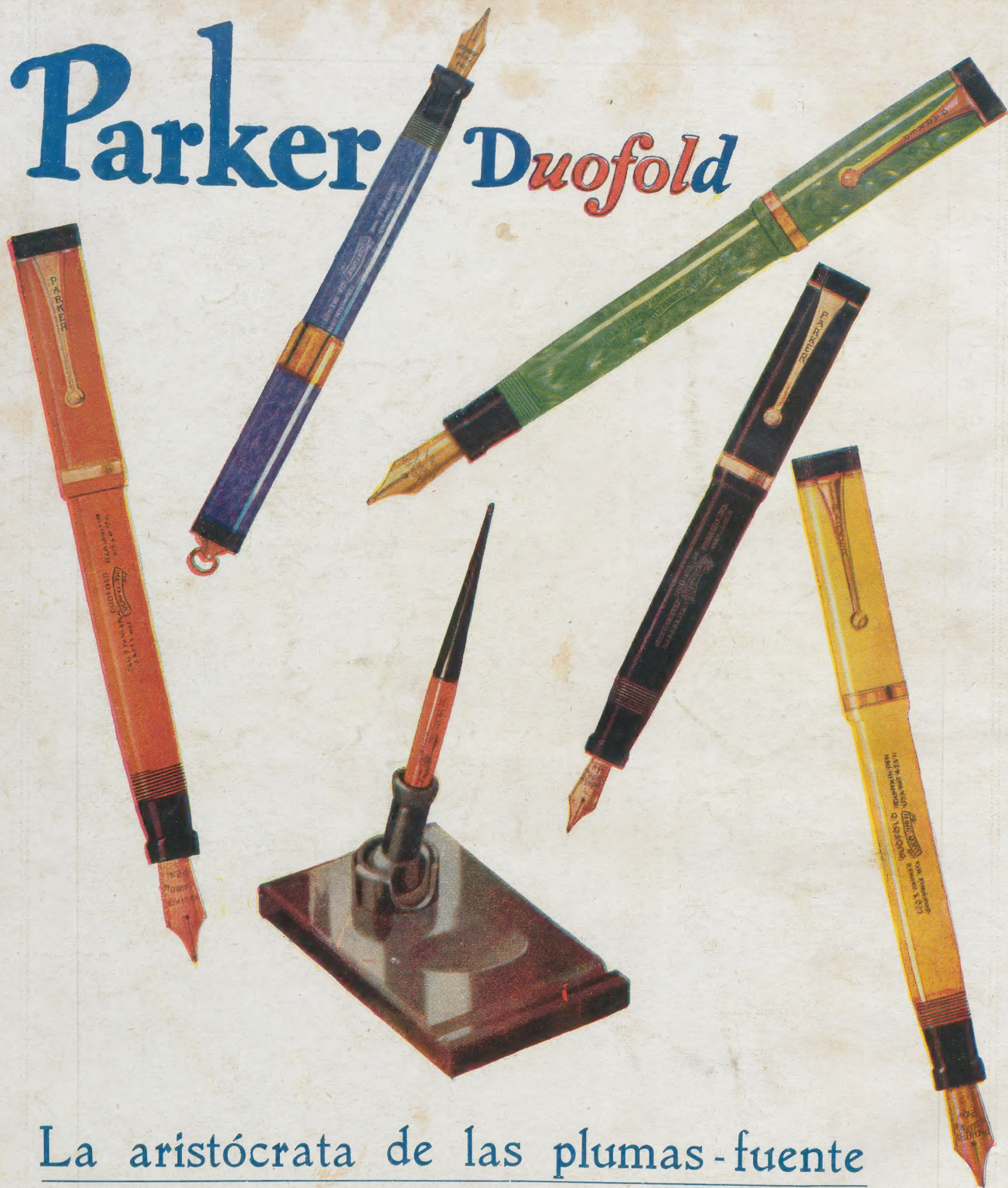
En el Maipo se defiende con brío el elenco de vaudevilles que dirige el conocido y estimado actor Julio Sanjuán. A los últimos estrenos efectuados en esta sala, ha debido seguir la pieza "¿Qué amigos tienes, Benito?", original de Enrique Heros, traducida y adaptada por Manrique de Lara. Confía la dirección en que esta novedad será bien recibida.

Ultimas creaciones de la moda femenina



1. Conjunto para deportes, compuesto de una blusa de crespón de China blanco, incrustado con crespón de China tono ladrillo, gris y negro. — 2. Traje para deportes, llamado dos-piezas, formado por una blusa recta confeccionada en crespón de China color azul ultramar. — 3. Otro traje también dos-piezas igualmente para deportes, ejecutado en marocain de seda con incrustaciones de crespón de China color azul vivo. Flor de piel azul en el hombro.

Parker Duofold



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY CO.

769 - Moreno - 775

38 - Mayo - 2815

Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.